

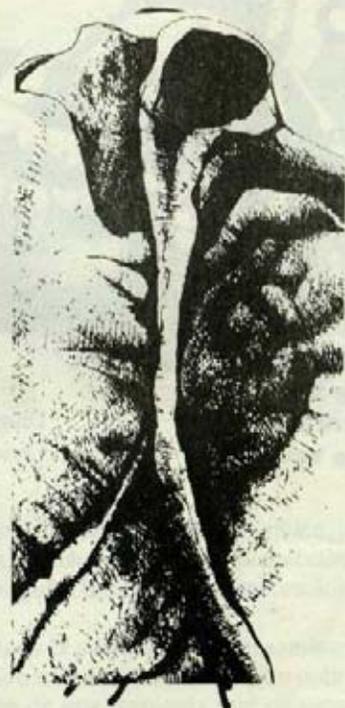
REVISTA DE CULTURA

LITERATURA Y POLITICA LA CRITICA LITERARIA: ULTIMOS LIBROS ALAIN TOURAINE Y LA INTERVENCION SOCIOLOGICA

Situación actual del psicoanálisis

"Abordar las posiciones presentes del psicoanálisis en la Argentina exige una tarea de reconstrucción en la que la dificultad propia de un campo bien extendido y variable en sus agrupamientos y sus vaivenes, se agrega al obstáculo mayor de una censura —en sentido

freudiano— hecha a la vez de amnesias y de reescrituras del pasado reciente, dictadas por las exigencias de ese período ominoso abierto en 1976. Ante todo, cabe el llamado a la restauración de una trama histórica, y esta empresa sólo es concebible como obra colectiva".



Los deseos imaginarios del peronismo: ¿interpretación de este movimiento o texto de batalla?

Ficciones argentinas:
Hebe Uhart,
Luis Gusman y
Hugo Foguet

Orígenes del sistema educativo argentino

PUNTO DE VISTA

Editorial

Año VI, número 19
Diciembre de 1983

Consejo de Dirección:
Carlos Altamirano
María Teresa Gramuglio
Hilda Sabato
Beatriz Sarlo
Hugo Vezzetti

Directora:
Beatriz Sarlo

Diagramación:
Carlos Boccardo

Suscripciones

Argentina, un año, 120 \$a
Exterior, 6 números (correo aéreo), 25 dólares.

Punto de Vista recibe toda su correspondencia, cheques y giros a nombre de Beatriz Sarlo, Casilla de Correo 39, Sucursal 49 (B), Buenos Aires, Argentina.

Punto de Vista fue impresa en los Talleres Gráficos Litodar, Viel 1444, Buenos Aires. Hecho el depósito que marca la ley. Registro de la propiedad intelectual en trámite.

Composición en frío: HUR, Av. Juan B. Justo 3167, Tél.: 855-3472, 1414-Buenos Aires.

Después de las elecciones del 30 de octubre, la Argentina se dispone a iniciar una **nueva etapa** bajo el signo de la **democracia**. Todas las esperanzas se han condensado en esas dos palabras, sobre las que parece necesario interrogarse. Por primera vez en su historia, el peronismo ha perdido una elección realizada sin proscripciones y, lo que es sin duda más significativo, por primera vez en los últimos treinta años, otro gran partido construyó una mayoría electoral que incluye no sólo a capas medias sino a franjas importantes obreras y populares. Se ha producido también una doble renovación ideológica y política: si, por un lado, el radicalismo aparece como un partido que ha logrado superar la medianía estable pero poco atractiva que constituía la herencia del antiperonismo, primero, y del entendimiento Perón-Balbín más tarde; por el otro, el discurso de Alfonsín descubrió y articuló exitosamente una temática antiautoritaria y democrática con los lemas de una sociedad menos desigual que atendiera a las urgencias de la miseria, el desempleo y la devastación económica.

A diferencia de 1973, en esta elección se dirimieron cuestiones más complejas que el repudio en las urnas a una dictadura militar y la alternativa ofrecida por el radicalismo es, en parte principal, responsable de ello. Los argentinos no se vieron forzados a la ilusión unificadora de que la salida a la crisis, podía provenir solamente de un proyecto (en aquellos años, el del peronismo o, para decirlo mejor, los diversos y contradictorios proyectos que se albergaban bajo esa denominación política). En 1983, no se votó simplemente contra un gobierno militar, sino que el voto incluía una opción clara por uno u otro modelo de funcionamiento político que, de varios modos, podía detectarse, no sólo en las propuestas explícitas de uno u otro partido sino en las

modalidades diferentes con que ambos habían encarado las tareas de su reorganización interna y el tipo de relación que establecían entre sus afiliados y sus direcciones. Así como en la década anterior el funcionamiento del peronismo en relación a su dirección personal parecía proporcionar la ilusión de que, trasladado a la sociedad, ésta resolvería por vías análogas sus conflictos, hoy los temas democráticos del discurso alfonsinista se veían reforzados, en la práctica preelectoral, por el funcionamiento institucional de un partido que debió, en poco más de un año, resolver contradicciones ideológicas y de poder cuya profundidad se demuestre quizás en los años que vienen. Para miles de argentinos, el período preelectoral se convirtió en un laboratorio político: desde las afiliaciones masivas a las elecciones internas, se puso a prueba (aunque esa prueba no pueda reclamarse hoy como definitiva) el discurso y la práctica partidarias.

Si la riqueza de estos meses previos a octubre podrá consolidarse en nuevas formas políticas, sólo se resolverá de ahora en más. Lo que sí puede hoy afirmarse son algunas de las razones de un resultado electoral que hace no más de un año hubiera sido impredecible. El alfonsinismo sintonizó no sólo necesidades reales de la sociedad argentina, sino también su expresión más difusa: estados de ánimo, huellas dejadas por las experiencias de la década (y no sólo por la dictadura militar), tensiones renovadoras que provenían del nuevo electorado juvenil marcó quizás profundamente por una subcultura con rasgos antiautoritarios. Su discurso, que no estuvo mayormente signado por la promesa de cambios espectaculares, enfatizaba algunas certidumbres en las que una parte de la sociedad identificó una renovación menos aparatosa que profunda del funcionamiento institucional deseable para que el país encare las tareas de reconstrucción, sin que ellas signifiquen sacrificar la reparación moral y material de lo sucedido en estos años. Lo nuevo que este discurso transmitía puede resumirse en algunos temas: democracia política, democracia sindical como requisito de mejores condiciones de negociación para los sectores obreros y populares, control gubernamental de las corporaciones que, como la militar, habían reemplazado la legalidad institucional por una regulación que presuponía la violencia. En suma: contra la prepotencia de los fuertes, de los grupos de poder, de las camarillas, era el mensaje que, tramado con el preámbulo de la Constitución, fue vivido como algo a la vez nuevo y posible.

Quizá convenga ahora reflexionar sobre lo alcanzado el 30 de octubre. Después de casi una década en que la existencia misma de las formas institucionales democráticas fue reprimida, la Argentina se ha colocado en la línea de partida: se ha abierto solamente la posibilidad de construir un país donde la política no sea patrimonio de minorías asistidas por la fuerza o forma de una ilusión participativa que, en los hechos, sólo refrende o rechace la resolución de las grandes cuestiones que, de ahora en más, deberán ocupar el espacio del debate público, del que no deberían ser extirpadas ni por razones técnicas (que encubren una modalidad contemporánea del elitismo ilustrado), ni por las enormes dificultades materiales y concretas, urgentes como nunca,



a enfrentar. La Argentina puede proponerse, también, justicia en el terreno de los derechos humanos y una acción pública e inclusiva que ponga las bases de una restauración ética de la sociedad.

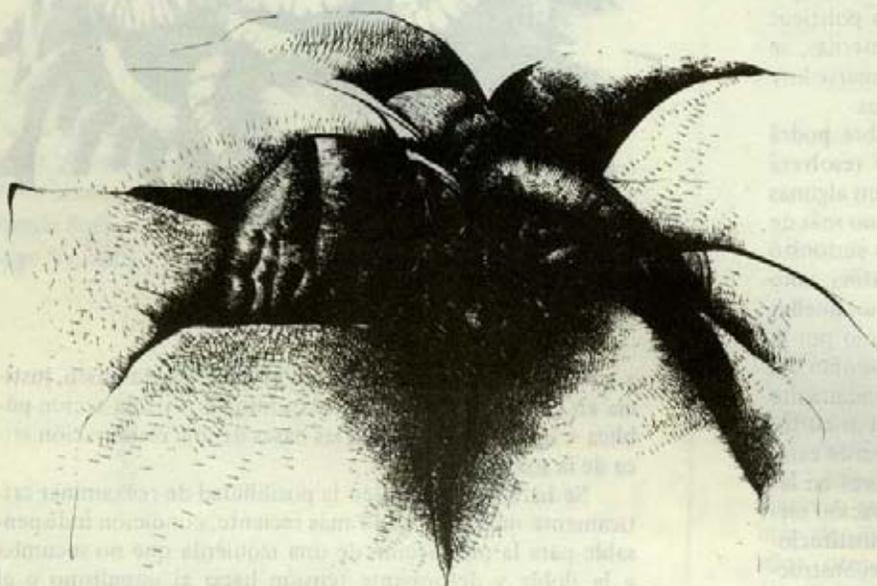
Se ha abierto también la posibilidad de reexaminar críticamente nuestro pasado más reciente, condición indispensable para la producción de una izquierda que no sucumba a la doble y deformante tensión hacia el populismo o el dogmatismo. En esta coyuntura, la franja de las izquierdas partidarias (uno de los grandes derrotados electorales) fue tozadamente ciega a los contenidos y formas que estaban en debate, repitiendo (con una fuerte dosis de arcaísmo) oposiciones que no describían la situación real de la sociedad argentina.

Se trata entonces de encarar el desafío planteado por la complejidad de cuestiones que hoy ha puesto sobre la mesa el resultado electoral, expresando un reclamo profundo y válido de reformulación político-institucional. Se ha abierto, también, una etapa de fluidez en las identidades políticas y, en consecuencia, existen condiciones para repensar la definición y el lugar, tanto en el estado como en la sociedad civil, de nuevos actores vinculados, al mismo tiempo, con nuevas problemáticas. En esta tarea de imaginación política, que es de reforma institucional, de construcción de nuevos sujetos y de resolución de las tensiones (que recorrieron los últimos cuarenta años de nuestra historia) entre justicia social y participación democrática, podrán emplearse las energías populares que la movilización preelectoral arrojó a las calles y que hoy debe pesar en los espacios políticos y societales a los que, más que reconstruir, es preciso redefinir globalmente.

El Consejo de Dirección

HUGO VEZZETTI

Situación actual del psicoanálisis



nuevo actor en el campo de la salud mental: el psicólogo. Que en tales condiciones (a las que cabe ubicar en un marco político postcordobazo que presionaba fuertemente para alimentar una aspiración social revolucionaria) se haya mezclado el oro con otras materias de escasa nobleza, que la *ratio política* haya hecho a menudo estragos en las condiciones mismas de producción de una praxis transformada de la cura, no obsta para reconocer el valor y la inventiva de mucho de lo que allí se inauguró. En todo caso, cuando se escuchan hoy ciertos "ajustes de cuentas" realizados notoriamente desde la acomodación a las nuevas condiciones abiertas en 1976, no puede menos que advertirse que resultan más bien contrarios a cualquier tentativa de historia crítica del psicoanálisis de los años 70. Si algunos quieren poner sobre ese pasado una lápida inamovible, de lo que se trata aquí, precisamente, es de asumir la exigencia de desenterrarlo e interrogarlo con la mayor amplitud y los menores preconceptos. Y ante todo, porque lo más importante de lo que está en curso en el psicoanálisis de hoy nació por entonces.

Si se trata de tomar la ruptura de la A. P. A. como provisorio punto de partida, se puede arriesgar que por entonces esa corporación totalitaria enchalecaba el desarrollo del psicoanálisis no sólo por su trivialización conceptual y la pretensión retrógrada de atesorarlo monopólicamente, sino por que la ilusión de mantenerlo guardado en el placard era concomitante con la ceguera para advertir que los tiempos reclamaban una presentificación del legado freudiano menos atada a las mezquindades de un empresariado celoso de sus prerrogativas.

Releer los materiales producidos por quienes protagonizaron esa ruptura, así como algunos textos surgidos en esos años, da cuenta de una común voluntad de salir al encuentro de la historia social, del poder en las instituciones, y de confrontar la obra freudiana con otras disciplinas, desde el materialismo dialéctico e histórico hasta la lingüística y la antropología. En principio, lo que importa en el campo psicoanalítico argentino desde esos años acontece por fuera de la corporación (después serían dos) afiliada a la entidad internacional. Y esto no implica

Abordar las posiciones presentes del psicoanálisis en la Argentina exige una tarea de reconstrucción y análisis en la que la dificultad propia de un campo bien extendido y variable en sus agrupamientos y en sus vaivenes, se agrega al obstáculo mayor de una *censura* —en sentido freudiano— hecha a la vez de amnesias y de reescrituras del pasado reciente, dictadas por las exigencias de ese período ominoso abierto en 1976.

Ante todo, entonces, cabe el llamamiento a la restauración de una trama histórica, y esta empresa sólo es concebible como una obra colectiva. A ella quieren contribuir estas reflexiones, que no tienen probablemente otro valor que el efecto que susciten.

Hacia comienzos de los años 70, la ruptura de la Asociación Psicoanalítica

Argentina (1971) se produce en la cresta de una *expansión* del psicoanálisis, que irrumpe por diversos circuitos a la faz "pública", fuera del ambiente recoleto construido alrededor del diván y del moderado crecimiento —bien controlado por aquella institución— que lo había caracterizado en sus primeras décadas. Cierta "diseminación" del discurso psicoanalítico produce por primera vez alternativas de formación y transmisión afuera de la corporación "oficial".

Por otra parte, a esa expansión contribuyó decisivamente el despliegue de experiencias psicoterapéuticas nuevas (grupales, familiares, comunitarias), desarrolladas en ámbitos que nacen en esos años (servicios de psicopatología en hospitales generales, centros de salud) y sostenidos en términos numéricamente mayoritarios por un

negar que también fuera de ella se reproducen los estigmas de una renovada tecnología de la dominación subjetiva, sino más bien marcar nítidamente en ese espacio cristalizado la máxima condensación de una ideología institucional que se hace coherente con un modelo de formación de analistas y con la imposición de ideales terapéuticos amasados con las tradiciones médico-morales de Occidente.

Queda concentrado, entonces, este análisis en las vicisitudes de ese movimiento "crítico" del psicoanálisis, bastante alejado de toda homogeneidad, cuyo interés radica en que abrió, desde diversas perspectivas —más políticas o más teóricas— la efectiva posibilidad de una transformación irreversible del campo psicoanalítico argentino y que someramente implicaba:

1) La reformulación de sus categorías conceptuales, centrada diversamente, sea en los modos de concebir la autonomía y las "articulaciones" del funcionamiento inconsciente, sea en la consigna más orgánica de un "retorno a Freud". En todo caso, partiendo de la exigencia de un recurso metódico a otras disciplinas teóricas que a la vez que "actualizaban" al psicoanálisis —en pleno auge estructuralista— construían una trama novedosa de formación que atraía a filósofos, lingüistas e intelectuales.

2) El cuestionamiento de un estilo de formación y el nacimiento de experiencias que procuraban romper con el modelo de la institución totalitaria cerrada, y que no ocultaban —por otra parte— las conexiones de ese modelo con la vigencia de un sistema social de explotación y un régimen antidemocrático.

3) La presencia de una flexión ético-política que si apuntaba a ampliar su público con un discurso crítico no lo hacía simplemente para extender un mercado (algo que prevalecerá posteriormente) sino fundado en la afirmación —en algunos casos con inflexión notablemente escatológica— de una misión histórica de ese psicoanálisis renovado en los objetivos de la liberación social.

4) Por último, más allá de disidencias, confusiones e imposibilidades, el planteamiento de una dimensión *práctica* (en la cura, las instituciones o la sociedad toda) hacía prevalecer las urgencias de la trans-

formación a las tendencias contemplativas. En ese sentido —en una dimensión que no era del todo ajena a cierto empuje del psicoanálisis en sus orígenes— el marco de discusión de las cuestiones de la teoría, la praxis, la ideología y el cambio social ponía sobre el tapete cierta definición del psicoanalista como *intelectual* insertado en un medio cultural y político.

Es cierto que en la versión más ideologizada del papel del psicoanálisis en la coyuntura histórica reaparecían viejas ilusiones —ahora bajo una advocación que combinaba el mensaje freudiano con la promesa marxista— confiadas en la eficacia de una intervención sobre la dimensión subjetiva para alumbrar un cambio social que se anunciaba como bien próximo. Si en ello subyacían las profecías renovadas de un "progresismo" naturalmente confiado en la marcha ascendente de la historia (despiadadamente destruido en estos años de terror) no puede desconocerse que nunca dejó de plantearse —aunque lo resolviera mal— la tensión entre el compromiso social del analista y las condiciones de una acción que debía ser a la vez políticamente eficaz y teóricamente orientada a salvar los fundamentos del psicoanálisis.

No otra cosa es legible detrás de la vertiginosa expansión de una "articulación" deseada del psicoanálisis y marxismo, cuyos efectos ilusorios no escaparon entonces a los observadores más lúcidos¹. Se señaló entonces la ingenuidad y el eclecticismo que dominó en sus comienzos esa magna y audaz apuesta, que lanzó a los psicoanalistas y aspirantes a una propuesta de formación y concientización que acumulaba disciplinas teóricas y pronunciamientos ideológicos. Pero, en fin, cualquier valoración de esa empresa imposible debe partir de reconocer que fue brutalmente golpeada cuando apenas estaba en condiciones de aportar sus primeros frutos. Con diez años de despliegue de ese cúmulo de iniciativas, en un campo intelectual que hubiera funcionado en libertad probablemente sería bien distinto el presente del psicoanálisis.

Reconstruir ese momento de crisis exige atender también a la riqueza y complejidad del mundo cultural y universitario abierto en la década del 60, golpeado en 1966 y reestructurado en una suerte de "resistencia" intelectual que conformó una profusa red de formación alternativa hecha de instituciones, publicaciones y grupos de estudio. Y este señalamiento resulta indispensable no sólo porque de allí surgieron algunos protagonistas centrales de los últimos años (notoriamente Oscar Masotta) sino porque la trama, el estilo y ciertas figuras que por entonces transformaron los espacios de transmisión del discurso psicoanalítico pervivieron, y fueron un factor esencial de una nueva "resistencia" ante la oleada reaccionaria y represiva que se abre ya desde fines de 1974 y se agrava profundamente después del golpe.

Que la crítica a las instituciones era, en los comienzos de los 70, algo que nucleaba elementos dispares de ese campo psicoanalítico, lo muestra el viaje a la Argentina de Octave y Maud Mannoni en 1972. Y si es cierto que en ese campo había notorias diferencias no lo es menos que operaban en un espacio *común* de *reconocimiento*². La coexistencia dentro de ese espacio intelectual de Althusser y Blanchot, Saussure y Wilhem Reich, Marcuse y el primer Foucault, con la presencia fluida de "marxismos" discrepantes, el despliegue de la enseñanza de Lacan (que dentro de ese conjunto heterogéneo aseguraba la formación psicoanalítica más ordenada) y los primeros asomos de Deleuze-Guattari, mirada desde el presente otorga al conjunto una apariencia extraña y desordenada. Y sin embargo, en ello radicaba su riqueza y su vigor, sobre todo si es contrastada con la brusca compresión discursiva de estos años y con la unilateralidad y "monologización" que los caracterizó. Y esto, ante todo, debe anotarse en la cuenta de las circunstancias históricas que hicieron que la expansión del lacanismo porteño se encontrara bruscamente en un campo en el que la represión política había "borrado" a sus interlocutores. Ausentes las polémicas, rellenado el vacío

¹ M. Chorne y J. C. Torre: "El porvenir de una ilusión", *Los Libros*, nro. 25, marzo de 1972, p. 3.

² Véase, por ejemplo, la presentación de O. Masotta a *El concepto de realidad en psicoanálisis* de G. Barenblit, en *Cuadernos Sigmund Freud*, nro. 4, 1975.

con la ilusión de ser hijos de París, e ideologizado lo que era una legítima preocupación por los resortes propios del acto psicoanalítico en una metafísica del orden signifiante, los resultados dogmáticos y sus expresiones de capilla en el orden de los agrupamientos están a la vista.

¿No habrá que poner también en la cuenta de ese sesgo que escindió bruscamente el discurso psicoanalítico de sus condiciones históricas —las inmediatamente anteriores y las contemporáneas— el *desengaño* que afectó las ilusiones depositadas en la integración del psicoanálisis a un proyecto revolucionario?

¿Qué pasó con el psicoanálisis desde 1976?

Todavía se recuerda a algún general que acompañaba la quema pública de libros y fascículos con declaraciones en las que definía a Freud como "delincuente ideológico". Pero si es posible abundar en ejemplos de la relación más bien ríspida de ese campo psicoanalítico (aunque no necesariamente de los psicoanalistas) con la dictadura militar fue bastante notorio que los más golpeado fueron los espacios "públicos", tanto los propiamente formativos (como el *Centro de Docencia e Investigación*) como aquellos centros asistenciales que nucleaban a un número considerable de profesionales e intentaban introducir transformaciones en los criterios y modalidades de asistencia. Es decir, aquellos lugares donde el desarrollo de nuevas prácticas hacía posible la intersección de cierto discurso del psicoanálisis con el movimiento de crítica de las instituciones psiquiátricas.

Estos golpes, por otra parte, vinieron anunciados a través de las primeras declaraciones del flamante Secretario de Salud Pública, con la entonación propia de una pseudoparanoia escasamente imaginativa: "Centros asistenciales de salud mental habían sido convertidos en lugares de adoctrinamiento subversivo. Algunos hospitales han debido ser ocupados por fuerzas militares para realizar su intervención, encontrándose claras pruebas de su utilización como aguantaderos y refugios de la guerrilla. Imprentas dedicadas a la confección de material pornográfico [sic], promiscuidad sexual entre los internados psi-

quiátricos alentada por propaganda que lo justificaba a través de una suerte de liberación de depresiones psíquicas"³.

Todavía en 1980, cuando se agitó el problema de las incumbencias del título de psicólogo, la revista *Somos* hacía "trascender" informes de los servicios de inteligencia que abundaban sobre la relación entre psicoanálisis y terrorismo: "Se comprobó que muchos subversivos se incorporaban a la lucha activa después de haber pasado por el diván del psicoanalista"⁴. Quizá para tranquilizar a los gestores de una versión tan amenazante, el Dr. Arnaldo Rascovsky, en la misma revista hace una profesión de fe bien alejada de Freud: "Un psicólogo debe llevar al sujeto a adaptarse al medio en que vive. Y en ese sentido la defensa de la familia es un elemento central. La familia es la base de la organización social, y un buen terapeuta debe llevar a la salud mental, que representa la buena integración con la madre y con el padre".

Por la misma época, *La Nación*, con la misma pulcritud con que acompañó otras faenas del régimen militar, destacaba por medio de la inclusión central de una conocida foto de Freud con uno de sus nietos, declaraciones de Friedrich Hayek: "Por los efectos profundos que tuvo en la educación, Freud es probablemente el más grande destructor de la cultura"⁵, revelando que es en la extensión de ciertos efectos críticos del psicoanálisis sobre la sociedad y la cultura (ahora la educación, como antes las instituciones psiquiátricas o los valores familiares) donde se concentraba la disposición censora y liquidacionista.

Pero no es en estos ataques bastante obvios en los que interesa detenerse, sino más bien las vicisitudes de una notoria captura de lo mejor del discurso psicoanalítico por parte de cierta versión de la enseñanza de Lacan. Porque si bien es cierto que la implantación de esa enseñanza es bien anterior a los años del terror militar (por lo que es falsa y mal intencionada la acusación que la hace nacer con la dic-

tadura) su desenvolvimiento no pudo, necesariamente, eludir las consecuencias de esa violenta irrupción que desde el poder dictatorial tronchó una porción muy importante del campo psicoanalítico nacido a principios de esa década.

Ante todo porque cuando el silencio forzado o el exilio se suman a la caída de las ilusiones puestas en el cambio social inminente, el debate acerca del psicoanálisis y el orden del poder se queda sin interlocutores precisamente en una zona que fue y es esencial para el destino del psicoanálisis en la Argentina: el de su relación con las instituciones.

Provocado el efecto de un discurso omnicompreensivo, sin topes, la falta de verdaderos debates condujo a interminables rencillas de prestigio y de poder, o, bien a pseudopolémicas dirigidas, a menudo, contra muertos y ausentes, es decir contra los que no podían contestar. Finalmente, el déficit de una reflexión sobre las condiciones de existencia, de agrupamiento y de transmisión del psicoanálisis y de las consecuencias del terror sobre el propio campo histórico fue concomitante con la ilusión de vivir en otro espacio político e institucional: el de París. Nadie lo expresó mejor, a mi juicio, que un lacaniano argentino en Caracas, cuando se refirió a la carta con que Lacan hizo pública la disolución de la *Ecole* así: "la carta que Lacan *nos* envió". No debe extrañar que tal efecto propiamente renegatorio de la densidad de las instituciones se acompañara de un discurso teórico que tendía a concebir al lazo que agrupaba a los analistas como sostenido en una mística que escapaba a toda determinación social y cultural.

De cualquier modo, no puede desconocerse la pervivencia de una pasión por el saber y por la preservación de condiciones de estudio y de pensamiento que alimentó grupos de estudio y contribuyó al nacimiento y crecimiento de entidades y asociaciones. Es cierto que una "crisis de mercado" llevó a una más encarnizada disputa por pacientes y alumnos cada vez más escasos y que —en términos reales— pagan cada vez menos. También lo es el carácter fragmentado y casi atomizado de esos espacios y circuitos de formación, en los que a menudo la agitación superficial predomina sobre proyectos de mayor al-

³ Declaraciones del capitán de navío Manuel Irán Campo, *Clarín*, 10/9/76.

⁴ *Somos*, 19/9/80, p. 6.

⁵ *La Nación*, 8/1/81, p. 9.

cance y profundidad (por ejemplo, no hay casi textos publicados durante estos años, salvo recopilaciones de artículos o ponencias más bien circunstanciales). Pero no se puede dejar de señalarse que la existencia misma de esta trama bien enraizada en el campo psicoanalítico resultaba inasimilable para los planes de disciplinamiento y restricción coercitivos que dominaban a las mentes militares y sus alcahetes en el ámbito de la cultura.

Pero, si ese movimiento de resistencia (que aprovechaba circuitos alternativos dentro del campo intelectual que habían nacido después de 1966) pudo, frente al cierre abrupto de otras posibilidades, defender con bastante eficacia los conceptos fundamentales sobre los que es posible concebir la praxis del psicoanálisis; si, incluso, pudo encontrarse en la flexión crítica y ética de la enseñanza de Lacan iluminaciones esenciales para las oscuridades de los "cuestionamientos" que habían inaugurado la década, al mismo tiempo, una de las unilateralidades más notorias fue el cambio de registro en el abordaje de la problemática institucional.

En el mismo momento en que la presión despolitizadora era impulsada firmemente desde el poder, en el intento más ambicioso que conoció la Argentina por transformar radicalmente a los sujetos colectivos, sociales, culturales y políticos, cuando la primacía del "orden" sobre la libertad y la justicia penetró bien hondo en un conjunto de instituciones (desde la Iglesia y el grueso de los partidos políticos hasta la prensa y las organizaciones profesionales y de la cultura), en circunstancias en que el ideal totalitario de una sociedad compartimentada y disciplinada trasladaba el modelo militar de mando e imponía la sanción de toda horizontalidad en la comunicación y la interacción, un discurso psicoanalítico que se hace dominante impone, por un lado, cierto encierro esotérico en su jerga y en sus rituales, y, por otro, una negativa bastante radical a asumir como pertinente la relación del psicoanálisis con las instituciones de la asistencia o de la cultura. Que las instituciones sean afirmadas, unilateralmente, sólo como "de discurso" —más allá de lo que pueda aportar para una efectiva renovación de las teorías— en esas circunstancias que imponían el peso de su significa-

ción bien material (anudada a la lógica de un poder que, efectivamente, también lo es de discursos, y respecto del cual no está de más recordar la vigencia del modelo freudiano de la hipnosis, para pensarlo en relación a condiciones colectivas) no podía tener otro efecto que el de una verdadera ilusión "deshistorizadora" que en el vacío provocado por una alucinante negativa respecto del horror que dominaba el momento, instalaba la sobreabundancia del significante, con el efecto notorio de sepultar cualquier análisis fundado sobre las propias condiciones de transmisión y ejercicio del psicoanálisis, incluso de aquellas que habían hecho posible la impresionante difusión de la obra de Lacan.

Es cierto que ese silencio sobre las condiciones materiales y políticas —aun bajo la forma alusiva o entrelíneas— caracterizó ampliamente al campo cultural (con algunos casos mucho más graves, como el de la S.A.D.E. y su Feria anual convertida en una fiesta del régimen) pero en este espacio psicoanalítico llegó a fracturar la existencia misma de una "memoria colectiva" capaz de hacerse cargo de las vicitudes y contradicciones de su pasado. Si Germán L. García había podido escribir una crítica inteligente a la obra compilada por M. Langer⁶, en las nuevas condiciones, su indagación sobre el pasado (*La entrada del psicoanálisis en la Argentina*, Bs. As., Altazar, 1978) se lee como una empresa que reemplaza la construcción histórica por un mito fundacional, y una campaña de promoción y que golpea sobre toda posible rememoración crítica con una mirada congelada desde ese presente. ¿Hace falta decir que la mencionada ilusión de pertenencia al espacio parisino se combinaba con la más difundida de eternidad del régimen? En todo caso, a ese acomodamiento a una situación excepcional asumida como permanente —y como habiendo clausurado definitivamente el pasado inmediato— debe achacarse la raíz fundamental de una ceguera ante esa historia traumática que desfilaba ante cualquiera que mantuviera sus ojos abiertos. Todavía en 1980, en Caracas (fui testigo presencial) otro compatriota y colega podía responder ante el requerimiento de un francés sobre el psicoanálisis bajo la

dictadura: "*Pas de problème*", y a continuación calcular en dólares (eran los tiempos de Joe) los honorarios espléndidos que se ganaban en Buenos Aires.

Ni siquiera es cierto que la producción teórica no se haya visto afectada; no puede decirse que ese "cerrar los ojos" haya coexistido con una concentración creativa en el desarrollo de la propia disciplina. Porque, más allá de la importancia del despliegue de la enseñanza de Lacan y sus efectos —cuyo acceso más directo y eficaz siguen siendo las traducciones— los textos fragmentarios, con ejes cambiantes "a la moda", no hacen visible las promesas de ninguna obra —personal o colectiva— destinada a una relativa perduración. Y no podía ser de otro modo, si se comprende hasta qué punto una empresa tal requiere fundarse sobre la reescritura de la red histórica de préstamos e influencias, y de qué modo exige al creador —además de continuidad y relativa autonomía intelectual— apoyarse sobre el horizonte de problemas de su tiempo.

En fin, el campo psicoanalítico necesita alimentarse con la diversidad y el debate, notoriamente ausentes en estos años, con el "retorno" de concepciones, experiencias y discursos que quedaron excluidos (y no debido a la voluntad de los psicoanalistas, hay que recordarlo). Debe reconstruirse, con la proliferación de espacios de interlocución y la disposición abierta a una larga marcha que vaya distinguiendo, en lo que se produjo, el mucho ruido de las pocas nueces; y quienes no estén a la altura de los tiempos se condenarán a un destino de secta.

Que la amnesia deje lugar a las palabras y los sucesos puedan alcanzar alguna precaria historización parece ser una condición ineludible —propiamente psicoanalítica— de una trabajosa restauración que no eluda aquella definición de Masotta respecto del psicoanálisis, que "como tal estará siempre aliado, lo quiera o no, a toda auténtica empresa de liberación"⁷. Entonces, si es deseable y pertinente recoger el reto freudiano a un "psicoanálisis de la cultura", ¿no ha llegado la hora de plantear en su horizonte los problemas —y las promesas— de una democracia pluralista?

Octubre de 1983

⁶ *Los Libros*, op. cit., p. 12.

⁷ *Ensayos Lacanianos*, Barcelona, Anagrama, 1976, p. 202.

BEATRIZ SARLO

Literatura y política

"El fuego clasifica: en primer lugar, todas las llamas se dirigen en algún sentido."

Francis Ponge

La historia de estos años — exilio, represión, crisis — afecta a la literatura y puede leerse en el corpus narrativo tanto como en el cuerpo de la sociedad argentina. Seguramente no en todos los textos, pero incluso su ausencia parece un desplazamiento, una escritura en hueco. Hay textos elocuentes en su silencio. Pienso en los escritores que publicaron su primer libro en los últimos años de la década del sesenta y primeros del setenta. Por su edad, son contemporáneos de los estudiantes y obreros del cordobazo, de los jefes de fila del auge político que desembocó en el triunfo electoral del peronismo en 1973, de los presos, los desaparecidos y los muertos (pueden leerse las pruebas de esa contemporaneidad en las dedicatorias de sus libros). Un eje, la historia, me permite captar el despliegue de las diferencias. Mi perspectiva renuncia de antemano a unificar en torno de ese eje; quiero, más bien, señalar aquí y allá zonas significativas. Algunas preguntas, que no intento responder, me permitieron esbozar ciertas líneas: ¿con qué instrumentos se escribe, trabajando sobre qué experiencia? Luego: ¿para quién se escribe?, volviendo a esta pregunta que hoy afirma de nuevo su (nunca perdida) pertinencia.

El campo intelectual argentino se define por su modernidad. Las teorías que importan, los libros que se leen, las "autoridades" que imponen sus hegemonías constantemente asediadas por el avance de otras, son las mismas que protagonizan el debate intelectual europeo. Estos rasgos colaboraron en la liquidación del mito

del "novelista ingenuo" y es preciso reconocer que nunca estuvieron más lejos de esta figura los narradores argentinos de la última década. Rastros del trabajo con las teorías literarias, citas evidentes y ocultas, señalan el camino que ha seguido la escritura¹: escribir lecturas, parodias, ficciones que tienen a otras ficciones en su origen. Escritores concientes de la literatura señalan así formas diferentes de la reflexión literaria. Muchos de ellos exageran, estéticamente, estas señas, hablan sobre las teorías críticas, siembran el camino de claves que fundan el placer del reconocimiento y ponen los límites de una comunidad ideológico-literaria.

Nadie es inocente. Pero se puede no serlo de diferentes maneras. En los años setenta se produce un giro en la narrativa argentina: del sistema de la década del sesenta, presidido por Cortázar y una lectura de Borges (lectura contenidista, si se me permite la expresión), se pasa al sistema dominado por Borges, y un Borges procesado en la teoría literaria que tiene como centro al Intertexto². Casi no hay

¹ Esto puede afirmarse de escritores tan diferentes como: Juan Carlos Martini Real (*Copyright*, Sudamericana, 1979), Ricardo Piglia (*Respiración artificial*, Pomaire, 1980), Noemí Ulla (*Urdimbre*, Editorial de Belgrano, 1981, y *Ciudades*, Centro Editor, 1983), Osvaldo Lamborghini (*Sebreghondi retrocede*, Ediciones Noé, 1973), Luis Gusman (*Cuerpo velado*, Corregidor, 1978, y *En el corazón de junio*, Sudamericana, 1983), Rodolfo Fogwill (*Mis muertos punk*, Tierra Baldía, 1980, y *Música japonesa*, Editorial de Belgrano, 1982), Alberto Laiseca (*Aventuras de un novelista atonal*, Sudamericana, 1982, y *Matando enanos a garrotazos*, Editorial de Belgrano, 1982), Rodolfo Rabanal (*El apartado*, Sudamericana, 1975; *Un día perfecto*, Pomaire, 1978, y *En otra parte*, 1981), César Aira (*Ema, la cautiva*, Editorial de Belgrano, 1981).

un escritor de estos años que no se ubique respecto de él.

Todo ello hace pensar en una desconfianza radical frente a la narración "clásica": se plantea una pregunta: ¿cómo seguir contando? El interrogante tiene varios orígenes: la crisis de la forma "relato", que es un capítulo más de la larga crisis del realismo, por un lado. Este sería su origen literario, como si se dijera: hasta aquí llegamos, desde aquí, si es posible narrar, se narrará en todo caso entre comillas, poniendo de manifiesto que ya no se cree en una relación tersa (que quizás no haya existido nunca) entre los textos y el mundo. Por otro lado, está la búsqueda de formas narrativas que permitan la reflexión y que, al mismo tiempo, no sean las de la típica "novela discursiva", frente a un conjunto de experiencias sociales que suscitan la perplejidad y el sentimiento de que una explicación es necesaria.

Se escribe también bajo la sugerencia de otros códigos que no son literarios³, o

² No puede decirse, sin embargo, que hoy no se siga escribiendo a partir de la ruptura cortazariana: Isidoro Blaisten se inscribe en este registro formal y lingüístico (*Dublin al sur*, El Cid Editor, 1979, y *Cerrado por melancolía*, Editorial de Belgrano, 1981); y también Liliana Hecker (*Un resplandor que se apagó en el mundo*, Sudamericana, 1977, y *Las peras del mal*, Editorial de Belgrano, 1982).

³ El cine, por ejemplo: *No habrá más penas ni olvido*, de Osvaldo Soriano, no sólo un homenaje a ciertos estilos cinematográficos sino un tributo a su retórica; *A las 20.25, la señora entró en la inmortalidad*, de Mario Szychman (Ediciones del Norte, Hanover, 1981), donde el gag lingüístico ocupa todo el lugar de la narración, a la manera de la cadena de gags en las comedias; *El beso de la mujer araña*, de Manuel Puig (Seix Barral, 1980), relato construido en paralelo a los argumentos de películas citadas, fuente de clisés ideológicos y estéticos.

desde la poética de los "géneros menores"⁴. En un desplazamiento hacia el centro del sistema cuyos mediadores son Faulkner y Onetti, se legitima al policial y se incorporan sus tópicos: el dinero, la violencia, el erotismo. Sin embargo, se conservan los signos, puestos casi en evidencia, de que el autor no es un naïf, de que no trabaja *en* el género sino *sobre* él. Se trata, en muchos casos, de relatos donde la acción es cifra de la violencia argentina, o modelo narrativo en cuyo marco organizar una experiencia social que, por el horror, da la impresión de resistirse a otro discurso. Esto sucede en *La vida entera*, de Juan Carlos Martini, donde la disputa por el poder en el mundo degradado de los prostíbulos implica un juicio y una manera de figurar el poder en la escena política.

La reconstrucción de lo real

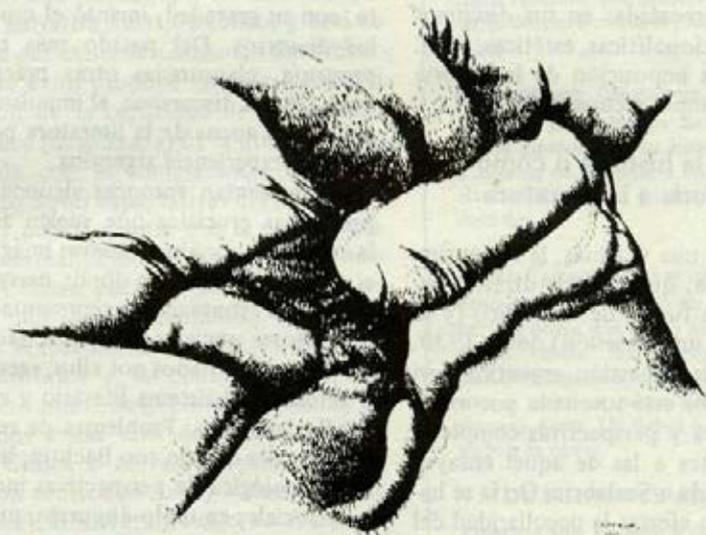
Una sociedad habla, entre otros discursos, con el de la literatura. Leer, entonces, la narrativa de estos años puede ser, para los argentinos, una de las formas posibles de encontrar algunos sentidos en esa masa dolorosa y desordenada de lo vivido en la última década⁵. A diferencia de los medios masivos, donde la censura impone más rigurosamente su ley de hierro, la literatura defendió con tenacidad su trabajo sobre la materia social, hecho que no

deja de ser sorprendente si se piensa que fue el campo cultural uno de los objetivos de la represión política y el terror de estado. Creo que el campo cultural argentino, desde la década del sesenta, tiene una zona fuerte y renovadora colocada hacia la izquierda y que lo más activo de ese campo puede ser ubicado en el doble cruce de un proceso de politización, que evita la alternativa de derecha, y la renovación formal. La iniciativa cultural no pertenece, en la Argentina, a la reacción política, desde las promociones que ingresaron a la vida intelectual a comienzos de los años sesenta⁶.

⁶ El grupo *Contorno*, que emerge poco antes de la caída del primer gobierno peronista,

Asaltados por la historia, los escritores no eligieron hablar en nombre de ella, porque en la violencia de esta década se disolvieron algunas de las certidumbres más sólidas del pasado político reciente. En rigor, casi no podría llamarse historia a ese conjunto de fragmentos, marcados por la interrogación, que constituye la Argentina de estos años. ¿Hay en realidad una historia? Esta pregunta se repite en varios textos y pone de manifiesto la duda sobre si es posible ordenar discursivamente una realidad cuya lógica parece secreta. Mejor dicho: cuando las formas

plantea, por primera vez, la disputa radical por la hegemonía en el campo de la cultura al polo constituido por la revista *Sur*.



⁴ José Pablo Feinmann (*Últimos días de la víctima*, Hachette, 1979, y *Ni el tiro del final*, Pomaire, 1982); Juan Carlos Martini (*El cerco*, Brujuna, 1977); Rubén Tizziani (*Noches sin lunas ni soles*, Siglo XXI, 1975, y *El desquite*); Juan Carlos Martelli (*El cabeza*, Corregidor, 1977) escribieron policiales con clave política explícita o sin ella, pero con clave literaria siempre evidente. Algunos de los relatos de Elvio Gandolfo, en especial el que da título al volumen *La reina de las nieves* (Centro Editor, 1982) trabajan un policial a la vez explícito en sus signos exteriores y cruzado de citas y remisiones literarias. Otra especie, cuyas convenciones tienen una larga historia en la literatura europea, la novela de aventuras, suscitó *El naufrago de las estrellas*, de Eduardo Belgrano Rawson (Pomaire, 1979), historia de mar y de naufragio, que tematiza el mito romántico de la acción, el riesgo y la muerte, en una estilización jugada entre el homenaje y la ironía.

⁵ Véase, al respecto: M. T. Gramuglio, "Tres novelas argentinas", en *Punto de vista*, nro. 13, noviembre de 1981.

narrativas mismas desconfían del orden de los hechos, ¿cómo gobernar esa desconfianza segunda, sumada por la Argentina, en un momento de máxima fragmentación de la experiencia social? Significativamente, Andrés Rivera ha titulado *Una lectura de la historia* su último libro de relatos.

La narrativa no podía aspirar a restaurar la totalidad perdida, que había sido, por otra parte, una forma de la imaginación colectiva; tampoco a cerrar una explicación que ni estaba en condiciones de proporcionar, ni se esperaba razonablemente de ella.

Trabajó, en cambio, sobre los fragmentos de la experiencia, de manera tal que podría decirse que lo mejor de la literatura argentina de estos años lleva las huellas de la historia. En este sentido, la narrativa es parte de un movimiento colectivo que recién está en sus comienzos: el procesamiento social de la experiencia, a la búsqueda de sus sentidos posibles. Se trata de operaciones de construcción del sentido, a partir de diferentes estrategias y modulaciones, que nos proponen respuestas diferenciadas en sus discursos (políticas y sociopolíticas, estéticas, etc.). Hubo entonces imposición de la historia y, al mismo tiempo, recurso a ella.

La fuerza de la historia o cómo marca la historia a la literatura

Se impone, una vez más, la Argentina como problema, que, en sus diversas variantes tiene la fuerza de un tópico (y la recurrencia de una obsesión) desde 1930. Sin embargo, la "cuestión argentina" en los últimos años está suscitada por experiencias sociales y perspectivas completamente diferentes a las de aquel ensayo. Martínez Estrada o Scalabrini Ortíz se habían propuesto aferrar la peculiaridad del "ser argentino", tanto en su flexión pesimista, vinculada al proceso de su construcción material e intelectual desde la colonia, como en la que, menos optimista que política, se abría al horizonte del cambio posible. Pero hoy, la cuestión argentina no gira sólo en torno a cómo fuimos constituidos, sino a por qué fracasamos. Discurso sobre la responsabilidad en el obstáculo y no sólo discursos sobre la represión, discursos sobre el desorden y

no sólo sobre un orden injusto o brutal pero comprensible. La historia ha sacudido todas las certidumbres que iluminaron con su exaltación los años anteriores: es preciso, entonces, volver a buscar formas de representación de una sociedad que ha padecido un proceso de desagregación física y moral. Los intelectuales argentinos, tocando fondo, llegamos al momento de la perplejidad y, en ocasiones de la esceptisis. Cambia el tono, y el cambio fue productivo, en la medida en que no es el enemigo, el Otro, quien monopoliza, como referente absoluto, los discursos.

Por su parte, la dictadura militar había congelado las formas públicas de la reflexión: por supresión del debate político y, fundamentalmente, por la liquidación de la esfera pública, cuyos efectos son más devastadores que los de la censura. En esa situación, el discurso literario (y también el de la crítica literaria) podía proponerse como espacio reflexivo. No es posible decir que lo fue invariablemente. También en él se manifestó la resistencia a trabajar en profundidad los sentidos de la crisis, pero, de todas formas, la historia presente, con su gravedad, imantó el espacio de los discursos. Del pasado más reciente provenía, clausuradas otras prácticas y otras formas discursivas, el impulso que se alojaba en zonas de la literatura para elaborar la experiencia argentina.

Se presentan entonces algunos de los problemas cruciales que suelen acosar a la narración: producir nuevas imágenes de sí y del otro (¿desde dónde narrar?), inventar las estrategias de representación de los actores sociales y de los fantasmas subjetivos suscitados por ellos, reconstruir o reformar el sistema literario y el lugar, en él, del relato. Problemas de representación, para decirlo con Bachtin, lingüística e ideológica de perspectivas individuales y sociales en tanto discursos, prácticas, condensaciones de experiencia.

Estas cuestiones constructivas e internas al discurso literario soportaban además la flexión impuesta por el contexto, donde comenzaban a formularse una serie de preguntas sobre la Argentina. La fragmentación violenta del mundo objetivo arrojaba sus efectos sobre el mundo de lo simbólico. Ante la represión o la muerte, ante el fracaso y las ilusiones perdidas, los discursos narrativos pusieron en esce-

na la perplejidad, según dos estrategias principales: la refutación de la mimesis como forma única de representación, por un lado; la fragmentación discursiva tanto de la subjetividad como de los hechos sociales, por el otro.

Se escribieron novelas que oblicuamente, sólo oblicuamente, hablan de la historia. Pero es precisamente en esa perspectiva sesgada, *en fuga*, donde la literatura alcanza a producir un discurso interrogativo y reflexivo (en lo intelectual y en lo estético). La refutación de la mimesis tiene en su base el reconocimiento de que la historia ha estallado de tal modo que no permite una recomposición narrativa a partir de un solo punto de vista o un solo discurso. La teoría literaria (en sus diversas versiones) agregaba, por su parte, argumentos específicos a esta convicción.

Por lo demás, la recomposición narrativa puede ser sólo una fantasía de la retórica, en la medida en que ya no puede confiarse en que haya un sentido de la historia. En *Hay cenizas en el viento*, de Carlos D. Martínez, se lee: "Sarmiento creía que era un enigma que podía develarse. Si hubiera vivido lo que yo he vivido, hubiera escrito otro *Facundo*, o no hubiera escrito nada". Piglia, en *Respiración artificial*, pregunta quién de nosotros escribirá el *Facundo*.

Facundo: ¿por qué esa obsesión, que también los críticos compartimos durante estos años? Si el texto de Sarmiento totalizaba, los textos más inteligentes de este período *descomponen*. Cartas, carpetas y papeles, sobres que pasan de manos de los moribundos o de los que se desvanecieron en las sombras de la política, a manos de intelectuales reflexivos, desconcertados y perplejos; textos que funcionan como anclajes, como contraseñas para seguir pensando el enigma argentino, el nuevo enigma, no menos signado que el anterior por la violencia. Sistemas de mensajes emitidos desde lugares diferentes que no coinciden con el del narrador: desde 1850 llegan los diarios y las utopías de Ossorio (en la novela de Piglia), que, por otra parte, la única historia que permiten reconstruir es la del fracaso político, el aislamiento y la locura; desde Marco Avellaneda, que abre una historia de degüellos, hasta los hombres y gallos degollados de los años setenta, en la novela de Carlos

D. Martínez. Esos mensajes desde lejos (anacrónicos, utópicos) están presentes también en la novela que más oblicuamente habla de la violencia argentina: *Nadie nunca*, de Juan José Saer. Relato cifrado, que traza un arco de *La filosofía en el tocador* (libro que, desde París le envía Pichón Garay a su hermano el Gato, personajes ambos del ciclo saeriano) a la masacre de caballos, que señala otras masacres, igualmente brutales y difícilmente inteligibles.

Interrogativas y no aseverativas, estas narraciones renuncian al proyecto de reproducir lo real, para jugarse en la producción de sentidos incompletos y fragmentarios: por metáfora, por condensación, por sobreimpresión de historias también ellas siempre incompletas, por reflexividad sobre los medios expresivos, por hiperliterariedad, por parábola⁷, por cifra. O por exceso: si la realidad argentina ha exagerado todas las formas de la violencia, *Cuerpo a cuerpo* de David Viñas hace de esa exasperación el elemento central de su escritura. Es un texto sin límites, ni en la crueldad, ni el erotismo, ni en el lenguaje. La vida militar, el periodismo, el anarquismo son los grandes universos de la novela, que expande todas las situaciones, las repite, vuelve sobre ellas deformándolas, magnificándolas hasta un grotesco que oscila entre la representación posible y las grietas que el texto no oculta en sus desbordes.

En el otro extremo, una línea narrativa que tiene en su centro a la serie de *Canguros*, de Jorge Asís⁸. Su tema, en el sentido más directo del término, es también la Argentina de estos años. Y sin embargo, sería difícil ubicar estas narraciones en el

⁷ Como en *El vuelo del tigre* y *Libro de navíos y borrascas*, de Daniel Moyano (Legasa, 1982 y 1983). Por otra parte, la "novela familiar", la novela de infancia, es, por razones generacionales, la novela recortada sobre los años del primer peronismo: es el caso de *Crónica falsa* (Jorge Alvarez, 1969) y *Los judíos del mar dulce* (Galerna, 1971) de Mario Szychman y de *Tinta roja* (Legasa, 1981) de Jorge Manzur.

⁸ *Flores robadas en los jardines de Quilmes* (Losada, 1980), *Carne picada* (Legasa, 1981), *La calle de los caballos muertos* (Legasa, 1982). En el espacio de este registro puede ubicarse también la narrativa de Enrique Medina (*Las muecas del miedo*, Galerna, 1981). Sobre Jorge Asís, véase: Antonio Marimón, "Un best-seller argentino: las mil caras de un pícaro", en *Punto de vista*, nro. 14, marzo-julio de 1982.

arco que se ha venido dibujando. Si la problematización formal (reflexión sobre los medios de producción literarios, realizada al unísono de la teoría crítica) estaba firmemente anudada con la problematización ideológica, en el caso de Asís, la trama que une lector y escritor es posiblemente la más estrecha de toda la serie y define su proyecto literario.

Es sabido: no hay un público, sino una estratificación compleja que va desde los núcleos conformados por intelectuales hasta zonas indecisas entre lectores de literatura culta y audiencia de los grandes medios escritos. A este continuum diferenciado corresponden diferentes estrategias de escritura. La estrategia del registro establece una complicidad real con los hábitos culturales de sus lectores: desde el mutuo reconocimiento en un sistema de discursos morales, políticos, ideológicos, hasta la mimesis de los clisés de la lengua oral urbana de los sectores medios y populares.

El reconocimiento se produce de inmediato en el circuito escritor (quien por otra parte, se elige como protagonista-testigo, en una exitosa apuesta a la transparencia narrativa)-texto-público, y está en la base del éxito de *Canguros*. Sin embargo, este éxito propone también pensar la cuestión de la capacidad de elaboración simbólica (desplazada) de la literatura, enfrentada con la complacencia mimética respecto de las expectativas del público.

Hoy podría decirse que la problematización formal desborda las cuestiones técnico-poéticas, para concentrarse en su relación con la problematización intelectual de los textos literarios: ésta es una relación histórica y, en consecuencia, variable, pero nosotros (lectores y críticos) no podemos evitar vivir dentro de esa relación. Cínica o moralista (para articular ejes con centros en Asís y Viñas, respectivamente), la literatura exige, en el sistema cultural argentino, una condición que se transforma en valor: la del escritor reflexivo (por oposición a esa figura que quizás no existió nunca: el escritor ingenuo), en la doble vertiente de pensar la escritura literaria como una de las maneras de entender la historia; y de pensar la historia desde un sistema de representación que se haga cargo de la complejidad, la discontinuidad y la problematización de lo real.



Ediciones de la Flor s.r.l.

Norberto Folino, *Barceló, Ruggierito y el populismo oligárquico*.

Edición definitiva, corregida, aumentada e ilustrada de un libro fundamental para comprender el presente. Una visión poco común y reveladora de la "década infame".

Roberto Fontanarrosa, *Fontanarrosa y la política*.

2da. edición de los dibujos políticos del creador de Inodoro Pereyra y Boogie el aceitoso. La primera se agotó antes que las expectativas de muchos partidos.

Eduardo Kalina y Santiago Kovadloff, *Las ceremonias de la destrucción*.

Un psicoanalista y un sociólogo examinan en profundidad las diversas formas en que el hombre se destruye y destruye a sus semejantes: desde el ecocidio hasta masacres como la de Guyana. (2da. edición)

Roberto Fontanarrosa, *El mundo ha vivido equivocado*.

Los geniales cuentos paródicos del dibujante rosarino que maneja la Olivetti con tanta destreza como el plumín. (2da. edición)

Sergio Masini: *Las guerras de papel*.

Si usted juega juegos de estrategia, no puede desconocer su historia, ideología y modos de manejarse entre las diversas alternativas de su desarrollo: aquí se lo cuentan.

Enrico Caruso, *Cómo se canta*.

Precedido de "Caruso en casa" de Norberto Folino. Un texto insólito donde el tenor "revela" los secretos de su arte y una investigación que rastrea los sucesivos y exitosos pasos del cantante por Buenos Aires. Un deber para todo aficionado a la ópera.

DE INMINENTE APARICION

Alberto Ciria, *Política y cultura popular: La Argentina peronista 1946-1955*.

Como continuación del estudio emprendido con *Partidos y Poder en la Argentina Moderna* el autor analiza, recordando "sin nostalgia y sin ira" los fenómenos producidos por el primer peronismo en el campo de la cultura de masas.

Anchoris 27 - Tel. 23-5529

1280 Buenos Aires, República Argentina

MARIA TERESA GRAMUGLIO

Algunos libros de crítica literaria: una reflexión que no cesa

A mediados de este año, el Centro Editor de América Latina presentó tres libros de crítica sobre temas de literatura argentina: *Ensayos argentinos, Sobre poesía popular argentina* y *En torno al criollismo*. Unos meses antes había aparecido *El habla de la ideología*, un título que, si equivara el reclamo al parentesco con una zona del discurso teórico, bien podría convertirse en "peronismo y literatura". Y en marzo, *Literatura/Sociedad* iniciaba, en un registro más abarcador, esta pequeña serie con que los trabajos críticos¹ volvieron a hacerse presentes en el espacio editorial del país, dentro del cual, en los últimos años, llegaron a parecer una especie en vías de extinción. Crisis de la industria editorial, por un lado, pero, sobre todo, la destrucción de la Universidad como espacio movilizador de la investigación, la circulación de ideas y la polémica, fundamentales para el enriquecimiento de toda la vida intelectual —académica y no académica—, pueden señalarse entre los motivos más inmediatos que hicieron que la crítica en la Argentina se refugiara en revistas literarias y en grupos privados, y continuara una existencia obstinada en una situación caracterizada por el aislamiento, la precariedad de medios y las dificultades de difusión². La segunda edición de Capítulo fue, durante estos años, prácticamente el único proyecto editorial que recogió de modo sistemático y con una orientación pluralista numerosos trabajos críticos sobre literatura argentina.

La aparición de estos libros no autoriza a pensar en una reflorecimiento editorial de la crítica literaria homologable a la proliferación de publicaciones sobre temas históricos y políticos que acompaña

la reanudación de la actividad de los partidos y las expectativas que genera el ansiado retorno a la legalidad constitucional. Se trata más bien de la emergencia de algunos textos que representan, con seguridad, sólo una parte de la silenciosa reflexión sobre teorías, métodos y problemas de la literatura argentina que ha seguido desarrollándose en las difíciles condiciones apuntadas, al margen de las instituciones oficiales y a veces fuera del país.

En ese marco de dispersión, estos libros, aunque no son idénticos en cuanto a los sistemas conceptuales que manejan y a los objetos a que se aplican, están visiblemente relacionados por su pertenencia a una corriente crítica que reivindica la afirmación del nexo entre lo literario y lo social como clave que, cuestionada, matizada, problematizada, orienta las diversas propuestas. De allí la insistencia en interrogar ciertos núcleos que, como el peronismo, el criollismo y la poesía popular, resultan decisivos para trazar líneas de interpretación de la literatura y la cultura argentinas.

En este conjunto, *Literatura/Sociedad* aparece, sin dudas, como el texto más variado y suscitador de problemas. Reúne tres tipos de trabajo que, sin sumarse ni plantearse como exposición de modelos y aplicaciones correlativas, despliegan una multiplicidad de perspectivas y recorridos posibles: una exposición de cuestiones teóricas y metodológicas, un apéndice sobre los principales representantes de las estéticas sociológicas y tres ensayos de crítica literaria. En la primera parte, las instancias y momentos del análisis sociológico son sometidos a una reformulación

crítica que tiende a abrir e incorporar conceptos, reacomodándolos, descentrándolos, para sustraerlos a la impronta mecanicista —y aun esencialista— que les confirió una concepción del sociologismo tradicional demasiado apegada a categorías totalizantes y relaciones fijas: operaciones de lectura y relectura que rescatan para la sociología literaria autores y tendencias que no siempre han ingresado en ella con comodidad, como los formalistas rusos, para dar un ejemplo rápido.

Este punto de vista explica que en el primer tramo teórico se empiece por problematizar el texto literario, definiéndolo de entrada como espacio heterogéneo y subrayando el carácter inestable de su estatuto estético, para encarar a partir de estas premisas su relación con lo social y con lo ideológico. La exposición acerca del problema de las mediaciones, una cuestión central para la sociología de la literatura, deviene uno de los momentos más productivos, que se estructura alrededor de dos núcleos emparentados: una original lectura de Bakhtine, donde se establece una distinción entre un "primer Bakhtine" para quien el "anillo ideológico" constituye la instancia de mediación entre la literatura y lo social (en una dirección que por cierto podemos vincular con aquel "humus ideológico" de que hablaba della Volpe) y un "segundo Bakhtine", que disuelve en una homogeneidad omnidiscursiva la heterogeneidad irreducible de lo literario y lo social. A partir de esta etapa, que en Bakhtine se halla relacionada con su teoría de la novela moderna, se despliega el segundo núcleo, en franca polémica con Kristeva y con algunos postulados de la socio-crítica: la afirmación de la autosuficiencia del texto y las consecuentes negaciones del referente y de las figuras del autor y del lector como sujetos sociales e instancias externas al texto³.

Hay dos autores que imprimen una marca fuerte a la dirección de las búsquedas de *Literatura/Sociedad*: Raymond Williams y Pierre Bourdieu. Del primero se seleccionan especialmente algunos aspectos acerca de las instituciones y formaciones del campo cultural; del segundo, sus conceptos de *habitus* y campo intelectual⁴. La novedad del tratamiento reside en aproximarlos y ponerlos en una rela-

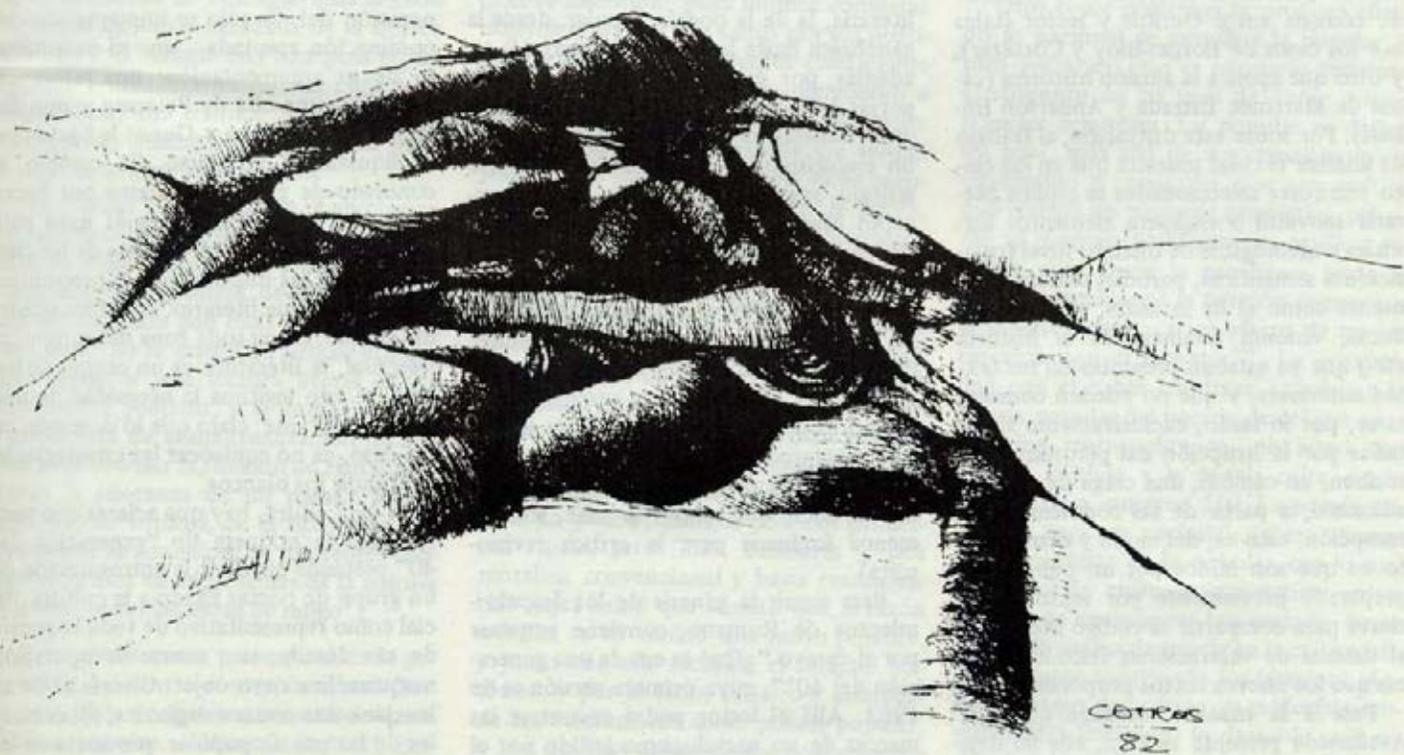
ción de convergencia⁵ que no excluye, por cierto, la crítica, y ello en un doble movimiento: tanto en el plano teórico —es el caso del concepto de *habitus*, cuyas limitaciones son señaladas desde una postura que rescata la riqueza del análisis sartreano— como en el plano funcional, y para verificar esto conviene acudir a los trabajos críticos agrupados en *Ensayos argentinos*, en los que puede percibirse, además de las huellas de estos autores, la necesaria reformulación a que han sido sometidos sus conceptos. Y sin duda es en “Una vida ejemplar: la estrategia de *Recuerdos de provincia*” —un ensayo recogido en ambos libros— donde se registra con mayor ajuste tanto esa transformación productiva como la eficacia de la multiplicidad de abordajes: pues la tendencia a la inexhaustividad que se deriva de la índole heterogénea del texto y de su historicidad, justifican la pertinencia, pero no la exclusividad del análisis sociológico.

Por el modo como está construido y por su sistema de apropiaciones, *Literatu-*

ra/Sociedad es un libro heterodoxo y casi escandaloso, rasgos quizá sólo explicables por su colocación en el espacio de la crítica: fuera de los circuitos académicos y de las instituciones oficiales, en un momento en que, como en ningún otro, esto constituye una condición favorable para pensar con mayor libertad; y, al mismo tiempo (y esta hipótesis a su vez también parecerá escandalosa), en el interior de una cultura periférica cuya debilidad etnocéntrica le ha permitido conformar una práctica (que ya es parte de su propia tradición) de incorporación y procesamiento desprejuiciados de los más diversos materiales del pensamiento occidental: tal vez aquí nos encontramos con una de las pocas felicidades —si no la única— que puede deparrarnos nuestra particular situación de dependencia cultural.

También *El habla de la ideología* es un libro abierto hacia sistemas críticos de variada procedencia, que se consideran ade-

cuados para ilustrar un caso particular de la relación entre lo literario y lo social: se trata aquí de la relación entre peronismo y literatura. Esa receptividad permite a Avellaneda utilizar, para dar un par de ejemplos, categorías analíticas provenientes del estructuralismo, como la de función narrativa, para formalizar la estructura básica de un conjunto de relatos, o combinar las nociones de intertextualidad, contexto y extratexto a fin de reconstruir la compleja red de inserciones en las diversas series (literarias y extraliterarias) que hacen posible advertir el código que organiza el sentido de un texto. No es necesario insistir en esto, ya que el lector medianamente familiarizado con lecturas críticas podrá reconocer otros casos: “plano de competencia”, “situación de discurso”, “contrato de lectura”, etc. De ese arsenal de nociones conviene subrayar la adopción del concepto de *réplica* como forma de respuesta cultural, que enlaza los aspectos ideológicos y expresivos presentes en el texto literario de manera menos unidireccional que la categoría tra-



dicional de reflejo, y que supone una mayor atención a la situación de discurso y a los códigos compartidos por autor y lector. Si alguna objeción suscita esta apertura por muchos motivos saludable, es que las diversas nociones no se hallan suficientemente criticadas y resultan así sometidas a una forma de neutralización típica de los trabajos académicos, en los que suelen quedar arrinconadas en su función meramente instrumental.

Y es que *El habla...* gira en realidad en torno de una sola idea, que podría resumirse así: los acontecimientos históricos, aun los más explosivos, no provocan transformaciones formales inmediatas en los textos literarios, sino que la réplica literaria opera, para responder a ellos, con un conjunto de elementos ideológicos y expresivos que provienen de una acumulación previa.

Para corroborar esta tesis, Avellaneda selecciona un corpus de textos producidos por cinco escritores liberales antiperonistas durante los años del primer peronismo. Encuentra que las formas de réplica que esos textos elaboran se organizan en torno a dos modelos básicos: uno, que supone para su intelección la comunidad de códigos entre escritor y lector (tales son los casos de Borges-Bioy y Cortázar), y otro que apela a la alusión histórica (casos de Martínez Estrada y Anderson Imber). Por sobre esta distinción, el trabajo de análisis textual muestra que en los cinco escritores seleccionados la réplica literaria moviliza o exaspera elementos formales e ideológicos de distinto nivel (oposiciones semánticas, parodia, sememas comunes como el de invasión, valoraciones éticas, visiones fatalistas de la historia etc.) que ya estaban presentes en sus textos anteriores, y que no pueden considerarse, por lo tanto, exclusivamente suscitados por la irrupción del peronismo. Sí reciben, en cambio, una carga de sentido adicional, a partir de las condiciones de recepción, esto es, del modo y el momento en que son leídos por un público ya preparado previamente por textos anteriores para compartir el código literario o el sistema de valoraciones ético-ideológicas que los nuevos textos proponen.

Pese a la manera sosegada con que Avellaneda presenta su tesis, ella no deja de tener sus aristas polémicas, sobre todo

si se tiene en cuenta el debate ideológico-estético en torno al peronismo que recorre nuestro campo cultural, pues pone en duda tanto la profundidad como la rapidez de los efectos producidos por un movimiento político que suele ser considerado como un revulsivo total de la vida argentina. Se puede inferir que en la cultura "alta" estos efectos operaron de modo diferido y en concurrencia con otros factores: el ingreso de formas de la cultura popular en la literatura y el arte "cultos", por ejemplo, sólo se consolidó en la década del sesenta, y en estrecha relación con la revisión del peronismo que llevó a cabo buena parte de la intelectualidad argentina; cabría agregar que ese rasgo no puede ser aislado de otros fenómenos culturales, como el crecimiento explosivo de los medios de comunicación de masas o el surgimiento del *pop*, que otorgan un marco de legitimidad a estas incorporaciones.

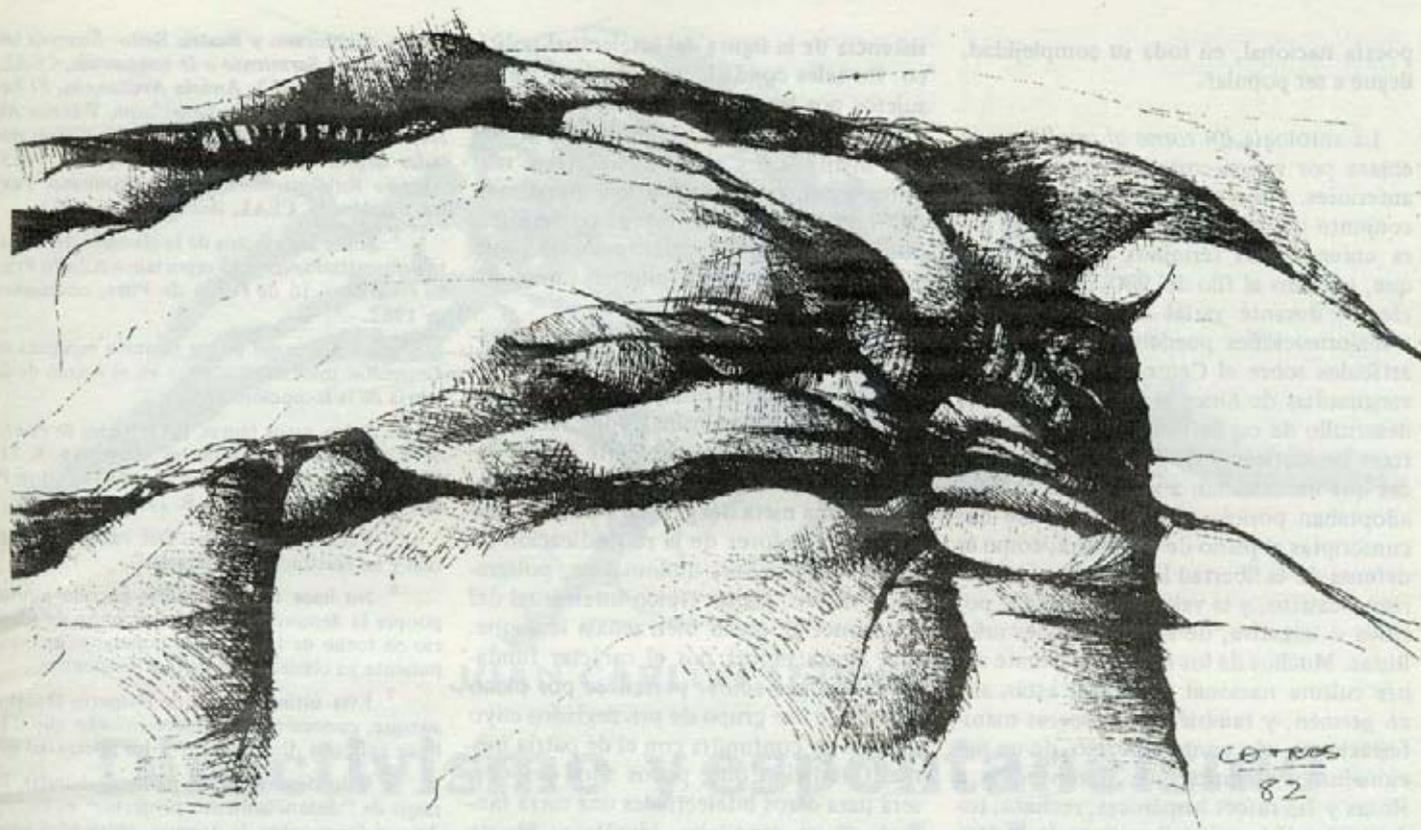
Sobre poesía popular argentina es, por varios motivos, un libro diferente. Lo es, en primer lugar, por el modo polémico como se inserta en el debate sobre cultura nacional y popular, tomando como objeto de trabajo otra zona de la producción literaria, la de la poesía popular, desde la gauchesca hasta las letras de tango. Lo es, además, por su escaso recurso a las categorías teóricas, lo cual lo deja librado a unas cuantas certezas y a los riesgos de un empirismo poco controlable. En este sentido, resulta sorprendente que un concepto capital para su enfoque, el de poesía popular, sea tomado sin ningún tipo de ajuste que tenga en cuenta el nuevo contexto cultural en que se lo utiliza, de un breve pasaje del venerable Menéndez Pidal. Es en verdad paradójico que una crítica tan rigurosa con respecto a la adopción de modelos foráneos en la cultura nacional realice ese trasplante con tanta placidez (aunque se trate de un autor español, que, como se sabe, son los menos foráneos para la crítica revisionista).

Para seguir la génesis de los descubrimientos de Romano, conviene empezar por el ensayo "¿Qué es eso de una generación del 40?", cuya primera versión es de 1963. Allí el lector podrá encontrar las marcas de un sociologismo teñido por el aire de los años 60, cuyos déficits más vi-

sibles fueron, como bien sabemos pues muchos incurrimos en ellos, la excesiva simplificación para poner en relación las series literaria y social, y un análisis literario que instrumentalizaba "ejemplos", recortando, descontextualizando, y con pocos miramientos hacia la especificidad del lenguaje poético. Que ello derivara de las falencias de la teoría o de la voluntad militante que en general animaba (y sigue animando, como en este caso) a esos ensayos, importa menos que la comprobación de que una afirmación tan tajante como la siguiente: "Los del 40 fueron, en conjunto, la transcripción poética de la mala conciencia burguesa que, abjurando de la tradición yrigoyenista, se alió al lenguaje de la oligarquía latifundista", puede seguir cumpliendo una función activa en la crítica literaria contemporánea.

Teniendo en cuenta este contexto crítico, resulta perfectamente explicable que Romano denuncie las limitaciones del concepto de generación, que taponan con la homogeneidad biológica las oposiciones y conflictos que agitan a todas y cada una de las etapas de la evolución del sistema literario. Menos explicable es no tanto la rapidez —al fin y al cabo, al hablar de generación del 40 sólo se impugna una denominación aceptada— sino el movimiento de su argumentación: una referencia a Lukács, una cita de Petersen y una diatriba contra Ortega y Gasset le bastan para liquidar el problema. En cambio, el concepto de grupo propuesto por Escarpit le parece a Romano más apto para describir estadios en el interior de los cuales ocurren las disputas por la preeminencia en el sistema literario. Podemos convenir en que, como toda zona del campo intelectual, la literatura es un campo de batalla, y esto legitima la necesidad de una crítica militante; claro que lo deseable, en ese caso, es no equivocar las estrategias ni confundir los blancos.

A esta altura, hay que aclarar que para Romano la etiqueta de "generación del 40" pretende encubrir la entronización de un grupo de poetas ligado a la cultura oficial como representativo de toda la poesía de esa década, una suerte de operación maquiavélica cuyo objetivo sería el de silenciar otras zonas marginales, sobre todo las de la poesía popular que anida en las letras de tango⁶. Lo que define a ese gru-



po es la actitud de repliegue ante la grave situación de crisis heredada de la década infame, y el refugio en "una pose espiritualista y aristocratizante" de cuño neorromántico, que traduce la añoranza de "un pasado marcado por la serena hegemonía de la clase terrateniente"⁷.

El análisis textual en que se apoyan estas afirmaciones consiste en una enumeración de rasgos formales y semánticos que caracterizan la poética de la generación del 40, apoyado con citas ilustrativas. En este nivel, no se puede señalar el excesivo apego a una lectura literal de los enunciados poéticos, y la ausencia de las operaciones de contextualización necesarias para precisar la función de temas que, como la añoranza de un pasado mejor, constituyen tópicos de la literatura universal que se actualizan en diferentes contextos, y aun en expresiones de la cultura popular, como las letras de tango⁸.

A la poesía vacua y escapista de la generación del 40 se contraponen, en "Qué es eso..." la verdad testimonial del cancionero popular. A Vicente Barbieri, Homero Manzi⁹. La pertinencia de la oposi-

ción es discutible, pues implica comparar objetos literarios que tanto por sus poéticas como por sus diferentes condiciones de producción y consumo pertenecen a distintos circuitos del sistema literario. Y más discutible aun es que esa verdad testimonial —que se revelaría en el registro de problemas cruciales de la época, como la crisis de la pareja tradicional en las letras de tema amoroso— se convierta en verdad estética, y permita sostener que del lado de la poesía popular se encuentran resultados literarios más valiosos que los de la poesía culta. ¿Sería demasiado irreverente afirmar que en las letras de tango, como en otros exponentes de la poesía popular, desde el romancero español hasta nuestra gauchesca, junto a no pocos hallazgos poéticos proliferan ripios, prosaísmo, cursilería y una moralina convencional y hasta reaccionaria? Aquí habrá que admitir que la razón estética es en verdad una razón política, y junto con ello recordar el carácter histórico, y por lo tanto relativo e inestable de las valoraciones sobre poesía popular, y sus diversas colocaciones con respecto a la poesía culta.

Otro cruce polémico se produce cuando lo nacional se asimila a lo popular, y para entrar en esto es necesario remitirse al conjunto de las tesis de *Sobre poesía popular argentina*. Lo popular es definido aquí, más allá de sus condiciones de circulación y recepción, por una poética que trabaja un material lingüístico próximo al lenguaje cotidiano: un artificio retórico que, desde la gauchesca hasta el tango, pasando por la canción campera y el sainete, apunta a un efecto de mayor cercanía con el receptor¹⁰. La proximidad con el habla cotidiana eximiría a la poesía popular del pecado de cefirse a los modelos metropolitanos, un rasgo con que se invalida a la poesía culta, desde Echeverría a nuestros días. La poesía, entonces, para ser nacional, deberá abreviar necesariamente en lo popular, con lo cual la propuesta amenaza convertirse en un sistema de exclusiones tan cerrado como el que Romano denuncia en la crítica oficial, aunque invirtiendo los términos. Ante ese riesgo dogmático, es preferible proponer otra inversión: lo deseable sería no que la poesía popular llegue a ser la única reconocida como nacional, sino que la

poesía nacional, en toda su complejidad, llegue a ser popular.

La antología *En torno al criollismo* se enlaza por varios costados con los libros anteriores. Pone al alcance del lector un conjunto de materiales indispensables para entender los términos de un debate que, iniciado al filo del 900, prolongó sus efectos durante varias décadas, y cuyas transformaciones pueden seguirse en los artículos sobre el Centenario y sobre las vanguardias de *Ensayos argentinos*. En el desarrollo de esa polémica se pueden rastrear las motivaciones políticas e ideológicas que movilizaban a sus actores cuando adoptaban posiciones aparentemente circunscriptas al plano de la cultura, como la defensa de la libertad lingüística o del purismo castizo, y la valoración estética, positiva o negativa, de las expresiones criollistas. Muchos de los temas del debate sobre cultura nacional y popular están allí en germen, y también las primeras manifestaciones, aún contradictorias, de un nacionalismo literario que, si reivindica a Rosas y las raíces hispánicas, rechaza, todavía, las últimas estribaciones de la gauchesca popular derivada del moreirismo, y se escandaliza por la corrupción del lenguaje que a su juicio promovía la jerga cocoliche del sainete. Los vicios idiomáticos de la abundante producción folletinesca y teatral de consumo popular alarmaban a Ernesto Quesada tanto como las malas traducciones, y aquí se empieza a vislumbrar cómo los caminos se bifurcan: mientras la preocupación por las buenas traducciones llegó a ser un elemento definitorio de la política editorial de *Sur*, el rescate del folletín y del sainete quedó a cargo de los sectores más populistas de la crítica nacional.

El estudio preliminar de Rubione puntualiza los cambios y los cruces complejos de las posiciones literarias, explicables en función de los cambios en la estructura social —sacudida por la inmigración, verdadero *deus ex machina* del debate— y por la colocación de los intelectuales con respecto al poder político. La elección metodológica con que se trabaja esta relación es particularmente adecuada para ese momento histórico en que se conservan algunos rasgos del 80: homogeneidad social entre intelectuales y élite del poder, per-

sistencia de la figura del intelectual-político. En tales condiciones, el pasaje de los sujetos por las distintas instancias de mediación que van “de lo familiar, lo grupal a la institución y al gobierno” ofrece mayores garantías de transcurrir pacífica y naturalmente que en etapas posteriores, donde las transformaciones sociales han fragmentado y complejizado el campo intelectual.

Ernesto Quesada se ofrece como un caso paradigmático para estudiar este momento, y hasta su ensayo “El criollismo en la literatura argentina” (una reedición necesaria) parece formar parte de ese carácter ejemplar: miembro de la élite, casado con una nieta del general Pacheco, uno de los iniciadores de la reivindicación de Rosas, historiador, diplomático, polígrafo y viajero. Es un típico intelectual del roquismo, y, como bien señala Rubione, una figura prócer por el carácter fundacional de sus actos: pertenece por pleno derecho a ese grupo de privilegiados cuyo destino se confundía con el de patria misma. Condición que, pocos años después, será para otros intelectuales una mera fantasía o un espejismo ideológico: basta pensar en lo que va de Quesada como funcionario de Roca y Juárez Celman, a Lugones redactando la proclama golpista de Uriburu.

¿Cuáles son, finalmente, los ejes comunes que recorren estos textos? Ya se ha visto: literatura y sociedad; situación de los intelectuales; criollismo, poesía popular, peronismo. Debates, relocalizaciones y rescates, muestras de la historicidad de las lecturas. Preguntas y repreguntas que desbordan el ámbito literario hasta alcanzar la pregunta sobre la identidad nacional. ¿Se trata, como aventuró Noé Jitrik en un reportaje reciente¹¹, de un resurgimiento del ímpetu sociológico motivado por la apertura del espacio político? La linealidad de esta conjetura no parece sostenible, si se piensa en la persistencia de una corriente de reflexión crítica que continuó activa durante tiempos en que esa apertura aún no se divisaba, y que se revela, por lo tanto, ligada a preocupaciones menos expuestas a los vaivenes de la coyuntura político-cultural.

Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo: *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, CEAL, Buenos Aires, 1983; Andrés Avellaneda, *El habla de la ideología*, Sudamericana, Buenos Aires, 1983; Eduardo Romano, *Sobre poesía popular argentina*, CEAL, Buenos Aires, 1983; Alfredo Rubione, *En torno al criollismo. Textos y polémica*, CEAL, Buenos Aires, 1983.

² Sobre los efectos de la clausura del debate universitario, véase el reportaje a Adolfo Prieto en el Nro. 16 de *Punto de Vista*, noviembre de 1982.

³ La figura del lector también recupera su dimensión material histórica en el marco de la teoría de la recepción.

⁴ Sobre estos temas, los lectores de *Punto de Vista* pueden consultar los números 6, 8, 11, 12 y 15, con traducciones y trabajos sobre P. Bordieu, R. Williams y H. R. Jauss.

⁵ Véase el capítulo “Del campo intelectual y las instituciones literarias”.

⁶ No hace falta detenerse en este punto, porque la denuncia de la conspiración de silencio en torno de la literatura popular es un componente ya clásico de la crítica revisionista.

⁷ Esta última cita es de Halperín Donghi, aunque, conociéndolo, parece extraño que él la haya aplicado directamente a los poetas del 40.

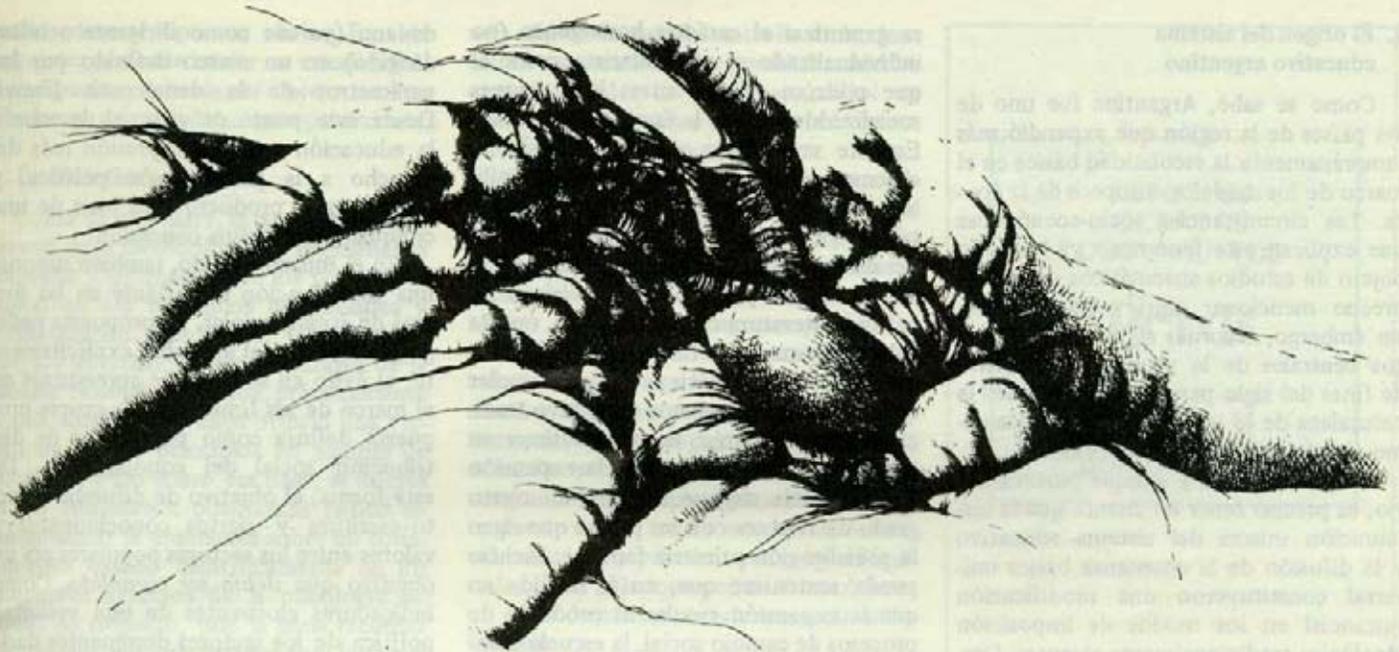
⁸ Sólo dos ejemplos, para no abundar. El rasgo de “distanciamiento protector” es ilustrado con fragmentos de poemas, entre ellos éste: “A lo lejos suena / la canción del río”. El tema de la añoranza del pasado, con un verso de M. Etchebarne, donde se lee: “Yo soy pasado que añoro y no realidad que existe”, de notable semejanza con una letra de tango (“Sueño / con el pasado que añoro / el tiempo viejo que lloro / y que nunca volverá”).

⁹ Estos pasos críticos acarrearán algunas dificultades, pues si bien permiten proponer la poesía de Vicente Barbieri como resumen arquetípico de las fallas de la generación del 40, crean cierta incomodidad para ubicar a otros poetas, como sucede de modo notorio con Enrique Molina. Pues el papel contestatario del surrealismo en el interior de la “cultura alta” es un dato que no se puede ignorar, aun cuando se trate de la adopción del modelo metropolitano en un país dependiente, como Romano reconoce en el caso de Aimé Césaire. No menor es la dificultad para entender por qué la utilización de materiales poéticos de diversa procedencia (“retazos clásico-románticos”, se lee aquí) es absolutamente impugnada en Barbieri, mientras que similares operaciones de *bricolage* son aceptadas cuando se trata de la poética de las letras de tango.

¹⁰ Otros rasgos con que se define a la poesía popular son su pertenencia a un género épico-lírico-dramático, categoría que no deja de suscitar algunas perplejidades, y la abundancia de metáforas referidas al juego, sobre todo el de naipes, verdadera pasión argentina.

¹¹ *Tiempo argentino*, Buenos Aires, 4/9/83.

¹ Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo: *Literatura/Sociedad*, Buenos Aires, Hachette, 1983.



JUAN CARLOS TEDESCO

Directivismo y espontaneísmo en los orígenes del sistema educativo argentino

1. Introducción

El presente trabajo* constituye la primera parte de un estudio más amplio sobre el pensamiento pedagógico argentino. Su propósito no consiste en un análisis de las corrientes pedagógicas en función de su estructura y lógica internas, sino de su correspondencia y articulación con el conjunto de la práctica pedagógica, especialmente de la vigente en el ámbito del sistema educativo formal.

La historia de la educación en América Latina, particularmente la referida al pensamiento pedagógico, es uno de los ámbitos menos desarrollados por la investigación sistemática. Argentina no es una excepción a esta generalidad. Sin embargo, existe una difundida imagen

acerca del pensamiento pedagógico en los orígenes del sistema (1860-1900) que adjudica una hegemonía muy fuerte al positivismo y asocia la influencia positivista con el conjunto de rasgos que el sentido común pedagógico atribuye al sistema educativo *tradicional*.

Un análisis más exhaustivo del período permitirá apreciar que la situación es mucho más compleja de lo previsto y que ya desde muy temprano quedaron planteadas con notable grado de madurez las diferentes alternativas posibles, no sólo en términos de política educativa sino también de opciones curriculares y metodológicas. Desde este punto de vista, hoy resulta habitual encontrar explicaciones y alternativas de acción pedagógica que oscilan entre el directivismo y el esponta-

neísmo, entre la institucionalización del vínculo de aprendizaje a través de la escuela y la des-institucionalización que promueve la indiferenciación del proceso de aprendizaje en el proceso de socialización general. Estas alternativas, sin embargo, estuvieron presentes desde el origen mismo de la expansión escolar. En sí misma, una comprobación de este tipo no tiene demasiada importancia. La significación, en cambio, puede sobrevenir si contribuye a explicar más claramente el comportamiento de los diferentes actores sociales frente a las alternativas que se presentaban y cuáles fueron los resultados —en términos de permitir el acceso a una cuota mayor o menor de participación en la distribución social del conocimiento— de cada una de estas opciones.

2. El origen del sistema educativo argentino

Como se sabe, Argentina fue uno de los países de la región que expandió más tempranamente la escolaridad básica en el marco de los modelos europeos de la época. Las circunstancias socio-económicas que explican este fenómeno ya han sido objeto de estudios sistemáticos que no es preciso mencionar aquí¹. Corresponde, sin embargo, recordar algunos de los rasgos centrales de la propuesta educativa de fines del siglo pasado y que definen la naturaleza de lo que hoy se identifica como el sistema educativo tradicional².

En primer lugar y aunque parezca obvio, es preciso tener en cuenta que la instauración misma del sistema educativo y la difusión de la enseñanza básica universal constituyeron una modificación sustancial en los modos de imposición ideológica tradicionalmente vigentes. Desde este punto de vista, uno de los cortes que diferencia a los distintos países de América Latina en este momento fue la inclusión o exclusión del acceso a la acción pedagógica escolar como modalidades de imposición ideológica. Argentina, junto con Uruguay, Costa Rica y, en menor medida, Chile, fueron los países de la región que acompañaron su incorporación al mercado mundial como exportadores de materias primas e importadores de productos manufacturados, con una organización social y jurídica que suponía la *inclusión* del conjunto de la población en los circuitos básicos de difusión cultural.

Sintéticamente expuesto, el sistema educativo tradicional estaba concebido como un sistema de distribución social del conocimiento según el cual la masa global de la población tenía acceso sólo a un mínimo de enseñanza básica que garantizaba la homogeneidad cultural y una élite accedía a las expresiones más elaboradas y al dominio de los instrumentos que permitían cierto nivel de creación del conocimiento. La operación fundamental era la reproducción del conocimiento y de los modelos para acercarse a él; el maestro aparecía como la figura central del proceso de aprendizaje, ya que él resumía tanto los conocimientos como la autoridad que los legitimaba y la distribución se institucionalizaba en la escuela pa-

ra garantizar el carácter homogéneo (no individualizado ni particularista, como el que podrían ofrecer otras instituciones socializadoras como la familia o la Iglesia). En este sentido, lo que caracterizaba al sistema educativo tradicional era el equilibrio o la congruencia en la articulación tanto entre los diferentes componentes del sistema educativo como entre éste y la realidad social para el cual fue elaborado.

En la literatura contemporánea, resulta habitual poner el énfasis en el carácter reproductor de la acción pedagógica escolar ejercida sobre el sistema educativo tradicional. Sin embargo, es preciso tener en cuenta que, históricamente, la expansión de la escuela supone siempre un cierto grado de ruptura con las pautas que rigen la socialización primaria familiar. Incluso puede sostenerse que, en la medida en que la expansión escolar es producto de procesos de cambio social, la escuela cumple funciones que se acercan al tipo de fenómenos que la teoría de la socialización tipifica como acciones de reconversión social. Desde este punto de vista, es preciso recordar que la propuesta tradicional tenía dos características básicas: la cultura escolar reproducía el orden ideológicamente dominante pero, al mismo tiempo, este orden representaba una modificación sustancial de las pautas y contenidos de socialización utilizados por las instituciones particularistas (familia e Iglesia fundamentalmente). Dicho en otros términos, la propuesta tradicional implicaba que la escuela debía conquistar —generalmente en forma conflictiva— un espacio de acción pedagógica que antes correspondía a otras agencias. Este cambio implicaba una modificación importante en los contenidos ya que, desde este punto de vista, la escuela estaba llamada a difundir los valores seculares, principios republicanos y cierta visión científica de la realidad que reflejaba —con un grado bastante alto de correspondencia— el orden cultural que regía en los ámbitos más dinámicos de la sociedad global.

La articulación entre sistema educativo y realidad social —si bien siempre ha sido un problema complejo y conflictivo— se establecía fundamentalmente a partir de un eje específico: el eje cultural. La educación tenía, en este sentido, una tarea social prioritaria: formar al ciu-

dadano (ya sea como dirigente o como dirigido) en un marco definido por los parámetros de la democracia liberal. Desde este punto de vista, el derecho a la educación era una expresión más del derecho a la participación política, y —como tal— producto más bien de una conquista que de una concesión.

En el mismo sentido, también suponía una modificación importante en las formas de acción escolar. La propuesta pedagógica tradicional aspiraba, explícitamente, al éxito en su tarea de aprendizaje en el marco de los límites que la propia propuesta definía como parámetros de distribución social del conocimiento. De esta forma, el objetivo de difundir la lecto-escritura y ciertos conocimientos y valores entre los sectores populares era un objetivo que *debía ser cumplido*. Como indicadores elocuentes de esta voluntad política de los sectores dominantes de la época puede citarse —además de los indicadores cuantitativos— el hecho que los principales ideólogos de los sectores dominantes dedicaron sus esfuerzos a la conducción y orientación de la enseñanza; los presidentes del Consejo Nacional de Educación y los Ministros de Educación durante este período fueron figuras de primer orden en el elenco de la clase política gobernante, de la misma forma que intelectuales y políticos de primera línea eran frecuentemente autores de los libros de lectura de la escuela primaria.

Por otra parte, los objetivos y la voluntad política para lograrlos, permitieron que el pensamiento y la acción educativa generadas en el marco de la propuesta oligárquica en los orígenes del sistema educativo lograran ser hegemónicos durante un período significativamente largo de tiempo. Los sectores populares, en todo caso, cuestionaron las limitaciones en su cumplimiento pero no la validez de su postulación, presionando sistemáticamente para obtener una cuota cada vez mayor de participación en el acceso.

Los estudios históricos han privilegiado generalmente el nivel de análisis sociopolítico estructural. Es muy poco, en cambio, lo que se conoce acerca de las prácticas pedagógicas específicas vigentes en las escuelas, que mediatizaron los objetivos políticos en el ámbito de las instituciones escolares. Las dificultades para un

análisis de este tipo son obvias. En este trabajo se pretende iniciar un estudio que, por supuesto, debería ser objeto de ampliaciones y profundizaciones posteriores.

3. La didáctica positivista

Como se recordará, la base teórica más general de la metodología de la enseñanza aceptada y difundida por los positivistas radicó en los principios herbartianos y pestalozzianos. Desde José María Torres que los sintetizó y divulgó a través de la Escuela Normal de Paraná, prácticamente la casi totalidad de ellos ofreció una versión de dichos principios en algunas de sus obras. Pero sobre esa base, el interés de los educadores positivistas radicó en fundamentar la enseñanza sobre un conocimiento basado científicamente en los principales aspectos de la psicología infantil. Al respecto, vale la pena recordar los trabajos tan importantes para la época de Víctor Mercante, Rodolfo Senet y otros educadores del momento. El análisis de estos textos permite apreciar que la didáctica positivista estuvo estructurada sobre la base de un doble reduccionismo. El primero, que mantiene todavía su vigencia, es el que lleva a la metodología de la enseñanza a apoyarse en la psicología, principalmente en la psicología evolutiva y en la teoría del aprendizaje; el segundo, en cambio, es específico del positivismo y es el que le brinda la posibilidad de elaborar una argumentación claramente conservadora sobre bases supuestamente científicas: la psicología quedaba, a su vez, reducida a la biología. A través de este paso por la psicología, se abría la posibilidad de que la didáctica quedara sujeta a las reglas mecanicistas, fijas y lineales de la biología de la época. Además, esta rigidez iba acompañada por toda la carga ideológica que rodeaba a los análisis sociales hechos en función de postulados biológicos que concebían a la sociedad bajo el modelo del *organismo*.

En el marco de la subordinación a la psicología y a la biología, es posible apreciar tanto los rasgos científicos como los rasgos ideológicos de la didáctica positivista. Con respecto al primer aspecto, no corresponde discutir la validez del *contenido* de las proposiciones psicológicas y sus consecuencias didácticas. Los pedagogos positivistas no fueron, en todo caso,

más allá de lo que el desarrollo de la ciencia en ese momento les permitía; en todo caso, la validez de su trabajo radicó en que se movieron muy cerca de la frontera internacional del conocimiento.

El aspecto central, en este punto, consiste en advertir que la preocupación por el *método* fue una constante del período y que esa preocupación estuvo fuertemente asociada a la formación docente. El núcleo central de pedagogos positivistas de esta época se movió en estrecha articulación con los establecimientos de formación de maestros por un lado y con las instancias de supervisión escolar por el otro. De esta forma, se pudo establecer un grado de correspondencia relativamente fuerte entre teoría educativa, formación docente y prácticas pedagógicas aplicadas en el aula, que permitieron obtener un nivel de eficiencia relativamente satisfactorio.

Pero la preocupación por el método estaba, también, vinculada a las circunstancias sociales concretas en las cuales se producía la expansión escolar. La reducción del nivel de análisis psicológico y social al biológico implicaba explicar las diferencias sociales a través de variables tales como la herencia y la raza. Al respecto, son bien conocidas las versiones positivistas acerca de América Latina y las causas de su estancamiento y atraso. Carlos O. Bunge, por ejemplo, ofrece un buen modelo de esta forma de enfocar el problema en su obra *Nuestra América*³. Pero esta caracterización implicaba, desde el punto de vista pedagógico, una serie de consecuencias importantes. En primer lugar, los pedagogos positivistas desarrollaron una concepción muy precisa de los rasgos que definían a la capacidad de aprendizaje de la población escolar en virtud de su herencia genética y racial. Al respecto, vale la pena citar extensamente a Víctor Mercante, quien comienza el segundo tomo de su libro sobre *Enseñanza de la aritmética*⁴ con la siguiente caracterización de los alumnos:

"Es injusto atribuir ya a los programas, ya a los maestros, ya a los gobiernos, ya a las modificaciones introducidas por un decreto de efímera duración, defectos que fluyen de una juventud escolar heterogénea, porque es el producto natural de seis, siete u ocho razas que la evolución

ESTUDIOS
DEBATES
DOCUMENTOS

Praxis

año I - n. 1
primavera 1983

Consejo de Redacción:
Laura Rossi
Gabriel Rot
Horacio Tarcus

Sumario

Las tareas del marxismo
La intelectualidad y la crítica del
balazo, por C. A. Brocato
Los intelectuales argentinos frente
a la dictadura, por Laura Rossi
23 tesis por un frente democrático
antimperialista
¿Existe un verdadero Gramsci?
por Jorge Semprún
Gramsci y el concepto de crisis
orgánica, por A. Conti
El concepto de partido en Marx,
por G. Rot
¿Qué Marx se leerá en el siglo XXI?
por M. Sacristán

rezagada y tardía arrojaron a estas playas después de sentir en los flancos el acicate de la miseria; no nos puede asombrar la intriga en unos, la hipocresía en otros, el rencor en éste, la envidia en aquél, exteriorizados por la maledicencia, el chisme, la soberbia mal disimulada y una sed de aplastar y reducir a nada al semejante, un eterno contendor creado por una imaginación envidiada con las pequeñeces de una vida primaria todavía.

Este frondoso árbol, que en cada hoja esconde una vanidad, arraiga en un cerebro duro y perezoso, indócil y arrogante a veces. Hay hogares para quienes el maestro es un enemigo y otros que se permiten el papel de patrones amonestándolos en esquelas de estraça con frases como éstas: 'Ayer le he preguntado a mi hijo el alfabeto salteado y no lo ha sabido; dígame al maestro que le enseñe a leer, que para eso lo mando a la escuela'. En un ambiente republicano, sin opresiones, la tosca personalidad recobra su vieja robustez.

Al tender, cada año, mis ojos sobre el libro de matrícula, no dejo de sentir escalofríos cuando descubro las imperfecciones de un hogar lleno de exigencias, si el hogar existe. Aquí, una columna de jóvenes sin padre; allá, otra de huérfanos; allá, otra donde la madre, único sostén de seis pequeños, hace esfuerzos sobre-humanos para ganar, cosiendo o planchando, los dos o tres pesos diarios con que alquila dos cuartos, viste y alimenta su prole; acullá, otra donde o la hermana mayor, o el tutor, o un presunto pariente, reniega de un fardo que desea abandonar cuanto antes; por fin, otra, donde el padre es pudiente, pero los hijos llevan en el bolsillo la llave de la puerta de calle. Pocos son aquellos que dentro de una familia acomodada, buena, sin miserias, ni angustias, ni sufrimientos, van a la escuela llevados por el sólo afán de perfeccionarse y pocos aquellos que alcanzan la cima de sus deseos.⁷

En otra de sus obras⁵, Mercante resume su diagnóstico más claramente: "... la mayor parte de los alumnos pertenecen al tipo pasivo (indolente) que se mueve bajo la acción de estímulos enérgicos, obligados por algo que, contrariando sus hábitos de inercia, los vuelva activos.

Tal como puede apreciarse, aquí están contenidos los elementos que explican los

rasgos más salientes de la didáctica positivista: el centro del proceso de aprendizaje debe estar en el maestro ya que, espontáneamente, los alumnos tienden a la pasividad: la acción del maestro debe estar regulada hasta los mínimos detalles y la estimulación debe apelar a todos los sentidos posibles. El autoritarismo docente aparece, de esta forma, fundamentado en el reconocimiento de que la acción del maestro constituye la única garantía para que el proceso de aprendizaje se cumpla adecuadamente. Pero este detallismo metodológico se apoya no sólo en la desconfianza hacia el alumno sino también en la desconfianza en el maestro. Entre los docentes predominaban, según Mercante, los *indiferentes*. ¿A qué se debe —se pregunta— la falta de entusiasmo que caracteriza a los docentes? "En parte —contesta— a una preparación limitada, sin disposiciones para mejorarla, que no fomenta el amor a las cosas, al libro, a la verdad, a las investigaciones; en parte, a los resabios de viejas esclavitudes que exigen el chicote para movernos; en parte, a la *masa de elementos amorfos* que exige estímulos que acardenalen su amor propio para cumplir sus deberes."⁶

En síntesis, la desconfianza general acerca de las respuestas espontáneas orienta toda la postura didáctica positivista. Esto no conduce a una propuesta totalmente pasiva sino a la regulación detallada de los estímulos para la actividad. Dicha regulación se asentaba —como ya vimos— en los clásicos principios de Herbart y Pestalozzi e incluía un fuerte acento en el manejo de instrumentos, el control de experiencias científicas, la observación, etc. En este sentido, la propuesta positivista está lejos del formalismo vacío de las prácticas pedagógicas habituales. En realidad, la descripción crítica que los positivistas hacían de las prácticas docentes vigentes en las escuelas no diferían mucho de las actuales caracterizaciones que se obtienen a partir de estudios etnográficos sobre interacción en el aula. La peculiaridad de la alternativa positivista consistía, por lo tanto, en proponer una estructuración de la acción pedagógica destinada a *superar* las características originales de los actores del proceso. En este sentido y más allá del pesimismo y el fatalismo biológico, reconocidos co-

mo punto de partida, la propuesta didáctica del positivismo tendía a garantizar el progreso individual a través de estrategias que movilizaran, externamente, las capacidades naturales individuales.

4. El espontaneísmo anti-autoritario de Carlos Vergara

El pensamiento de Carlos Vergara (1859-1929) —notoriamente desconocido a pesar de la vastedad de su obra— ocupa un lugar importante en el desarrollo histórico de la pedagogía argentina. Esta importancia proviene fundamentalmente del hecho de haber postulado una seria crítica a los esquemas positivistas de análisis pedagógico, en los momentos en que dichos esquemas poseían un grado muy alto de hegemonía dentro de los ámbitos intelectuales argentinos.

Desde el punto de vista filosófico, la crítica de Vergara al positivismo puede definirse como una crítica *krausista*, concepción que —como se sabe— tuvo cierta vigencia hacia fines del siglo pasado y principios de éste⁷. En el plano político, en cambio, Vergara se ubica claramente en una posición anti-oligárquica que si bien lo acercó en diversos momentos al radicalismo, no se concretó en su incorporación orgánica a ningún movimiento político determinado.

Desde el punto de vista filosófico y científico, en cambio, el análisis del pensamiento de Vergara no resistiría un examen riguroso. Las imprecisiones, las ambigüedades, las generalizaciones rápidas y sin base abundan en buena parte de sus textos; su obra, por otra parte, abarca explicaciones que intentan cubrir la totalidad del saber y en ellas las repeticiones son frecuentes y los esquemas de análisis se extrapolan de un nivel a otro sin demasiado rigor. En su conjunto, estas características han permitido que se calificara este momento del pensamiento krausista como un momento de "empobrecimiento teórico"⁸ lo cual, sin duda, es estrictamente válido. Sin embargo, y a pesar de su simplicidad, vale la pena esquematizar las ideas centrales de la propuesta teórica que expone Vergara para —desde allí— abordar las cuestiones específicamente pedagógicas.

El concepto que puede servirnos de punto de partida en esta breve reseña de

sus ideas filosóficas es el concepto de *acción*. Vergara es, al respecto, muy categórico: "... cada organismo y cada órgano (...) es una resultante de la acción que ese órgano o ese organismo ha realizado a través de innumerables generaciones"⁹. Todo el desarrollo —sea cual sea el organismo del cual nos ocupemos— depende de la *actividad* que desarrolle; pero el significado de esa actividad tiene connotaciones importantes para nuestro análisis: en primer término, Vergara concibe la actividad como expresión de un plan *predeterminado* en cada organismo, plan que resulta de la acción de todas las generaciones anteriores. Este determinismo natural absoluto es, sin embargo, la base de su postulado central sobre la libertad, porque en la medida en que dicho plan está preformado, lo importante será garantizar su expresión evitando cualquier traba que impida su desarrollo *libre y espontáneo*¹⁰.

Estos dos rasgos —libertad y espontaneidad— son centrales en la definición del concepto de acción en Vergara. El tercero, que completaría el significado del concepto, es su carácter *divino*. Para Vergara —en contraposición al positivismo dominante en este período de la historia del pensamiento argentino y retomando así una conceptualización metafísica— la acción espontánea y libre implica la realización de lo divino en cada ser. La acción —siempre, insistimos, en la medida que sea libre— expresa el espíritu divino que en última instancia dirige el movimiento del universo. Esta connotación metafísica con la cual Vergara alude al concepto de acción le permite asociarlo directamente con valores morales específicos. Así, actuar será *bueno* en tanto significa poner de manifiesto el espíritu de Dios y, complementariamente, la inactividad o la pasividad será concebida como *mala*. "La acción, dirá Vergara, sintetiza todas las virtudes"¹¹.

5. Las ideas pedagógicas

El primer aspecto a tener en cuenta aquí es el valor educativo que Vergara otorga a la acción. Actuar es educativo en la medida que significa enriquecimiento y desarrollo de las capacidades que el organismo trae preformadas. Invirtiendo este postulado desde la perspectiva de la pedagogía, Vergara podrá

decir que educar será estimular la acción y permitir su desarrollo, distinguiendo la acción "verdadera" (que sería precisamente la que cumple con esas condiciones) de otros tipos de acción que en lugar de favorecer el desarrollo lo traban.

Dewey, con mucha más precisión conceptual y sin las connotaciones metafísicas y éticas que aparecen en Vergara, planteó la misma concepción a través tanto del valor educativo que otorga a la *experiencia* como a la distinción que establece entre *experiencia educativa* (definida como aquella experiencia que permite al educando seguir avanzando en su desarrollo personal, que no lo traba ni lo frena en su crecimiento) y *experiencia no-educativa* (definida, precisamente, por lo contrario). Un ejemplo frecuente en Dewey para señalar esta diferencia es el tipo de experiencias al cual la educación tradicional sometía al alumno: estudios memorísticos, pasividad, etc., experiencias todas que determinaban un freno al desarrollo personal y que impedían su crecimiento.

Pero la semejanza no termina aquí. Si —como se decía más arriba— para Vergara la actividad desarrollada por un organismo expresa un plan prefigurado a través del tiempo y las sucesivas generaciones, ¿cuál será el papel que le corresponde a la educación en la formación del sujeto? Vergara contestará diciendo que lo fundamental en toda área educativa es rodear al alumno de un medio ambiente que no trabe el desarrollo espontáneo de la actividad del sujeto, es decir, un medio ambiente caracterizado por su permeabilidad y su fluidez. La importancia del medio ambiente queda reflejada en las fórmulas con las cuales Vergara expuso sus dos primeros principios educativos¹² y no es preciso extremar los términos para evocar aquí la concepción de Dewey acerca del papel del medio ambiente en la educación, largamente explicado en el cap. 2 de *Democracia y Educación*¹³.

Esta valoración de la acción y de la actividad le permite a Vergara ensayar una crítica (a veces de tono furibundo) a las prácticas pedagógicas vigentes, todas ellas de carácter libresco y basadas fundamentalmente en el verbalismo. Para Vergara, nadie aprende si no es a través de transfor-

mar el saber en actos; las escuelas de Derecho, por ejemplo, no enseñan nada acerca de su objeto central —la justicia— en la medida que no impulsan en sus alumnos la *práctica de la justicia*. Lo mismo dirá de las otras disciplinas y, en su conjunto, de todo el sistema educativo apoyado —sostenía repetidamente Vergara y con razón— en palabras y no en actos. Buena parte de sus escritos están destinados a repetir en todos los tonos y formas posibles ese postulado. Pero, siguiendo en forma coherente su esquema fuertemente eticista, para Vergara las acciones con más alto valor educativo serán precisamente aquellas con más alto contenido moral. Enseñar a "hacer el bien" es uno de los fines básicos de la educación.

Al colocar el centro del problema en la actividad libre y espontánea del individuo y al valorar la influencia natural del ambiente como el elemento básico de la tarea educadora, Vergara se colocaba en una situación desde la cual podía deducir consecuencias prácticas en el plano pedagógico que lo llevarían a postular principios radicalmente contradictorios con los vigentes. Los métodos, la disciplina, los planes de estudio y los programas, el rol del docente, el papel de la comunidad y del Estado, los textos, en definitiva todos los elementos que intervienen en el hecho educativo son analizados a partir de esta nueva concepción. Si bien los resultados de este análisis son desiguales, en conjunto representan un valioso aporte que además de su valor intrínseco brinda materiales de importancia para la comprensión del fenómeno del autoritarismo pedagógico en distintos momentos históricos.

El problema de las formas metódicas reviste, en el período que estamos analizando, una importancia peculiar. Como ya vimos, el pensamiento positivista asignó a la metodología didáctica un lugar relevante dentro de la tarea educativa y se ocupó de regularla hasta sus más mínimos detalles.

Vergara, en cambio, sostiene una teoría diferente. Partiendo del supuesto según el cual todo está prefigurado en el sujeto, sostuvo que la única tarea válida desde el punto de vista educativo era dar al sujeto la más amplia libertad de trabajo y expresión para que las condiciones que trae prefiguradas puedan desarrollarse.

Los estímulos externos, en esta concepción, no deben ser cuidadosamente organizados de manera tal que vayan provocando gradualmente el desarrollo de los conocimientos; al contrario, su función es configurar un medio ambiente fluido cuya función principal en cuanto estimulante sería la de permitir la libre expresión de los sujetos.

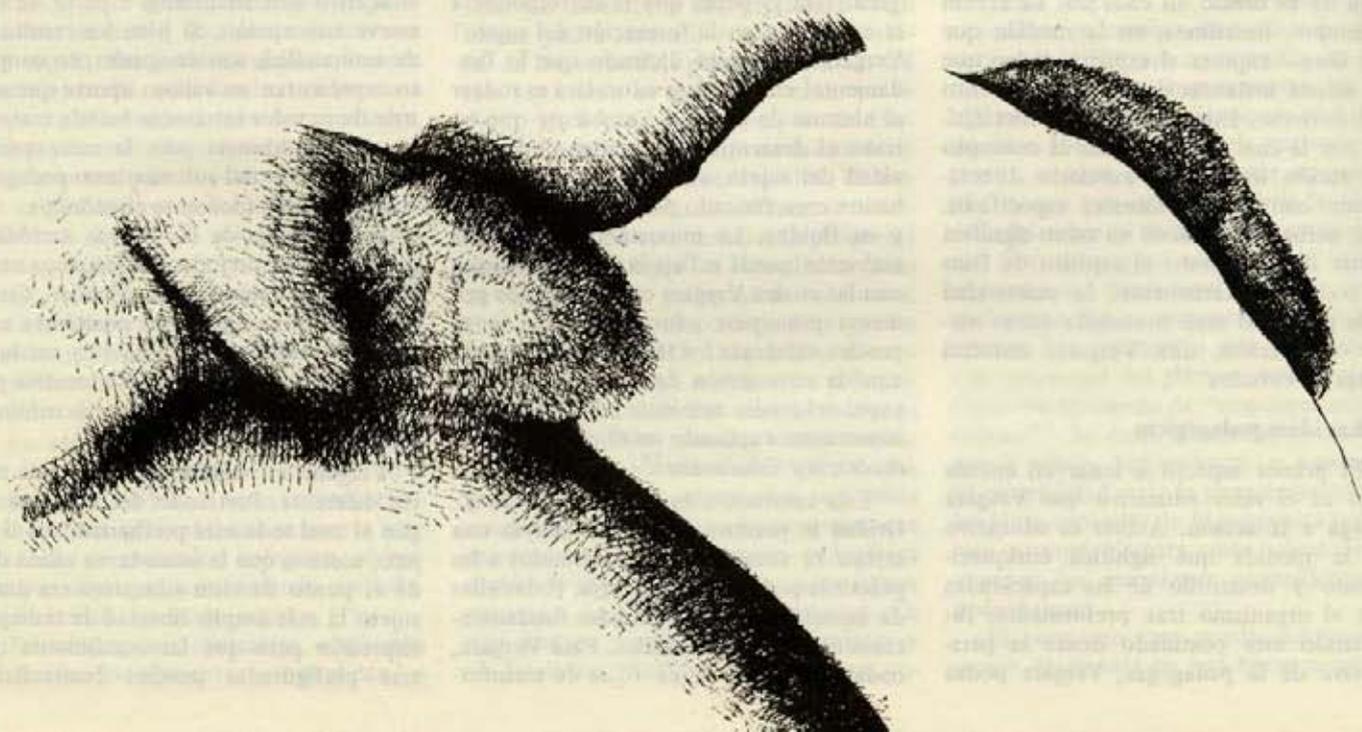
La significativa valoración de las potencialidades autónomas de los sujetos condujo a Vergara a negar la validez de las investigaciones encaradas en el marco de la pedagogía positivista y destinadas a regular externamente la conducta de los alumnos. Sus críticas fueron, en este sentido, categóricas. No discutió la mayor o menor consistencia interna de esos trabajos sino que cuestionó directamente su sentido. La siguiente cita, aunque un poco extensa, refleja perfectamente la postura de Vergara en este punto: "De acuerdo con la doctrina expuesta, la sabiduría del pedagogo y del sociólogo consistirá en favorecer lo que ya está en los seres y en obedecer los planes ya trazados por la Naturaleza. Como toda la ciencia de la educación se ha propuesto hasta hoy dirigir al espíritu de la niñez y la juventud; ahora al llegar a establecer que el propósito del educador es enseñar a los alumnos a que

marchen, estudien, aprendan, se eduquen y se gobiernen solos, resulta que todo lo que hasta hoy se ha llamado pedagogía y ciencia de la educación queda sin base y sin objeto, dando lugar a una ciencia nueva, con caracteres muy distintos a la anterior pedagogía. La importancia de este nuevo concepto ha de verse en sus aplicaciones. Los métodos y procedimientos que tanto absorben la atención de los pedagogos y de la pedagogía al querer determinar un camino que se imagina indispensable para aprender y enseñar cada una de las materias, quedarán sin consistencia cuando se comprenda que el alma de los métodos y de los procedimientos está en la espontaneidad del maestro y de los alumnos, a la vez que en las condiciones y necesidades del medio ambiente."¹⁴

Las últimas palabras de la cita anterior son claves para entender la postura de Vergara acerca de las formas metódicas: *espontaneidad y medio ambiente*. Ya vimos en puntos anteriores la base desde la cual Vergara llega a esta concepción. Pero lo importante ahora es advertir que esta postura de Vergara lo condujo naturalmente a dar los primeros pasos dentro de una línea que —pasando por redefinir los roles del maestro y del alumno— configura una especie de "anti-didáctica", antici-

pación elocuente de algunas propuestas actuales de la teoría del antiautoritarismo pedagógico.

Los componentes conceptuales de esta anticipación teórica son los siguientes: en primer término, catalogar los regímenes vigentes como opresores tanto para los maestros como para los alumnos. Esta valoración de la forma como los sistemas vigentes degradan a los actores del hecho educativo derivó, necesariamente, en la redefinición de sus roles. Vergara sostuvo enfáticamente que "...el maestro, tal como hoy se lo conoce, debe desaparecer". Sobre esta línea, la obra de Vergara es rica en argumentaciones tendientes a dar a la escuela las características propias de los ambientes no escolares. "La escuela es la sociedad misma", sintetiza Vergara, y cuando analiza las tareas, los temas y el papel del alumno, esta expresión adquiere todo su significado: "Hemos llegado a un momento en que todo lo que se haga por la enseñanza, aun, lo mejor, será flor de un día, porque carecerá de consistencia y de base si no es obra directa de la conciencia popular, que la sostenga sobre todos los cambios políticos de gobierno. Por este sistema el alumno ya no tiene como único mundo escolar las cuatro paredes del aula que deprimieran tantas al-



mas infantiles. Los temas de estudio los encuentra en el mundo real que le rodea, en la sociedad misma, que no sólo estudia como observador, sino principalmente como actor, como agente productor de bien para sí y para la comunidad. Por ejemplo, el niño producirá primero una cajita de cartón (...) en una conferencia semanal de las organizadas por la escuela, una sencilla lectura... más tarde sabrá forjar el hierro y a otras horas irá, encabezado por sus maestros, a hacer propaganda en favor de la pureza del sufragio, del respeto mutuo que se deben a todos los bandos y asistirá a presenciar las elecciones"¹⁵.

En este esquema, ¿cuál debe ser el rol del maestro? Al respecto es interesante observar cómo Vergara rescató permanentemente la figura de Pedro Scalabrini, profesor de la Escuela Normal de Paraná. Su fórmula sería: "...el trabajo del educacionista debe concretarse en rodear al alumno de elementos adecuados y en quitarle obstáculos para que él pueda por sí solo ejecutar sus facultades y perfeccionarse"¹⁶. Un segundo elemento conceptual en esta postura lo constituye la introducción de lo *productivo* dentro de la forma de trabajo. Esta posición tuvo en Vergara un doble contenido. Por un lado, la productividad se relaciona con el énfasis puesto en la acción en desmedro de las palabras. En este sentido, los contenidos deben ser materializados en acciones antes que meramente verbalizados; éste sería el significado más amplio dado por Vergara al término productividad. Pero en un sentido más estricto, Vergara reclama productividad en el sentido económico de la cuestión: "Si no queremos torcer las facultades debemos presentar los asuntos por su lado productivo. Habitando a los alumnos, como ahora hacemos en las escuelas, a que estudien sin relacionar el trabajo, de una manera *conciente*, con lo productivo, los impulsamos a la esterilidad y violamos las leyes naturales del perfeccionamiento humano"... "Si cada conocimiento que adquirimos en la escuela pudiéramos utilizarlo fuera de ella, o viéramos con frecuencia que otros lo aplican, no sólo no lo olvidaríamos sino que nos estimularía constantemente a aprender más".

Consecuente con los planteos anteriores acerca de los métodos, Vergara desa-

rolla una concepción de la disciplina escolar en la cual se ponen de manifiesto en forma muy notoria los rasgos antiautoritarios de su doctrina. Este punto fue, indudablemente, uno de los que más perturbaciones produjo en los ambientes oficiales de la época, no tanto por el desarrollo teórico que Vergara pudo otorgarle sino por sus consecuencias prácticas.

Desde el punto de vista teórico, la exposición de Vergara sobre este tema no se aparta de los argumentos que expusimos hasta ahora. De acuerdo a su postulado central acerca de la influencia decisiva del medio ambiente en la determinación de las conductas, todo tipo de conducta desviada —desde un simple acto de indisciplina escolar hasta un hecho delictivo grave— tiene su origen en circunstancias exteriores o en la herencia, pero nunca en el sujeto como tal, que tiene una responsabilidad muy limitada en la producción de esos actos.

Sobre esta base, Vergara niega valor a cualquier tipo de código disciplinario que se base en castigos. Al contrario, "...el más fecundo elemento disciplinario consiste en que los alumnos sepan que el maestro cree que él *no tiene derecho* a tocar jamás su libertad física ni moral ni en lo más mínimo"¹⁸.

En éste, como en otros puntos, carece de sentido hacer un análisis de la consistencia teórica de la propuesta de Vergara. Es obvio que tal como está presentada, su propuesta contiene un alto grado de ingenuidad, que la hace muy vulnerable. Sin embargo, lo rescatable es la línea global de su posición, que tiende a enfatizar lo negativo de toda política coercitiva en el ámbito escolar y a colocar el problema de la disciplina no como factor aislado sino como uno de los componentes básicos de las condiciones para el aprendizaje (compartiendo en este sentido la responsabilidad junto a los contenidos, los métodos, etc.). La contrapropuesta de Vergara pasa por lograr la disciplina —indispensable para que tenga lugar la tarea de aprendizaje— a partir de condiciones externas adecuadas y estímulos internos lo suficientemente fuertes como para que no tengan sentido las imposiciones formales externas.

Vergara trató de poner en práctica este énfasis en el respeto absoluto por la libertad. Así, en el período en que actuó co-

mo Director de la Escuela Normal de Mercedes se propuso aplicar en la escuela una serie de nociones sobre la disciplina que pasaban por la eliminación de todo tipo de sanciones. Vale la pena recordar la resolución que dictara sobre este punto y que constituye uno de los testimonios más claros del espíritu antiautoritario de Vergara: "1º. Que los profesores del establecimiento deben tratar a todo alumno que cometa una falta, con entera consideración, proponiéndose hacerle ver que ha cometido un error, no una acción con el deseo de hacer mal. 2º. Que todos los medios disciplinarios que afecten en lo más mínimo la dignidad del alumno, sean considerados contraproducentes y como que propenden a desorganizar la escuela. 3º. Que ningún profesor dirija palabras ni miradas imperiosas a los alumnos, ni aun al más culpable... 7º. Todos los alumnos deben tener la convicción de que nadie tiene derecho de tocarles su dignidad, ni con una mirada fuerte, y si no tuvieran esa convicción, los profesores están en el deber de dárselas, porque éste es el medio más eficaz de asegurar la disciplina de toda la escuela"¹⁹.

6. Consideraciones finales

Tal como puede apreciarse a través de esta somera presentación de los postulados positivistas y krausistas frente al problema de las prácticas pedagógicas, es evidente que las alternativas directivistas y no-directivistas, acompañadas de fundamentaciones genetistas o culturales sobre el carácter de la inteligencia, tienen una historia muy prolongada.

Asimismo, el análisis de estas propuestas pone claramente en evidencia el carácter autoritario de las propuestas genetistas y el carácter democrático de las postulaciones espontaneístas. Sin embargo, esta caracterización corre el riesgo de suponer que el carácter democrático o antidemocrático de las relaciones pedagógicas determina las funciones globales que el sistema cumple con respecto a la estructura social. En un artículo escrito hace ya más de diez años, Jean-Claude Passeron aclaraba lúcidamente la relativa independencia que existe entre la democratización de las relaciones pedagógicas y la democratización del sistema educativo²⁰. George Snyders, desde una perspectiva más estricta

revista de crítica literaria latinoamericana

Dirección:
ANTONIO CORNEJO POLAR

Avenida Benavides 3074
Urbanización La Castellana
Teléfono 456353
Lima - 18
PERU

ESCRITURA

Teoría y crítica literarias

Consejo de Dirección
Angel Rama — Rafael Di
Prisco

Año VI, N° 11

I. PROBLEMAS
DE TEORÍA LITERARIA
II. LITERATURA
LATINOAMERICANA

Correspondencia a: Aparta-
do 65603, Caracas 1066-A,
Venezuela

tamente pedagógica, analizó extensamente el problema del directivismo y no-directivismo en la enseñanza²¹ y en América Latina, por último, Dermeval Saviani planteó recientemente una suerte de reivindicación del carácter democrático y científico de la pedagogía tradicional²².

No corresponde, por lo tanto, que repitamos aquí el conjunto de argumentaciones contenidas en esos trabajos. Su mención apunta a destacar el hecho que ya existe una cierta tradición teórica que ha tendido a superar las hipótesis que extrapolaban —sin mediaciones— las características de los vínculos pedagógicos a los vínculos sociales y viceversa. En el marco de estas interpretaciones, la parte final de este texto intentará aportar algunos elementos que permitan comprender cuál fue el aporte que las pautas pedagógicas de la escuela argentina de principios de siglo brindaron al carácter relativamente más democrático que el sistema en su conjunto ha ostentado históricamente.

En este sentido, y después de leer a los positivistas, resulta difícil resistir la tentación de enfatizar el carácter claramente antidemocrático de sus postulados. El fatalismo biológico resultaría inmodificable; el fracaso escolar sería explicado por razones genéticas y la función de los métodos y programas escolares sería seleccionar a los "más aptos" y excluir rápidamente a los que no podrán avanzar en el sistema más allá de sus posibilidades "objetivas". Mercante mismo se ocuparía de fundamentar uno de los proyectos más orgánicos de reforma escolar basado en este diagnóstico psico-pedagógico brindando, en 1916, los argumentos para la reforma del ministro Saavedra Lamas, que intentaba reducir la escolaridad básica a cuatro o cinco años, estableciendo un nivel intermedio con funciones orientadoras y un ciclo secundario diversificado.

Saavedra Lamas, apoyándose en Mercante, justificaba la necesidad de esta reforma diciendo que de esta manera se beneficiaría al sector social que por su ubicación "...no está en condiciones de realizar opciones más elevadas. Ellos tienen ya predeterminada casi su situación social y se trata sólo de evitar que no completen su instrucción incipiente haciendo que obtengan una aptitud remu-

nerable que mejore su condición y asegure su dignidad en la vida. Así no se impedirá que los demás, los de aptitudes más vigorosas, de mayor holgura en su situación personal, de mayor fuerza de voluntad, puedan completar otro género de preparación integral haciendo los tres años de la Escuela Intermedia, completándolos con el núcleo obligatorio, y dirigiéndose, si a ello aspira, a una finalidad universitaria"²³.

Sin embargo, el riesgo que enfrenta una caracterización en términos conservadores de las propuestas organizativas y didácticas del positivismo, consiste en —apelando a una metáfora extrema— arrojar el agua sucia de la bañera con el chico adentro.

Como se sabe, la reforma de Saavedra Lamas y todos los intentos oligárquicos de reformar la estructura del sistema diseñado en la década 1880-1890 fracasaron por la oposición de los sectores medios y populares. En este sentido, es preciso advertir que, si bien la propuesta positivista logró hegemonizar las prácticas pedagógicas, no logró modificar la estructura homogénea del sistema educativo. De esta forma, el sistema garantizaba una relativa igualdad en el acceso a formas metódicas que ostentaban un alto grado de legitimidad científica. Al respecto, es preciso no perder de vista que la hegemonía del pensamiento pedagógico positivista se apoyaba en el reconocimiento de un hecho válido: los sectores populares con posibilidades de acceso a la escuela no estaban dotados de los elementos que les permitieran acceder espontáneamente al dominio de los códigos culturales que la escuela proporcionaba. Obviamente, no son factores biológicos los que explican estas descompensaciones sino factores sociales.

Pero la peculiaridad del caso argentino —y de allí el carácter democrático relativamente más amplio de sus sistema escolar— consistiría precisamente en haber ofrecido una estructura organizativa homogénea y una oferta metodológica donde la preocupación por los "déficits" en el punto de partida de la población escolar constituyó una variable relevante en la acción pedagógica escolar. Si unimos a estos factores propiamente escolares los datos referidos a la evolución social argenti-



na en este período (urbanización temprana, rápida expansión de los sectores medios y temprano acceso al poder político, índices demográficos básicos, inexistencia —por eliminación física— de la población indígena, etc.) es posible tener un cuadro aproximado de los factores que explican el éxito relativo de la expansión escolar y la vigencia de una imagen democrática del sistema escolar que los sectores populares defendieron sistemáticamente en este período.

Por otra parte, ¿cuál fue la respuesta de los sectores populares a la propuesta krausista? Frente a este punto, si bien no existen demasiadas evidencias que permitan ofrecer una respuesta precisa, los datos disponibles parecen indicar que los postulados de Vergara no superaron el marco limitado de sus propias experiencias y órganos de difusión.

Con respecto al socialismo, parece evidente que mantuvo una postura muy cercana a los positivistas. En cuanto al radicalismo, Vergara intentó ofrecer sus principios como base para el programa educa-

tivo del irigoyenismo. Al respecto, las expresiones más completas pueden leerse en el trabajo que Vergara titulara *Reorganización del país. Estudio dedicado a los radicales argentinos* y que fuera publicado inicialmente en su periódico "La Revolución" y luego transcrito en el libro *Revolución Pacífica*. Allí Vergara expresaba que si bien su periódico no se entregaría jamás a ningún partido ni a ningún gobierno no creía, sin embargo, "...que el partido radical es uno de los que mejores condiciones reúne para realizar el programa que defendemos"²⁴.

Desde el punto de vista didáctico, el contenido de las demandas de Vergara fue, como vimos, básicamente des-institucionalizador. Desde el punto de vista de la estructura del sistema, Vergara apuntaba, también, a indiferenciar el proceso pedagógico en el marco de procesos sociales reclamando, en consecuencia, que el principio de soberanía popular se manifieste en las acciones pedagógicas y en la organización escolar a través, por ejemplo, de la acción popular de los maestros, los direc-

tivos, los miembros del Consejo Nacional de Educación, etc.²⁶. En la misma línea Vergara postulaba la limitación de la ingerencia estatal en educación, propiciando el estímulo a la iniciativa popular dentro del marco de los modelos anglosajones de política educativa²⁷.

La respuesta del radicalismo a estas propuestas, sin embargo, fue el silencio. La política educativa del período 1916-1930 no recogió los postulados de Vergara, salvo, sin mencionarlo, en las pocas afirmaciones de este tipo que se registran en el marco de la Reforma universitaria de 1918 y que pre-anuncian a los autores y a las conceptualizaciones que luego se articularán orgánicamente a través de las teorías de la Escuela Nueva.

Este comportamiento de los sectores medios y populares parece bastante racional frente a las alternativas posibles. Desde el punto de vista de la estructura del sistema (enseñanza básica obligatoria, gratuita, laica y de siete años, enseñanza media poco diferenciada y universidad profesionalizante) las demandas democratizadoras se canalizaron a través de la

defensa de esta estructura frente a los esfuerzos oligárquicos por reformarla. En este sentido, las propuestas de Vergara ofrecían dudosos atractivos: reducir la acción estatal implicaba el riesgo —visible en algunas propuestas des-estabilizantes actuales— de reproducir más fielmente aun en el ámbito del sistema educativo, las diferencias sociales y regionales existentes en la estructura social en su conjunto.

La participación popular en la elección de las autoridades docentes podría resultar atractiva en el marco de los reclamos de soberanía popular previos a 1916, pero una vez conquistado el acceso al poder político por parte de la Unión Cívica Radical, estos reclamos perdieron significación (salvo, como dijimos, en el ámbito universitario donde precisamente se mantuvieron reductos de poder oligárquico).

Por último, desde el punto de vista de las prácticas pedagógicas escolares, el espontaneísmo de Vergara ofrecía las mismas limitaciones y virtudes que actualmente pueden señalarse para posturas de este tipo.

Por un lado, se tiende a la indiferenciación total entre vínculo pedagógico y vínculo social. El proceso de aprendizaje se reduce a un intercambio libre entre sujeto y medio ambiente que se asemeja a los vínculos habituales que se dan fuera del ámbito escolar. El riesgo de este tipo de espontaneísmo es, como se sabe, dejar al sujeto en el mismo punto en el que se encontraba antes de comenzar el aprendizaje. Pero, por otro lado, el espontaneísmo permite plantear el reconocimiento a la diversidad cultural y a la potencialidad educativa de la participación de los actores del proceso pedagógico. En el debate argentino de principios de siglo estuvieron presentes todos estos matices: el conservadorismo de las propuestas revolucionarias y el carácter democrático de los postulados conservadores. Frente a este panorama, es posible sostener que uno de los criterios más significativos para dilucidar el problema consiste en observar el comportamiento efectivo de los sectores populares. Ellos parecen haber reconocido algo que recientemente y a raíz del debate sobre el fracaso escolar y sus causas, Michel Brossard expresara con mucha propiedad: "Hablar de desigualdades de

desarrollo en niños desarrollados en medios diferentes no tiene nada de democráticamente escandaloso: no es sino en la medida que ellas sean detectadas y conocidas de manera precisa como se podrá pensar en las condiciones de una práctica educativa dirigida a reducirlas"³¹.

NOTAS

* Juan Carlos Tedesco redactó este trabajo siendo investigador de FLACSO (Buenos Aires); las opiniones vertidas no comprometen, naturalmente, a esta institución.

¹ Para este tema véase Juan Carlos Tedesco: *Educación y Sociedad en Argentina (1880-1900)*, Buenos Aires, Ed. Pannedile, 1970.

² Una versión más completa puede verse en Juan Carlos Tedesco: "Elementos para un diagnóstico del sistema educativo tradicional en América Latina", en *Proyecto, Desarrollo y Educación en América Latina y el Caribe. El cambio educativo: situación y condiciones*. Informes Finales/2, Buenos Aires, agosto 1981.

³ Carlos O. Bunge: *Nuestra América*.

⁴ Víctor Mercante: *Enseñanza de la Aritmética. Cultivo y Desarrollo de la Aptitud Matemática del Niño*, 2da. ed., Buenos Aires, Cabaut, 1916.

⁵ Víctor Mercante: *Metodología especial de la enseñanza primaria*, Buenos Aires, Cabaut, 1932, Tomo I, pág. 71 y ss.

⁶ Víctor Mercante: *Enseñanza de la Aritmética... op. cit.*, pág. 5.

⁷ La obra más completa sobre el krausismo argentino es, sin duda alguna, el libro de Arturo Andrés Roig, *Los krausistas argentinos*, México, Cajica, 1969.

⁸ A. A. Roig, *op. cit.*, pág. 415.

⁹ Carlos Vergara: *Filosofía de la Educación*, Buenos Aires, Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, 1916, pág. 73 (en adelante se citará FE).

¹⁰ "...la espontaneidad y la libertad son inherentes al progreso y al desarrollo de todos los seres vivos. Una planta sólo puede crecer y perfeccionarse conforme al plan y al programa ya formado por la herencia desde innumerables generaciones, sin que nadie pueda obligarle a crecer tanto por semana o por mes" (...) "Según esto, el plan y el programa a seguir por todos los organismos está ya dentro de ellos mismos, trazado por la naturaleza y corregido por ella. Lo necesario y conveniente es favorecer el desarrollo de ese plan o tendencias íntimas de los seres por las condiciones favorables del medio". C. Vergara, FE, pág. 252/3.

¹¹ Véase FE, págs. 73, 91, 117 y 201.

¹² El principio No. 1 de la educación estaba formulado en los términos siguientes: "Así como la Naturaleza para formar y perfeccionar los individuos y las especies obra por la influen-

cia del medio ambiente, así también debe proceder siempre en educación. Si la Naturaleza siempre obra por influencia del medio ambiente para dirigir y transformar las especies, es así como debieran proceder los educadores; y casi todo lo que hay que decir sobre educación debe referirse a la preparación del medio ambiente adecuado, para que el alumno desarrolle los mejores impulsos que la Naturaleza puso en su alma". FE, pág. 430/1. El principio No. 2 sostiene: "En el alma humana pugna por manifestarse el espíritu divino, y lo más y mejor que puede hacerse por un niño o por un joven es favorecer los buenos impulsos ya existentes en él, alejándole lo adverso y acercándole lo favorable". FE, pág. 440.

¹³ John Dewey: *Democracia y Educación*, Buenos Aires, Ed. Losada, 1953. Traduc. de Lorenzo Luzuriaga.

¹⁴ Carlos Vergara: *Revolución pacífica*, Buenos Aires, 1911, pág. 292.

¹⁵ *Idem.*, pág. 293.

¹⁶ *Idem.*, pág. 184.

¹⁷ Véase la Memoria del Ministerio de Instrucción Pública y Culto, año 1890, tomo II, pág. 603.

¹⁸ *Idem.*, año 1889, tomo II, pág. 581.

¹⁹ *Idem.* También *Educación Republicana*, pág. 61.

²⁰ Jean-Claude Passeron: "Los problemas y los falsos problemas de la democratización del sistema escolar", *Revista de Ciencias de la Educación*, Buenos Aires, año III, No. 8, agosto de 1972.

²¹ George Snyders: *Où vont les pédagogies non-directives?*, París, P.U.F., 1975.

²² Dermeval Saviani: "Escola e Democracia", *ANDE*, Revista de Associação Nacional de Educação, año 1, No. 1, 1981. *Idem* "Escola e Democracia: para além da teoria da curvatura da vara" en *ANDE*, año 1, No. 3, 1982.

²³ Carlos Saavedra Lamas: *Reformas orgánicas en la enseñanza pública. Sus antecedentes y fundamentos*, Buenos Aires, Peuser, 1916, tomo II, pág. 372. Un análisis de esta reforma puede verse en Juan Carlos Tedesco: "La educación argentina entre 1880 y 1930", en *Primera Historia Integral*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1980.

²⁴ *Revolución pacífica, op. cit.*, pág. 442.

²⁵ *Idem.*, pág. 447.

²⁶ *Idem.*, pág. 64.

²⁷ *Idem.*, págs. 51 y 98.

²⁸ *Educación republicana*, pág. 96.

²⁹ *Revolución pacífica*, pág. 657.

³⁰ *Filosofía de la Educación*, págs. 110/113.

³¹ Michel Brossard, "Diversidad cultural y desigualdad de desarrollo", en L. Seve, M. Verret, G. Snyders: *El fracaso escolar*, México, Ed. de Cultura Popular, 1979.

ALAIN TOURAINE

La intervención sociológica

Introducción

La elección de un método no depende de consideraciones técnicas; cada método corresponde a un tipo de abordaje, a una representación de la realidad social y, por consiguiente, a la elección que lleva a cabo el investigador al privilegiar un cierto tipo de conducta.

El sociólogo o el antropólogo interesado en la naturaleza y en el funcionamiento de las normas culturales y sociales de una colectividad, definida más por el orden que por el cambio, se coloca en posición de observador. Se esfuerza por determinar los signos objetivos de estas normas culturales, como el funcionamiento de un sistema de parentesco o los ritos, por ejemplo. También registra representaciones, creencias y mitos a los que analiza desde afuera, o sea, buscando los principios que gobiernan un conjunto de reglas y aun las estructuras mentales que operan en la construcción de los mitos y las creencias.

El sociólogo cuyo interés se orienta hacia las determinaciones sociales de las conductas, hacia lo que podría llamarse consumo de la sociedad, apela al relevamiento extensivo. Busca mostrar cómo los papeles corresponden a conjuntos de normas, cómo los comportamientos están determinados por la posición ocupada en la sociedad o por la movilidad en una escala social.

Se trata, en este caso, del procedimiento más clásico de la sociología moderna. El progreso de los métodos estadísticos lo renovó. En la posguerra, el triunfo de la versión parsoniana del funcionalismo le asignó tanta importancia que, por un momento, se creyó que constituía toda la sociología.

Mientras tanto, los que se interesaban por las decisiones, los cambios, las relaciones de influencia y de poder, no estuvieron nunca satisfechos con esa representación de la sociedad ni con el relevamiento extensivo. Siempre buscaron estudiar cómo se toma una decisión, cómo se transforma una organización, y por eso se vieron llevados a desarrollar estudios de casos que se esfuerzan por reconstituir, más allá de lo visible, la historia compleja y oculta de una decisión.

Aquellos, en fin, que se interesan por los llamados actores históricos recurren, en general, a un método más directamente historiográfico. De hecho, ¿cómo estudiar la acción de las fuerzas sociales y políticas capaces de transformar la sociedad y producir los acontecimientos históricos? La respuesta que generalmente se dio fue que era necesario examinar los acontecimientos mayores, en cuyo transcurso un orden social parece disolverse e instalarse otro nuevo.

G. Gurvitch, atraído a la sociología por la experiencia de la revolución soviética, fue uno de los que defendieron la idea de que era preciso acercarse a los volcanes de la historia, como si las revoluciones tuviesen el valor de purificar y permitiesen por ello aferrar lo esencial. No obstante, si hoy nada lleva a poner en duda la utilidad de la observación etnográfica, del relevamiento extensivo o del estudio de las decisiones, sí puede ponerse fuertemente en duda el valor de la filosofía de la historia implícita en el método que recurre a los grandes acontecimientos, y en particular a las revoluciones. Hoy no tenemos más esa imagen de dilaceración del orden social que torna visible las fuerzas creadoras de la historia.

La experiencia de este siglo nos enseñó

la prudencia. Los grandes acontecimientos y las revoluciones no son más simples que los períodos calmos. Incluso es posible pensar que el momento revolucionario es aquel en que las fuerzas sociales son menos visibles, más encubiertas por los problemas del Estado, o en que la dictadura de las armas o de las palabras tiende a encubrir en mayor medida los mecanismos sociales. Así, las revoluciones, que para los historiadores permanecen como objetos mayores de la reflexión, son probablemente los momentos menos favorables para una reflexión sobre la acción histórica. Todo ocurre como si, en ese momento, cuando tal vez los hombres efectivamente hagan su historia, ellos fuesen particularmente poco aptos para comprender la historia que están haciendo e, incluso, llevados a hacer lo contrario de lo que creían estar haciendo.

He ahí, por lo tanto, a los sociólogos interesados en el estudio de la acción histórica prácticamente sin método. No pueden permanecer atados a un análisis histórico que haría emerger su sentido de sí mismo, tal como lo pensaban los historiadores y los sociólogos del siglo XIX, de Michelet a Weber. El primero, seguido por muchos historiadores de Europa Central, veía en la historia moderna el nacimiento de la nación; el segundo, las etapas del desencantamiento del mundo, de la secularización y la racionalización.

Esas visiones evolucionistas, unilineales, resultan hoy difíciles de aceptar. No explican ni las rupturas, ni los retrocesos a la barbarie, ni la multiplicidad de las vías de desarrollo. Correspondían a un siglo en que la modernidad era privilegio de una parte del mundo; y hoy el hecho principal es la multiplicidad de las vías de desarrollo.

Por otro lado, esas visiones evolucionistas identificaban el estudio de la acción histórica con el estudio del cambio o de la modernización. Hoy, el reconocimiento de la pluralidad de los modos de desarrollo obliga a separar estos dos órdenes de estudio.

Nos encontramos así desprovistos de todo método disponible cuando tratamos de estudiar de qué manera una sociedad se produce a sí misma, a través de sus modelos culturales y de sus relaciones sociales.

La intervención sociológica es el método que se esfuerza por llenar esta laguna. Pretende servir al estudio de la sociedad del mismo modo que el relevamiento extensivo sirve al estudio del consumo de la sociedad.

Razones

1. La importancia de esta área de estudio se debe al hecho de que hoy tenemos conciencia de pertenecer a sociedades cuya capacidad de producirse o de destruirse es casi ilimitada. La sucesión de los métodos de las ciencias sociales indicada más arriba podría ser presentada históricamente. Cuanto más nos aproximamos a las sociedades contemporáneas, su parte de reproducción se estrecha en beneficio de su parte de producción y resulta una extraña paradoja que, durante un período relativamente largo, se haya establecido en Francia una tendencia muy fuerte, de inspiración marxista y durkheimiana al mismo tiempo, a representar la sociedad como un orden conforme a las exigencias de una dominación capaz de mantenerse y de reproducirse.

Así, durante décadas marcadas por excepcionales transformaciones económicas y sociales, esta sociedad se atribuyó la imagen de la inmovilidad. Un resultado tan paradójico que sólo puede ser explicado por la ideología defensiva de intelectuales prisioneros de una representación de la sociedad heredada del siglo anterior y que, progresivamente, de conocimiento de las luchas sociales se había convertido en ideología política para terminar en la teoría abstracta y arbitraria de una sociedad desprovista de actor alguno.

Reduciendo este acontecimiento intelectual a sus justas proporciones, es preciso reconocer, por el contrario, que el estudio del consumo social, adecuado al caso de sociedades de lenta evolución y rígido control social, fue sustituido, primero, por el estudio de las decisiones, que constituyó lo esencial del trabajo historiográfico del siglo XIX, particularmente en Alemania, y después por una reflexión sobre la producción de la historia. Reflexión que se tornó indispensable por las revoluciones, por las dictaduras totalitarias, por los crecimientos excepcionales y las crisis devastadoras, por los movimientos de liberación nacional y aun por las políticas de intervención pública en la vida económica. Hoy es difícil considerar nuestras conductas como respuestas a situaciones, cuando tenemos el vivo sentimiento de que las situaciones son puestas constantemente en cuestión y que, a veces, son arbitrariamente producidas por la voluntad todopoderosa de los dirigentes.

2. Es necesario llevar esta reflexión crítica hasta el cuestionamiento de la utilidad, para la sociología, de la noción de

sociedad. Esta noción no designa solamente el conjunto de los hechos sociales; ella introduce la idea de que, en un conjunto geográfico e histórico determinado, el conjunto de instituciones y de sus mecanismos de conservación, formando un cuerpo social dirigido, desde su centro, por un poder que elabora una política y actividades económicas, instruye a los nuevos miembros de la sociedad, hace respetar el orden y castiga el desvío.

Esa idea de sociedad probablemente tuvo una función histórica precisa. Se convirtió en el instrumento central de la sociedad en la época de Durkheim, o sea, en el momento en que, como bien dice K. Polanyi, las sociedades capitalistas occidentales se preocupaban en reconstituir un orden social después de la gran transformación que representó la primera industrialización. La noción de sociedad manifiesta la voluntad de restablecer el orden dentro del cambio. Asocia, por lo tanto, la idea de institución, heredada de los siglos XVII y XVIII, con la idea de evolución, a la que el siglo XIX le había otorgado gran importancia.

Hoy, esta noción de sociedad se torna peligrosa, a medida que el estado nacional, sobre cuyo modelo fue concebida, está siendo cuestionado. No creemos más en la existencia de un principio central de orden que asegure las funciones vitales de toda la colectividad. Creemos más bien en la existencia de relaciones sociales de innovación cultural y de mecanismos políticos a través de los cuales la situación social se redefine constantemente, de modo que ésta última nos aparece ante todo como acontecimiento que no corresponde a ninguna racionalidad, que no es coherente y es inestable.

El análisis de las organizaciones desempeñó ahí un papel fundamental. Hoy, no podemos creer más que una organización pueda ser gobernada por principios científicos; tampoco creemos que, al menos en nuestras sociedades, ella sea la obra de una dominación central. Aprendimos, sobre todo gracias a los trabajos norteamericanos, a descubrir racionalidades limitadas, estrategias y acontecimientos en aquello que antes parecía pertenecer al dominio de la organización científica del trabajo. En esas condiciones, en lugar de representarnos la sociedad como el principio central de unidad al cual se refiere el funcionamiento de instituciones específicas, es importante romper esta atadura del análisis sociológico con el análisis histórico y no confundir más el Estado con

una sociedad producida por sus orientaciones culturales y sus relaciones sociales.

Principios

1. El principal problema que se plantea ante la investigación sociológica radica en el hecho de que ese dominio de la acción histórica, de las relaciones sociales fundamentales y de sus desafíos culturales, no se ofrece a la observación inmediata. ¿Cómo pasar del estudio de las conductas de respuesta al estudio de las conductas de cuestionamiento? Este problema estuvo constantemente en el centro de la sociología. En un contexto diferente, ya Marx se esforzaba por reencontrar las relaciones de clase por detrás de las categorías de la práctica económica. También nosotros podemos buscar detrás de las actitudes obreras —respuestas a una situación de trabajo y de vida— la manifestación de la conciencia obrera, fuerza social cuyo enfrentamiento con la conciencia y la acción patronal determina, directamente, por la fuerza o por el contrato, e indirectamente, por la intervención de la ley, las condiciones de trabajo.

Esta presencia, en la experiencia cotidiana, de la rediscusión de la situación fue el primer descubrimiento de la sociología industrial, gracias a los trabajos clásicos de Roethlisberger en la Western Electric. Al analizar la "cooperación tortuga" en la sección de Bank Wiring, los primeros sociólogos industriales mostraron que las conductas obreras, lejos de definirse en términos de adaptación o racionalidad, debían ser entendidas como la expresión concreta de la lucha de grupos opuestos por el control y por la dirección de las máquinas y del rendimiento. El conjunto de los estudios sobre las conductas obreras frente a los diversos sistemas de remuneración reforzó las conclusiones de estas admirables investigaciones pioneras. El ejemplo nos orienta en un camino totalmente opuesto al estudio de los grandes acontecimientos históricos. Es al concentrar la atención sobre los propios actores, en sus condiciones sociales concretas, cuando podemos aproximarnos mejor a los mecanismos por los cuales, más allá de las conductas de consumo social, se pueden divisar las conductas de producción conflictiva de la sociedad.

2. Pero, es necesario ir más allá de la observación. Es preciso crear, de manera casi experimental, situaciones en las cuales el peso de las situaciones cotidianas

sea lo más reducido posible y en las cuales el actor quede en posición de manifestar, lo más claramente posible, su cuestionamiento de la situación, sus propios objetivos y la conciencia que tiene de los conflictos en que se ve envuelto para alcanzarlos. Por una paradoja aparente, el estudio de la acción histórica se aleja, pues, de los grandes frescos y de los relevamientos extensivos para dedicarse al estudio intensivo de grupos restringidos con los cuales, sin embargo, los investigadores llevarán a cabo estudios profundos y de larga duración.

3. Avancemos más aún. Ese pasaje del consumo a la producción de la sociedad no se hace espontáneamente, ni aun en las condiciones favorables creadas artificialmente por los investigadores. Es necesario que el investigador intervenga directamente. Es sólo gracias a él que el actor se puede elevar de un nivel de realidad social a otro. Procedemos aquí de una manera análoga al psicoanálisis aunque éste se dirija en dirección opuesta. Es únicamente en su relación con el psicoanalista que el paciente puede ser dislocado respecto al inconsciente, lugar donde está escrita la historia de su personalidad. De igual ma-

nera, es necesario que el actor pase de las conductas de respuesta y adaptación a las conductas de proyecto y de conflicto a través del investigador. Solamente la intervención activa y personal del investigador, al arrastrar al actor hacia las relaciones más fundamentales en que se halla envuelto, permitirá que él deje de definirse como respondiendo al orden establecido.

Procedimientos

1. Es necesario retomar la paradoja aparente que consiste en el estudio de los actores históricos y, particularmente, de los actores de clase y de sus movimientos sociales a través de pequeños grupos. No se trata de que haya alguna contradicción en proceder de esta manera. Los propios actores sociales están acostumbrados a ver en los grupos de número restringido la unidad de base de su movimiento: célula política, secciones sindicales, grupos de base, pequeñas comunidades religiosas, asociaciones locales, grupos que traen consigo un elevado significado histórico.

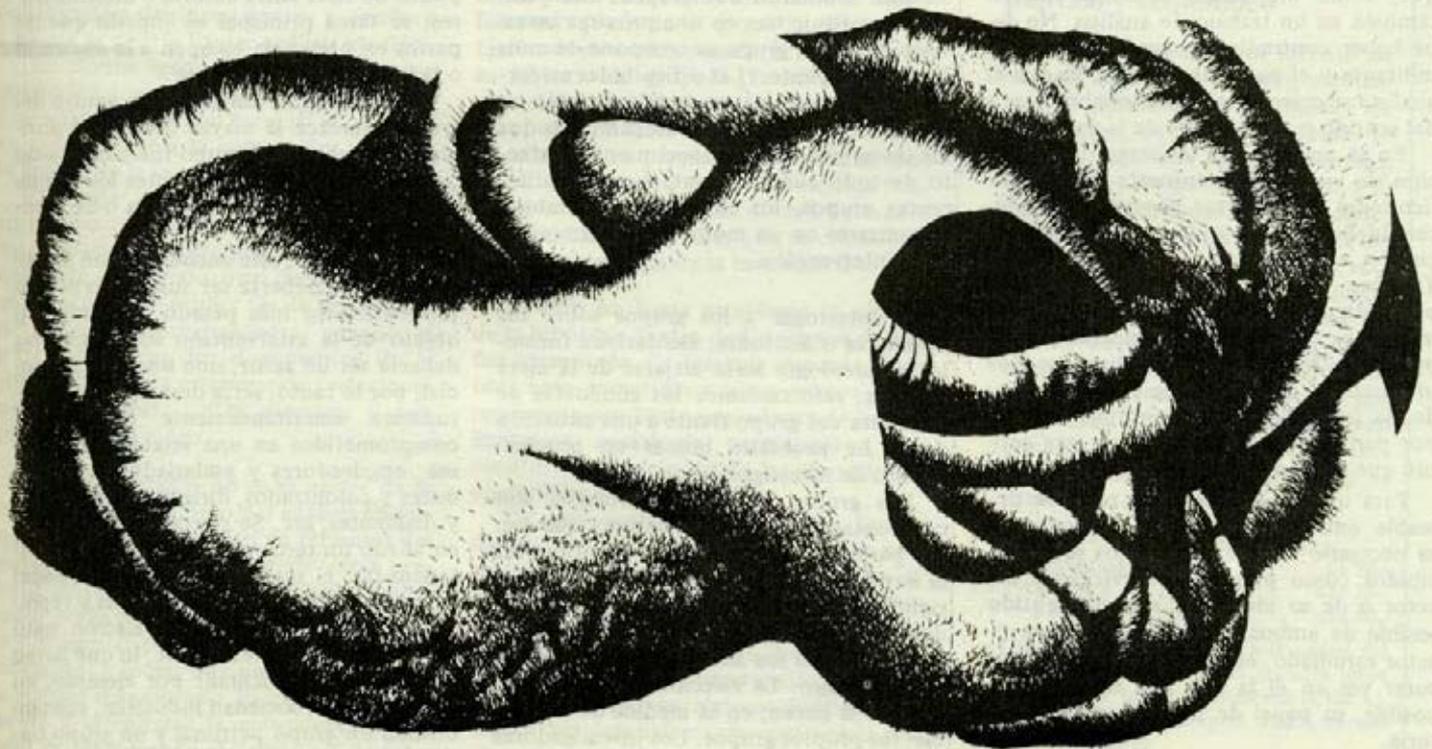
Sin embargo, por razones complejas, la idea de pequeños grupos se asoció, en

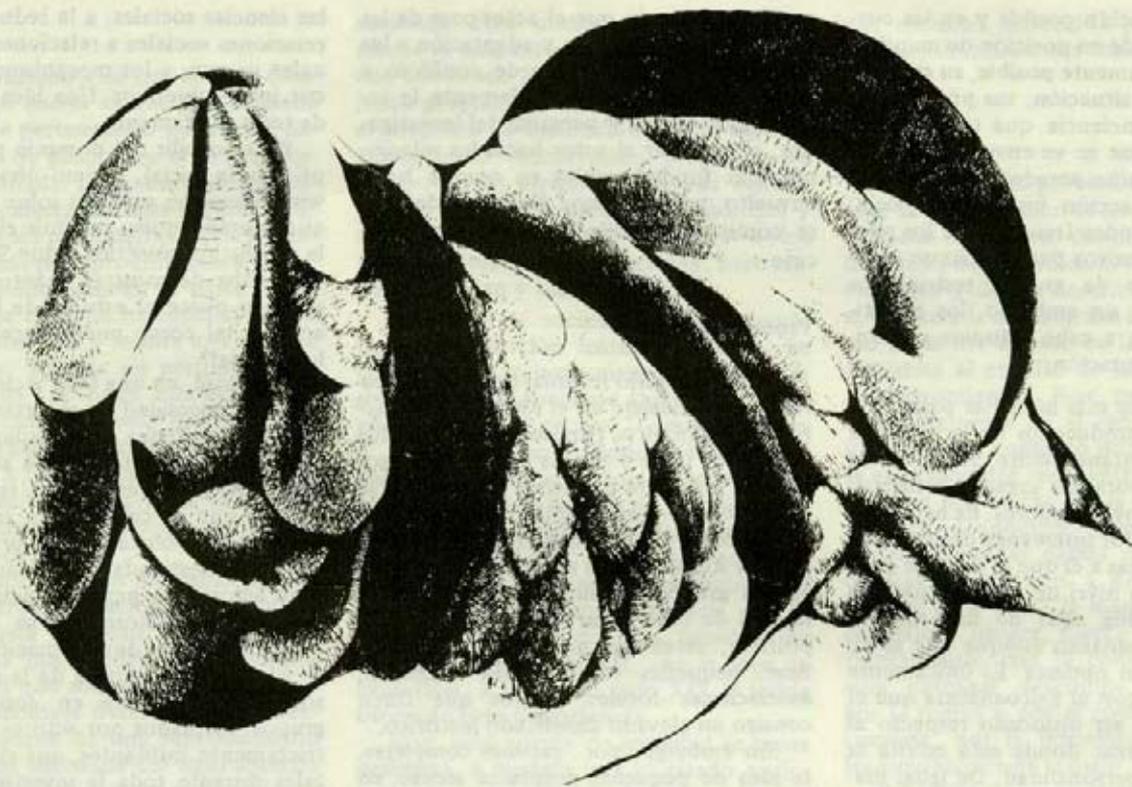
las ciencias sociales, a la reducción de las relaciones sociales a relaciones interpersonales o, aun, a los mecanismos psicológicos intra-subjetivos. Una idea desprovista de todo fundamento.

Para no salir del dominio propio de la psicología social, ¿cómo olvidar que Lewin reflexionó primero sobre el nazismo, que Moreno quiso restituir el espíritu de la revolución soviética y que Serge Moscovici acaba de mostrar cuánto significado político posee el estudio de las minorías activas, tal como puede hacerlo el psicólogo social?

W. Doise, en una tesis reciente, insistió sobre la necesidad de reforzar esta orientación sociológica del estudio de los grupos. Lo importante no está aquí en el tamaño del grupo estudiado, sino en el hecho de que se constituyan *grupos de intervención*, colocados en una situación artificial, destinada a reforzar en los propios actores su papel de actores históricos, de productores de su historia, de transformadores de su situación.

El punto de partida de la intervención sociológica consiste en constituir tales grupos, formados por actores que son estrictamente militantes, que siguen siendo tales durante toda la investigación, pero





que, como militantes, se comprometen también en un trabajo de análisis. No debe haber contradicción entre el papel de militante y el papel de analista, ya que el analista se orienta hacia el descubrimiento del sentido más profundo de la acción.

En la práctica, sin embargo, la formación de esos grupos enfrenta grandes dificultades. Todo actor procura permanecer dueño de su sentido y resiste la disociación entre el análisis y su ideología. Tuvimos experiencia de la resistencia particularmente fuerte no de los propios militantes, sino de los intelectuales que pretenden hablar en su nombre y ser los productores de su ideología. Por otro lado, la formación de tales grupos supone, por parte de los investigadores, una actitud que no puede ser de neutralidad.

Para que se establezca la relación deseable entre los actores y los analistas, es necesario también que éstos sean percibidos como puestos al servicio no del actor o de su ideología, sino del sentido posible de ambos. Cualquiera que sea el actor estudiado, el investigador debe procurar ver en él la más alta significación posible, su papel de productor de la historia.

En la práctica, estamos constituyendo

en este momento dos grupos; intentaremos constituir tres en una próxima investigación. Cada grupo se compone de unos diez participantes. Las dificultades en formar un número mayor de grupos están en la casi imposibilidad de asegurar a todos los investigadores el conocimiento perfecto de todo cuanto acontece en los diferentes grupos, los cuales deben también encontrarse en un momento determinado de la intervención.

2. Interrogar a los grupos sobre sus opiniones o actitudes, alentarlos a formular su ideología sería alejarse de la meta deseada; reforzaríamos las conductas de respuesta del grupo frente a una situación dada. Es necesario buscar un procedimiento de investigación opuesto.

Los grupos, luego de formarse, son confrontados con interlocutores que son sus pares en la vida real. Se sustituye así la expresión de la ideología por la experiencia de una relación social. Incluso es deseable que los primeros interlocutores invitados sean los adversarios más evidentes del grupo. La elección de los interlocutores la hacen, en la medida de lo posible, los propios grupos. Los investigadores se limitan a orientar los intercambios de

punto de vista entre actores e interlocutores; su tarea principal es impedir que las partes en presencia escapen a la discusión o la limiten artificialmente.

Es importante también que dentro del grupo aparezca la mayor diversidad posible. De hecho, cada grupo fue constituido para que en él estén presentes los principales componentes de la lucha o de la acción considerada.

En el futuro, este encuentro con los interlocutores debería ser sustituido por un procedimiento más pesado. El verdadero objeto de la intervención sociológica no debería ser un actor, sino una relación social; por lo tanto, sería deseable que se estudiaran simultáneamente los actores comprometidos en una relación social, o sea: empleadores y asalariados, colonizadores y colonizados, dirigentes del Estado y disidentes, etc. Se puede pensar incluso en añadir un tercer grupo al de los dos antagonistas, el que desempeñaría el papel del coro en las tragedias antiguas y representaría el contexto de la relación estudiada y, más concretamente, lo que llamo agencia de historicidad: por ejemplo, en el caso de una sociedad industrial, contando con un grupo patronal y un grupo sindical, podría ser agregado un grupo de

técnicos que representen la industrialización, que es el contexto de las relaciones de producción en la sociedad industrial.

Después del encuentro con los interlocutores, los investigadores animan sesiones "cerradas" en las cuales los grupos comentan los encuentros realizados. Así comienzan su autoanálisis.

3. Lo que los investigadores estudian realmente son menos las conductas de los actores que su autoanálisis. Es inconcebible separar el papel de la conciencia del papel y, especialmente, la clase de la conciencia de clase. Hablar de una clase sin conciencia de clase debería considerarse un contrasentido. Aun cuando esta conciencia de clase esté mezclada con otras conciencias de papeles o se halle recubierta por ellas, debe existir.

La primera meta del investigador es, por lo tanto, desarrollar esta conciencia natural del actor. Cuando se comienzan a reunir, los grupos actúan como *grupos ejemplares*, o sea, sus discusiones reproducen los debates que se desarrollan en el transcurso de la lucha o de la acción colectiva. Es necesario transformar esos grupos ejemplares en *grupos-figuras* mediante un *viraje* que consiste en tomar distancia respecto de la práctica y producir interpretaciones generales de la práctica. Este pasaje se puede dar espontáneamente o por iniciativa del investigador, y conduce a lo que se podría llamar análisis ideológico, en cuanto ligado a la acción —por eso mismo ideológico—, y desde ya analítico. Este viraje es una fase esencial en el camino que conduce a la conversión, momento central de la intervención.

El pasaje al grupo-figura tiene lugar principalmente después de concluidas las confrontaciones entre adversarios y especialmente en el transcurso de las sesiones cerradas o de un primer fin de semana pasado con los investigadores, cuando el grupo reexamina los documentos de la primera fase de la intervención: relaciones mecanografiadas, cintas cassettes o aun grabaciones en video.

4. La conversión no es el pasaje de la práctica al análisis, sino del análisis en términos prácticos al análisis en términos del movimiento social que puede estar presente en la práctica. Sólo el investigador puede realizar este pasaje. El es quien debe representar para el grupo la imagen del movimiento social que da a esta práctica su sentido más elevado. El investigador no tiende a interpretar la naturaleza de una práctica, extrayendo el "espíritu" de ésta.

Impulsa la práctica y su interpretación al nivel más alto posible. No trata de colocarse en otro nivel que no sea el de la acción histórica. Su papel es el de hacer percibir bajo qué forma y con qué fuerza las conductas de producción de la sociedad están presentes en las conductas que también pueden ser analizadas o percibidas en otros niveles de la vida social.

Esa conversión asume necesariamente una forma dramática, ya que se trata de extraer un significado de una práctica compleja y permitir el reconocimiento de que este significado tiene un papel fundador y confiere sentido a los otros aspectos de la acción. Es la razón por la cual este momento de la conversión no puede ser aislado. No basta, por cierto, que los actores reconozcan, en un momento dado, que su acción puede tener un significado muy elevado, como cuando los obreros reconocen que sus reivindicaciones salariales pueden tener una carga de conciencia de clase.

En sí misma, la conversión no pasa de la presentación de una hipótesis por parte del investigador. Lo esencial radica en saber cómo se comporta el grupo en relación a esa hipótesis. ¿Provoca reacciones inteligibles y estables? ¿Produce una configuración coherente del grupo, que éste pueda mantener en el transcurso de las horas y aun cuando los estímulos se transforman? ¿Permite al grupo la reinterpretación de su acción pasada, así como la de su historia de grupo? ¿Permite, en fin, que el grupo elabore un programa de acción, que analice su situación y las respuestas que su propia acción pueden suscitar? El conjunto de los momentos posteriores a la conversión deberá permanecer dominado por ella, que se considerará alcanzada al fin de la investigación.

5. Pero no basta establecer la validez de la hipótesis dentro de los grupos donde fue presentada. Es deseable que esas hipótesis sean sometidas a otros grupos. Esto representa una parte importante de lo que llamamos sociología permanente, que constituye el conjunto de las operaciones posteriores a la conversión.

De una investigación a otra, vamos dando una importancia creciente a este aspecto de la sociología permanente, al punto de que hoy es necesario construir un verdadero *research design* combinando dos o tres grupos, constituidos durante la primera fase de la intervención, con un conjunto de grupos, algunos de ellos estudiados tan detenidamente como en la primera fase, en el transcurso de la sociolo-

REVISTA IBEROAMERICANA

Organo del Instituto Internacional
de Literatura Iberoamericana

Director-Editor:
ALFREDO A. ROGGIANO

Secretario-Tesorero: Keith Mc Duffie
Dirección:
1312 C. L. Universidad de Pittsburgh
Pittsburgh, PA 15260 USA

Suscripción anual:
Países latinoamericanos: 25 dls.
Otros países: 30 dls.
Socios regulares: 35 dls.
Socios protectores: 50 dls.

Suscripción y ventas:
Cecilia Rodríguez Javonovich

Canje: Lilian Seddon Lozano

Dedicada exclusivamente a la literatura de Latinoamérica, la *Revista Iberoamericana* publica estudios, notas, bibliografías, documentos y reseñas de autores de prestigio y actualidad. Es una publicación trimestral.

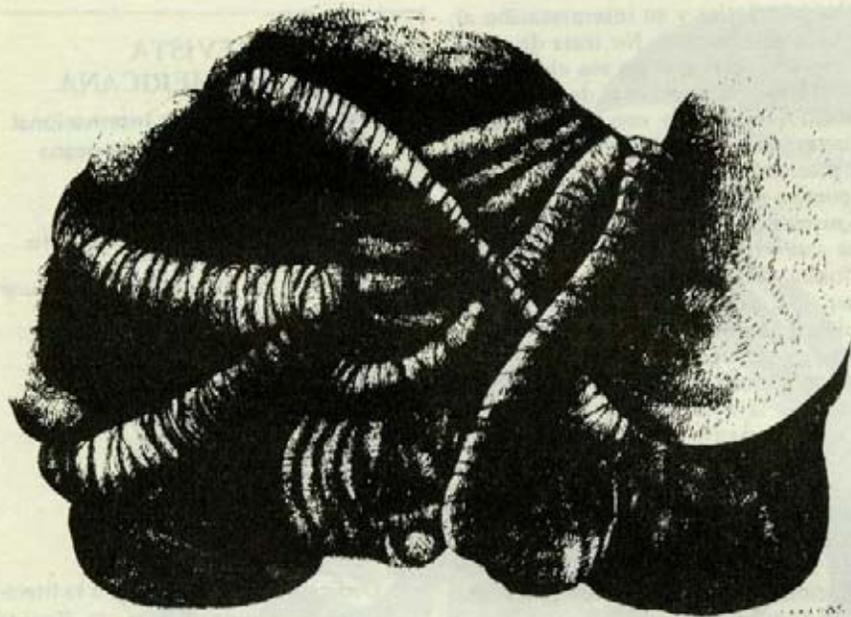
EL BIMESTRE político y económico

Esta publicación es un intento de ordenar el pasado cercano, mediante una presentación sistemática de los hechos, que permite reparar lo ocurrido de una manera sencilla, evitando el riesgo de pasar por alto sucesos importantes. En concreto, una cronología interrelacionada de los hechos políticos, sociales y económicos, sobre la base de las informaciones aparecidas en todos los diarios de Buenos Aires, así como en las revistas más importantes del país y las principales publicaciones periódicas extranjeras. Se incluyen también algunos de los documentos más importantes aparecidos en el período.

Suscripción anual (seis entregas)

Argentina	\$a 90.-
América	u\$s 25.-
Resto del mundo	u\$s 30.-

Cheque o giro bancario a la orden del Centro de Investigaciones Sociales sobre el Estado y la Administración (CISEA), Pueyrredón 510, 6to. piso; 1032, Buenos Aires, Argentina.



gía permanente. Esos nuevos grupos deben ser elegidos de modo que puedan formularse hipótesis sobre la aplicación posible de las hipótesis a esas nuevas situaciones.

También es esencial que haya, entre las dos fases principales de la investigación, un lapso de varios meses para que, en el transcurso de la sociología permanente, las hipótesis sean aplicadas a grupos colocados en una situación nueva, y alejados de lo que podría haber sido una influencia excesiva de los investigadores. Nos parece deseable que el conjunto de la intervención, sin tener en cuenta la fase preparatoria, se extienda por un año.

Problemas

1. Es necesario, desde ahora, limitar el alcance de una intervención. Al elegir un método intensivo, y no extensivo, aceptamos ciertos inconvenientes. El principal es que no se puede hablar en términos de previsión histórica. Por el contrario, los relevamientos extensivos no tendrían mucho interés si no permitiesen cierta previsión. Su raciocinio es generalmente muy simple, pero esta simplicidad garantiza cierta estabilidad de las opiniones, actitudes y comportamientos estudiados.

En compensación, es preciso decir claramente que una intervención sociológica sobre la acción colectiva no permite analizar las *chances* que ella tiene de adquirir cierta importancia histórica. Incluso es

posible concebir que una intervención muestre la importancia virtual de una acción y, al mismo tiempo, permita pensar que esta acción no tendrá importancia histórica.

El primer estudio que hicimos tenía como objeto la huelga estudiantil de 1976 en Francia, que fue un fracaso y que, como demostramos, marcó en la realidad el fin del llamado izquierdismo estudiantil. Mostrando las condiciones en que la lucha estudiantil puede ser un movimiento social fue como conseguimos hacer aparecer el fracaso de esa huelga, que tenía objetivo e ideología completamente diferentes de las que habían correspondido al movimiento social posible. En este caso, al revelar la naturaleza del movimiento social posible, posibilitamos la previsión del fracaso histórico de una lucha que se apartaba de ese movimiento. Pero en ningún momento pudimos demostrar que fracasaría.

De igual modo, el estudio que hicimos sobre el movimiento antinuclear mostró la presencia, en esas luchas, de un movimiento social antitecnocrático, pero también mostró el débil poder de este significado sobre las prácticas de los militantes antinucleares. Permitted prever hasta ahora que este movimiento buscaría una práctica intermedia entre los sentimientos antinucleares y el movimiento antinuclear, organizándose como corriente política. Pero no somos capaces de decir cuáles serán los

alcances y la importancia de este movimiento político.

Una intervención sociológica no tiene como fin la previsión de los acontecimientos, sino un análisis de los mecanismos que permiten la formación de la acción colectiva y, en un nivel más elevado, de los movimientos sociales.

2. El problema más importante radica en la definición del papel de los investigadores. Este papel es forzosamente doble, ya que los investigadores deben, por un lado, suscitar y acompañar el autoanálisis de los actores y, por el otro, encaminar al grupo hacia su conversión, tomando la iniciativa de presentarle otra imagen de sí mismo. Los investigadores deben, por lo tanto, conservar una cierta distancia con relación al grupo, distancia entre el conocimiento y la acción, y, al mismo tiempo, permanecer cerca de los actores, de sus ideologías y objetivos concretos.

Esto obliga a repartir los papeles de la investigación entre dos personas. Llamo *intérprete* al investigador que permanece más cerca del autoanálisis del grupo, al que empuja el grupo hacia adelante y se esfuerza por evitar cualquier ruptura entre su experiencia de lucha real y su actividad en el marco de la intervención. Llamo *analista* a aquel que de manera más constante se coloca desde el punto de vista del análisis y que se esfuerza por elaborar hipótesis, no sólo a partir de las conductas del grupo durante la primera fase de la intervención, sino también a partir de una reflexión de tipo más clásicamente histórica sobre la acción considerada. La diferenciación entre las dos funciones es tanto más marcada cuanto más la práctica se aleja del movimiento social que ella puede contener en sí. Si esta separación entre la lucha y el movimiento fuese total, no habría más comunicación entre los dos investigadores, y la consiguiente crisis en el seno del equipo sería un buen indicador de la ausencia del movimiento social en la lucha. Por el contrario, si una lucha estuviese bastante cargada de movimiento social, los dos investigadores podrían trabajar codo a codo y el intérprete podrá tomar parte directa e importante en la conversión.

De todos modos, el principal peligro para los investigadores no es probablemente el de conservar mucha distancia frente al grupo, sino por el contrario, el de identificarse demasiado con él. Esto puede darse por causas ideológicas, pero también por causas más inmediatas. El investigador depende del grupo para el

éxito de la investigación; necesita, por lo tanto, ser aceptado por él, y consigue esto al reducir la distancia que los separa, al mostrar su lealtad con el grupo y su lucha, o incluso al identificarse con el grupo, procurando, a veces, convertirse en su líder. En una de nuestras investigaciones, vimos a qué resultados llevaba tal error de conducta de un investigador. Esa fuerte identificación del investigador con el grupo puede dar la ilusión de un grupo activo, capaz de llevar bastante lejos el autoanálisis. Sin embargo, rápidamente se percibe que ella impide la conversión, puesto que elimina cualquier distancia entre el investigador y el grupo, en tanto que la conversión supone que la distancia sea la mayor posible y que el investigador haga un esfuerzo considerable para "empujar" al grupo en dirección al significado más alto de su acción, del cual él se hace portador.

3. Esto deja prever la objeción que de manera más constante se hace a la intervención sociológica: ella no tendría valor demostrativo porque sus procedimientos, en sí mismos, garantizarían un éxito que, así, se tornaría artificial. La intervención no sería más que una operación de sugestión, de éxito tanto más fácil en la medida que el investigador presente al grupo una imagen muy gratificante de su práctica y se coloque a sí mismo en posición de líder. De ese modo, el investigador siempre sería capaz de encontrar la presencia de un movimiento social en el seno de cualquier lucha, a la manera de un predicador que siempre puede descubrir el pecado o la gracia en cualquier tipo de conducta humana.

Esta objeción requiere, en primer lugar, respuestas generales. Es necesario volver a decir que la conversión no se juzga por el hecho de que un grupo consienta, en un momento determinado, en aceptar la hipótesis presentada por el investigador. La capacidad del grupo para reinterpretar y orientar su experiencia pasada, presente y futura, en función de la hipótesis propuesta, es la que indica la solidez de esta última. Es bueno recordar también que el dispositivo actual de investigación supone la intervención de varios investigadores, sobre varios grupos y en varias etapas, muchas veces con intervalos de meses.

Pero, además de estos argumentos generales, es necesario añadir una experiencia concreta, cuyo peso es todavía más considerable. Fuimos acusados de confirmar siempre nuestras hipótesis. Pues

bien, acabamos de desarrollar una investigación sobre el movimiento occitano en Francia, en cuyo transcurso yo mismo elaboré e introduje una hipótesis que fue rechazada por los dos grupos; formulamos otra hipótesis que otro investigador (F. Dubet) introdujo en los grupos y que fue, a su vez, rechazada. La mayor parte de las fases posteriores de la investigación, o sea, la sociología permanente, estuvo consagrada al análisis y a la interpretación de ese doble fracaso. Queda así demostrado por los hechos que una hipótesis puede ser rechazada por los grupos, aun cuando las relaciones entre investigadores y grupo sean excelentes y cuando ninguna explicación llamada psico-sociológica resulta satisfactoria. Es necesario agregar que tal fracaso no significa en absoluto el fracaso del método. Por el contrario, prueba que ciertos grupos pueden hacer su conversión, o sea, colocarse desde el punto de vista del movimiento social posible y, al mismo tiempo, reconocer que este movimiento no puede encarnarse en su acción, la que por consiguiente, no puede alcanzar objetivos tan elevados.

La conversión no consiste en reconocer la presencia de los conflictos más agudos en todas las reivindicaciones, sino en situarlas en relación a este nivel de la acción social.

4. Otra objeción frecuente: no tendríamos en cuenta los fenómenos propiamente psico-sociológicos que se producen dentro de los grupos. Una vez más, se trata de un malentendido.

En realidad, al examinar los grupos podemos interesarnos por varios fenómenos diferentes. Los que adhieren al método del psicoanálisis se interesan, sobre todo, como el propio Freud, por la naturaleza del lazo social. Probablemente, esa sea la razón por la cual se interesen más por los grupos de naturaleza militar o religiosa o incluso busquen combatir, en grupos que tienen funciones diferentes, ciertas formas de autoridad de naturaleza militar o religiosa. Otros se interesan particularmente por la manera en que un grupo puede comportarse en determinada situación, adaptarse al cambio y tomar decisiones.

Por nuestra parte, no oponemos de modo alguno el funcionamiento interno del grupo a los problemas de la lucha en que participan sus miembros. Pensamos, por el contrario, que buena parte de los acontecimientos entre sus miembros debe ser interpretada a partir de nuestras hipótesis propiamente sociológicas. Por esa

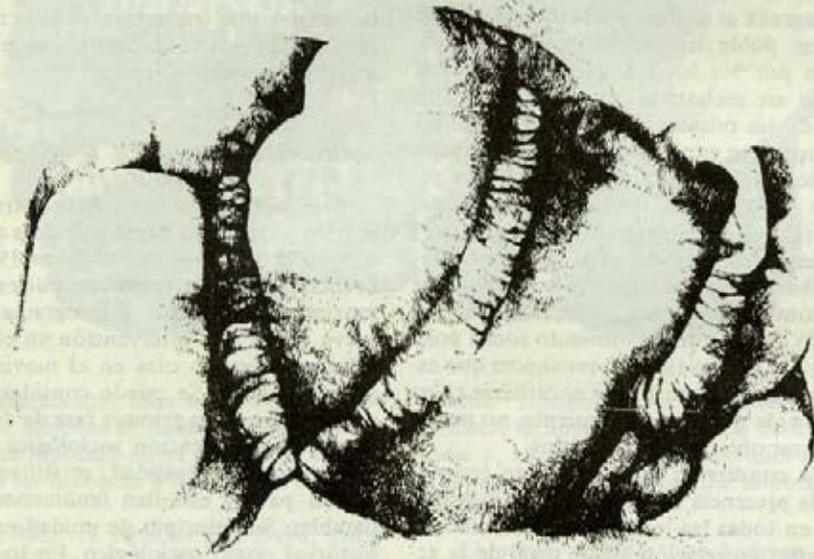
razón, nuestros informes de investigación no tienen más la forma de exposiciones generales sobre las luchas sociales, sino la de relatos de historia de las propias investigaciones.

Muchas veces, es en el cambio de posición de uno de los miembros del grupo, o en el análisis que uno de ellos hace de su pérdida de liderazgo o de su rechazo por el grupo, donde se pueden encontrar las señales más transparentes de la naturaleza de las relaciones entre una práctica social y su razón de ser.

Aplicaciones

Este método fue concebido entre 1973 y 1976 y aplicado desde entonces al estudio de la huelga estudiantil de 1976 en Francia, al movimiento antinuclear y al movimiento occitano. El programa actual prevé ahora una intervención en el sindicalismo obrero y otra en el movimiento de las mujeres. Se puede considerar este conjunto como la primera fase de desarrollo de la intervención sociológica. Estos cinco casos, en realidad, se sitúan en el mismo país y estudian fenómenos comparables. Su principio de unidad es tanto histórico como sociológico. En todos los casos, se trata de preguntar en qué puede consistir y bajo qué condiciones puede manifestarse el movimiento social popular que, en una sociedad posindustrial o en vías de posindustrialización, ocuparía el papel central que el movimiento obrero desempeñó en la sociedad industrial y que el movimiento por las libertades civiles desempeñó en las sociedades mercantiles. Este objetivo común justificó la sucesión de aquellos estudios relativamente próximos unos de otros. Sin embargo, sería peligroso concluir, a partir de tales estudios, que la intervención sociológica no tiene otro campo de aplicación que el de lo que el lenguaje común llama movimientos sociales, y esto en las sociedades industriales más avanzadas. Lo esencial del trabajo de aquellos que se convencen del interés de ese método deberá consistir en examinar en qué condiciones y bajo qué forma él puede aplicarse a otros campos sociales y a otras situaciones sociales. *Los campos de aplicación posible* de la intervención sociológica sólo pueden ser indicados aquí de manera superficial:

1. En primer lugar, es indispensable que ella no se limite al estudio de movimientos de oposición o populares. Es esencial que se pueda mostrar que pueden



estudiarse, de la misma manera, las conductas de los medios dirigentes. Por lo tanto, uno de nuestros primeros objetivos debe ser la organización de una intervención en la clase dirigente moderna, y particularmente entre los dirigentes de las grandes organizaciones, industriales o no, privadas o públicas. Es deseable evidentemente que tales intervenciones puedan hacerse en varios países industriales con tradiciones culturales diferentes, por ejemplo, en Europa, en América del Norte y en el Japón.

2. De manera general, es esencial que las intervenciones sobre las luchas sociales se completen con investigaciones análogas desarrolladas en otros países, especialmente en los países dependientes o de antiua colonización, donde los movimientos campesinos o los movimientos populistas desempeñan un importante papel.

3. Parece urgente alejarse del dominio de la acción histórica, pues ella no representa únicamente un nivel de las relaciones y de las conductas. También es el nivel que informa los otros, de manera que las conductas que se ubican en el nivel que

llamo institucional u organizacional tienen una doble naturaleza: las conductas específicas que se forman en él están, por decirlo así, sobredeterminadas por las conductas de acción histórica, por los movimientos sociales que se encarnan así como se disuelven en ellas. Por lo tanto, es importante que, de los movimientos sociales, bajemos a las conductas políticas y a las conductas organizacionales para estudiarlas, en especial, dentro de las grandes organizaciones de producción, administración, educación, salud, etc.

Pero el conjunto de esas conductas de historicidad, institucionales y organizacionales, constituyen todavía sólo una de las regiones de la vida social, aquella donde aparecen, de manera más o menos directa, las relaciones sociales, cuyo contexto es la producción de la sociedad. Es necesario alejarse todavía más del dominio de la historicidad y de las clases sociales. Por un lado, esas relaciones sociales están endurecidas, controladas u reproducidas dentro de un orden social; por el otro, pueden ser deshechas por un crisis; en fin, están sometidas a procesos de

cambio. En cada uno de estos casos la dualidad señalada resulta reforzada.

Conductas de orden, de crisis o de cambio pueden estudiarse de manera específica, y buena parte de la sociología se dedica al estudio de esas especificidades. No obstante, es necesario ver también en esas conductas la presencia deformada de las conductas de la historicidad y de los movimientos sociales.

Nuestra experiencia europea, en particular nuestra industrialización brutal, nos enseñó que no hay límites infranqueables entre la crisis y el conflicto, entre el desarraigo, la marginalización y la exclusión, de un lado, y la proletarianización así como la formación del movimiento obrero, del otro. Incluso en Francia, huelga, conflicto, tumulto, revolución son palabras tan inseparables como obreros y miserables en la obra de Victor Hugo. Sabemos también que en cualquier lugar y sobre todo en los países cuya industrialización fue dirigida por Estados autoritarios, las relaciones sociales están recubiertas por rela-

ciones de orden y por una dominación estatal.

Es por eso que la parte probablemente más importante del trabajo por hacer deberá estar dedicada al estudio de los movimientos sociales a través de las conductas de orden, de crisis y de cambio. Debemos alejarnos todavía más de las conductas de historicidad. Conductas de desvío individual y aun conductas de locura pueden ser analizadas tal vez, por lo menos en parte, como forma de expresión individualizada de un movimiento social imposible, de una privación de acción histórica. Aquí, también, el método de la intervención sociológica deberá ser repensado para adaptarlo a esa extrema disociación entre el sentido de una acción y su modo de aparición social.

4. Lamentablemente, es necesario agregar que todo lo que acaba de decirse parece reposar sobre cierta confianza en la posibilidad del surgimiento de movimientos sociales. Conviene atribuir la misma importancia a lo que podemos llamar anti-movimientos sociales, o sea, a todo aquello que, en una comunidad, estimula el comportamiento defensivo y el consenso contra un enemigo externo. Aquello que, en ciertas circunstancias, puede abrirse en un movimiento social, en otras, puede cerrarse en una secta. El fascismo se puede desarrollar frente al movimiento obrero en todas sus formas. Hoy, los movimientos de defensa comunitarios, que se oponen a una industrialización brutal, autoritaria y que aparece como gobernada desde el exterior, asumen importancia en todo el mundo. Con otro espíritu, y en una visión menos pesimista, debemos interrogarnos sobre la manera en que los actores sociales intentan su reconstitución a pesar de la dominación absoluta del Estado. Vimos, en el Brasil, la reconstitución de las fuerzas sociales autónomas, limitando poco a poco la dominación de la dictadura militar; seguimos año a año la reactivación del vínculo entre intelectuales y obreros que permitió, en Polonia, la reaparición de movimientos simultáneamente antiestatales y de clase; la presencia e influencia de los disidentes obligan a una reflexión profunda sobre la naturaleza de las luchas contra el Estado, las que podrían volverse parte esencial de la historia social del próximo siglo.

De estas breves indicaciones, ¿debe concluirse que el método de la intervención sociológica pretende imponerse poco a poco al conjunto del campo de la sociología? Sí y no. De hecho, es impo-



sible decidir *a priori* que un tipo de conducta social no tiene relación alguna con el campo de la historicidad y los movimientos sociales que la animan. Creer, sin embargo, que se pueda *reducir* todas las conductas sociales a conductas del nivel más elevado sería cometer el error inverso. Razón por la cual es necesario oponer, como hizo Freud de otra manera en "Eros y Thanatos", dos órdenes de conducta: las de acción y las de orden. No hay sociedad moderna sin orden, sin reproducción, sin Estado, sin guerra. Esta inmensa área, que solicita una reflexión antropológica, se enfrenta con el mundo social, el de las relaciones sociales y sus contextos culturales. En nuestro siglo, con el nuevo desarrollo de los Estados absolutos, sería locura e inconciencia afirmar, como en la época de Agust Comte, el triunfo próximo de la sociedad positiva. Muy por el contrario, nos preguntamos con angustia si el espacio de la sociedad civil, que conseguimos extender poco a poco en Occidente en el transcurso de siglos, no será nuevamente invadido por la selva estatal.

La razón de ser de la sociología es defender, palmo a palmo, ese claro y las culturas que las colectividades humanas desarrollaron en él. El método de la intervención está al servicio de esa defensa.

Una de sus metas es el conocimiento, pero también procura elevar el nivel de la acción posible. Procura ayudar a los hombres a hacer su historia. Aparece en un momento en que, sobre las ruinas de las ilusiones destruidas o traicionadas, la confianza en la producción de la sociedad retrocede y, frente a los Estados todopoderosos, se busca apoyo en lo más individual y en lo menos social, en la naturaleza y en el inconsciente. No se puede separar un camino de investigación en las ciencias sociales de las razones históricas y sociales que lo hicieron surgir. No es contradictorio afirmar que la intervención sociológica tiene un valor heurístico y reconocer que ella es, también, el signo de un deseo de hacer renacer una conciencia de la historia y así defender y reforzar las posibilidades de la democracia.

Derecho de réplica

UNA INVITACION AL POSTMARXISMO

JOSE SAZBON

Bajo un título cuyo tono consultivo es apenas retórico: "¿Adiós a la última instancia?" (*Punto de vista* 17, pp. 46-47), Oscar Terán aprovecha la ocasión de una nota bibliográfica para descalificar sin remisión la fórmula de Engels, cuyos aparentes estragos lo incitan a sugerir, sin mayor transición, el urgente correctivo: "¿No habrá llegado también para el pensamiento argentino de izquierda la oportunidad de reclamar el derecho al postmarxismo?". Quienes conocen los escritos de Terán pueden conjeturar, razonablemente, que su autor es capaz de producir la argumentación que aquí nos ahorra. En espera de ella, sin embargo, no se puede ignorar que la condensación mítica que ofrece supone una elección sobre las formas de intervenir en la transición que recomienda: está en juego, creemos, una cuestión a la vez de política cultural y de cultura política. Pues lo que pasa a primer plano y desborda el comentario es un ominoso pacto de lectura que apela al registro latente de la "crisis del marxismo": al negarse a especificarla, sugiriéndola en bloque como irreversible premisa, Terán convoca un saber inarticulado, prenocial, sincrético, el único que puede hacer plausibles sus figuras autoevidentes. En lugar de nexos explicativos y persuasivos proporcionales a la magnitud de la propuesta —y aptos para el examen y la discusión—, Terán se sirve de solapamientos perentorios; faltando otras mediaciones, debemos manejarlos como articulaciones de un argumento.

El razonamiento tiene entonces esta secuencia:

1. La "última instancia" es desechable: la agobian su notoriedad, su misterio, su ineficacia.¹

2. La "última instancia" constituye un cerco insuperable para un marxismo no metafísico.²

3. Luego, quien desee eludir la metafísica ("también" el pensamiento argentino de izquierda) debe quebrar esa tradición insidiosa³ e instalarse del otro lado de la *coupure*: en el "postmarxismo".

Que la celebridad de una fórmula no basta para deprimir su validez (y que su enigma es función del campo intelectual que la proscriba) puede ser copiosamente documentado. Prefiero, en cambio, transcribir los sintagmas "metafísica de la presencia", "micropoderes", "diseminación", "descentramiento del sujeto", ninguno de ellos menos *enigmático* que "última instancia" pero que Terán, con razón, no se cree obligado a descifrar, ya que son *célebres* dentro del "porfiado universo discursivo" de Foucault, Derrida y Lacan. Al eximirlos de un entrecomillado irónico, al cursarlos sin distanciamiento ni extrañeza, Terán se apropia de su sentido y lo expande, convirtiéndose él, a su vez, en un relevo más de su celebridad. No es éste, entonces, un criterio de pertinencia. Lo que incomoda a Terán es la celebridad rival de la "última instancia", hasta el punto de que la priva de cualquier ilumina-

ción conceptual o histórica; sólo la marca negativamente, subentendiendo la acepción (y las clausuras) de la *cosa juzgada*, del lugar común *démodé* y contaminante. Es este dispositivo ideológico turbiamente prescriptivo el que debe retener la atención y no la consistencia de una refutación, en todo caso posible, pero que Terán finge consensual y adquirida, para mejor inducir al lector a prolongar sus corolarios. Al dejar de elucidarla, al presentar, en vez de la noción, su mero registro arqueológico, Terán asevera un destierro que es, en el mejor de los casos, problemático y, en el peor, *infundado*: es decir, carente de una fundación crítica que esquivé el "pluralismo de las determinaciones múltiples", éste sí nada enigmático, ya que por lo general aprovecha las evidencias del empirismo abstracto y las ventajas de la incertidumbre teórica.

No es de extrañar, entonces, que los recursos de la alusión/elusión figuren una "última instancia" ya convertida en el "perro muerto" de la evocación irónica. Una percepción menos prejuiciosa de la fórmula engelsiana no consideraría definitiva la saturación semántica que le infirieron la trivialidad y el dogma, ni inevitables los simulacros de los que fue pretexto o las ineptias que la mudaron en inocuo recitativo. Con el mismo, o con mejor derecho, cabría decir que esa austeridad consigna sigue señalando al método la dirección productiva en que puede validar sus premisas y reconcentrar sus mediaciones sin ceder al espejismo de las génesis dispersas, ya que éste, al cerrar el paso a toda recomposición unitaria en el plano de la teoría, impide iluminar también, en el campo político, la convergencia de las iniciativas revolucionarias en el punto de la mayor resistencia. El fácil dispendio de ironía sobre la ruda síntesis de Engels o el sofisticado análisis de Althusser no puede disimular el hecho de que una despedida de la última instancia que no acoja al mismo tiempo otro criterio mejor para dirimir el problema que ella designa, implica la pérdida de toda línea de demarcación y suscita un vacío de inmediato cubierto por el relativismo de los descentramientos indefinidamente estancos.

Posiblemente Terán juzgue que esto es preferible a una recaída en "esa metafísica de lo infraestructural" —es decir, la última instancia hecha sistema y opio intelectual— que, para él, "acecha al marxismo como el felino a su presa". Pero si entendemos la última instancia como el *prius* de las condiciones materiales de producción y explotación, la imagen abusiva que

convoca Terán resulta completamente inadecuada para hacer justicia a cualquier trabajo de inspiración marxista: también en este caso los ejemplos abundan⁴. Fuera de constituir un desahogo, la expresión "metafísica de lo infraestructural" no ayuda demasiado a comprender lo que está en juego y describe malamente la intervención de la última instancia. (Describe, en cambio, bastante bien la tentación permanente de ejercicios muy disímiles: los que sitúan su reflexión en un plano subtextual al que conceden una autonomía de principio indiferente a los sistemas históricamente constituidos⁵).

Aplicado a distinguir los niveles de determinación, el término "infraestructura" (anacrónico en los clásicos y sólo utilizado luego por comentaristas insolentes o marxistas ocasionales⁶) es una torsión insidiosa de *base* o de *estructura*, términos muy canónicos opuestos a "superestructura"; versión, además, francamente alarmista cuando, asociada a "metafísica", expande la dimensión insondable de los prefijos. La denegación peyorativa tendría que haber sido "metafísica de la estructura", aunque es verdad que suscita resonancias inquietantes dentro de ciertos "universos discursivos" aún en expansión.

Si Terán aspirara a exorcizar una fórmula recurrente que a menudo ha servido de caución a la esterilidad intelectual, habría poco que objetarle. Pero las equivalencias vertiginosas que practica no comprometen sólo a la "última instancia" por su tosquedad metafórica (se puede conceder que un *tribunal inapelable* no es el mejor emblema de la dialéctica materialista), sino al conjunto de la teoría marxista, que el autor recomienda trascender (sin *Aufhebung*) hacia el "postmarxismo". Las promesas de esta emancipación (el inespecífico futuro cuya vigilancia le impide ser "anti o premarxista") debemos inferirlas de la "tensión teórica" que economiza. Esta, en el texto que comenta, es para Terán un síntoma negativo: la lectura que "rescata" es aquella que supone victoriosamente libre de "monismos reduccionistas". Pero como, por otra parte, juzga "ineludible" que este último fantasma asedie a cualquier tratamiento de "la articulación entre economía y cultura", ¿qué deducir sino la inefabilidad de esa relación, el carácter vicioso de un examen a la vez obligado e impedido por el "porfiado universo discursivo del marxismo"? El resultado es que, después de neutralizar normativamente la polarización entre el monismo y las determinaciones

múltiples (en beneficio de éstas últimas), Terán deja al descubierto su propia "parábola significativa", que no se beneficia de ninguna tensión teórica.

En efecto, lo que consigue es trasladar el absoluto eficaz de la última instancia a un "constitutivismo sin sujeto" que filtrará "todo objeto social por los desfiladeros del discurso y del poder"; la misma cláusula que introduce esa asimilación ("en definitiva-simplificando en extremo") es mera sinonimia de "última instancia". Y el respeto con que Terán glosa esos "diagramas teóricos" antagonicos a los reduccionismos porfiados de la base material, hace más prolija y patente su inversión: el señalamiento de una constitutiva "intersección de matrices" multidisciplinarias, la exhortación contra una "utilización pasiva" de los textos fundantes, la advertencia de que en éstos la teorización va unida a una "insoslayable confrontación" con la investigación histórica, todas estas calificaciones y prevenciones han sido comunes y rutinarias para los defensores inteligentes de la "última instancia" marxista, empezando, desde luego, por el inventor de la *letzter Instanz*, el viejo Friedrich Engels. Planteadas así las cosas, y dado que el mismo Terán demuestra *malgré lui* que toda inspección de esas determinaciones múltiples las imanta sin retorno hacia una inteligibilidad unitaria no menos reductiva que la materialista (el "filtraje" discursivo, la genealogía del poder, o la fusión de ambos), la denegación de una última instancia parece tendenciosa: cada uno elegirá aquella área de la actividad social que "en definitiva —simplificando en extremo—" le parezca más pródiga en determinaciones decisivas para la recomposición de una totalidad necesariamente fragmentada en el conocimiento discontinuo de sus procesos heterogéneos.

Todo esto es formal y programático: Terán tiene todo el derecho del mundo a instalar la última instancia en el lugar más congruente con su convicción filosófica; es perfectamente libre de encontrar más iluminación en "los desfiladeros del discurso y del poder" que en las relaciones de producción que disciernen su topografía. Donde su derecho es dudoso y su libertad algo desenvuelta es en la instrumentación de esa opción para desfigurar una teoría, un método y una práctica intelectual cuyas posibilidades de libre ejercicio restituído comienzan a vislumbrarse en el país como un efecto más de la recuperación de la sociedad civil frente al autoritarismo clasista del discurso y del poder. Si Terán no se contara entre los im-

pugnadores más consecuentes de ese autoritarismo (como lo demuestra contemporáneamente su análisis de "El error Massuh" y antes sus intervenciones en *Controversia*, de México), esta polémica sería vana o sería otra. Es precisamente su intransigencia como militante del "pensamiento argentino de izquierda" la que debería estimular su vigilancia y prohibirle, entonces, disociar el sentido del combate y el campo intelectual de sus condiciones⁷. Debería prohibirle, al menos, confundir a uno y otro con un módulo desplazado: la larga marcha crítica que busca erosionar las seculares estructuras ideológico-estatales de las burguesías conquistadoras y cree hallar en la revitalización combinada de Nietzsche, Heidegger y Freud las mejores armas de un pensamiento disolvente. (Pues, ¿cuál es el referente del *también* con que Terán urge el "aggiornamento" del pensamiento argentino de izquierda?). Con toda la agudeza filosófica que pueda dispensar esa constelación, es difícil imaginar que sus dispersas desconstrucciones corrosivas —confinadas a la *interpretación* o la *denuncia*— sustituyan con ventaja a un programa acumulativo de análisis materialistas capaz de acompañar y anticipar las luchas sociales contra el poder de clase. Y si esto es cierto en un plano universal, ¿qué decir de las prioridades de la teoría en la órbita del capitalismo dependiente y en un país donde la desmantelada burguesía productiva y el conjunto de las agobiadas clases populares han aprendido en pocos años a reconocer el perfil imbatible de la "última instancia" del régimen, excreándola en Martínez de Hoz?

Ahora bien, las iluminaciones del presente, no hace falta decirlo, apenas son separables del continuo trabajo crítico sobre la "serie de categorías acuñadas" para la intelección del pasado. Y cuando Terán menciona los temas cruciales de la reflexión histórica (poder y sociedad civil, economía y cultura, formación del Estado nacional) rebajándolos a "un listado sin duda obvio" y sin duda contaminado por la analítica marxista, no se alcanza a ver si la *epojé* resultante es un programa positivo o una resignación al no-saber. Conjurar tales cuestiones porque su estudio convocaría una "última" instancia depredadora de las demás, implica una suspensión de juicio bastante *enigmática*, no ya para un pensamiento de izquierda (argentino o no), sino para un pensamiento.

Esa ligereza, en suma, no es un buen augurio para el futuro "postmarxista" de la izquierda argentina. Quizás no sea irre-

levante apreciar las cosas desde una perspectiva más amplia. Mientras estos funerales ocurren en las páginas de *Punto de vista*, fuera de ellas y de sus fronteras el difunto "reclama su derecho" con una energía que debería hacer meditar sobre "la oportunidad" de su lápida. En las últimas dos décadas, el vigor expansivo y la escala de aplicación de la teoría marxista crecieron considerablemente en diversos escenarios. Esto no obliga a suscribir sus respectivos desarrollos; sólo obliga a desestimar la parodia como retrato de su situación histórica. La insularidad que explica estas invitaciones al abandono de la herencia marxista podría ser, también, discernible: bajo la consigna de una actualización de la izquierda argentina, ¿no se nos ofrece compartir el ánimo crepuscular del post-68 francés? No hay otro antecedente de un pensamiento que reclame su "derecho al postmarxismo"; cierto es que, en este caso, con una buena conciencia "hexagonal" difícil de reproducir.

¹ "...la asunción de la célebre (y enigmática) 'última instancia' [que, en el texto comentado] nos hace señas desde un espacio teórico tan tranquilizador como inoperante."

² "...esa metafísica de lo infraestructural que acecha al marxismo como el felino a su presa."

³ "...el porfiado universo discursivo del marxismo."

⁴ Pero se puede tomar uno al azar. Digamos "José Ingenieros o la voluntad de saber" una monografía (de Oscar Terán) no visitada por el felino, aunque sí —fructíferamente— por la "última instancia". En el texto (introducción a: José Ingenieros, *Antimperialismo y nación*, Siglo XXI, México, 1979, pp. 11-117), vemos cómo "uno de los parámetros en la constitución del pensamiento de Ingenieros" fue el Partido Socialista, surgido como un "síntoma" de la crisis que produjo en el noventa "el descontento social" generado por la exclusivista "práctica política" de una "clase dominante" que se veía favorecida por "la enorme valorización de la tierra y el proceso inflacionario" (p. 16). Más adelante, aprendemos que "una explicación del comportamiento de las ideologías contestatarias del período" y del caso de Ingenieros, "que con ello se revela como paradigmático", es "el hecho de que tanto las capas medias como la clase obrera dependían en última instancia del crecimiento generado por la actividad agropecuaria" (pp. 19-20). Y también que, si "un sistema ideológico definido e intransferible diagramaba un mundo social", lo hacía "a partir de un suelo preteórico constituido por el desarrollo económico-social argentino" (p. 45). ¿Diremos que estas series regresivas no adolecen de ningún "monismo reduccionista", ya que, después de todo, la última instancia "nos hace señas desde un espacio teórico tan tranquilizador como inoperante"? En todo caso son buenos ejemplos de lo que Engels llama derivación (*Ableitung*) de las ideologías a partir de los "hechos económicos fundamentales", y que reivindica retrospectivamente (carta de Mehring) en 1893.

⁵ Varios trabajos de "Tel Quel" y casi todos los de Derrida podrían servir de ejemplo: el nivel molecular en que se establecen y su irrisión

de un control extradiscursivo los alojan cómodamente en ese rubro. Derrida, al menos, no lo negaría, ya que siempre insistió en que la deconstrucción marginal e intersticial de la metafísica se practica en pleno campo enemigo.

⁶ Estos últimos, en virtud de un acercamiento periférico y estacional a las formulaciones marxistas, soslayan su historia y filología, mientras los primeros —por versación desplazada o lapsus de género— las leen en clave heterónoma. Así, reifican "la anatomía de la sociedad civil" y entienden que sus fuerzas productivas quedan exhaustivamente abarcadas por una categoría descriptiva perfectamente extraña: aquella que, bajo un nombre genérico, adiciona los variados servicios básicos que sustentan la "modernización" económica (transporte, energía, vivienda, sanidad, etc.) y, en conjunto, proveen el "capital social fijo".

⁷ También debería inhibirlo de identificar tácitamente los supuestos de una izquierda con las estaciones de su *iter* personal. Hacia 1979, en el marco de una inmejorable introducción al pensamiento de Foucault, Terán manifestaba su desasosiego con "el espacio de la 'infraestructura'" y la "huidiza 'última instancia'", pero esto no le impedía denunciar las "serias debilidades" de ese pensamiento en el crucial problema de la articulación unitaria del poder estatal. La tensión entre "paradigmas alternativos" se resolvía allí, braudelianamente, en la conversión del marxismo a "población de modelos" y de la producción foucaultiana en "estímulo" para discernirlos (cf. "Foucault: genealogía y microfísica del poder", *Dialéctica*, IV: 7, Puebla, México, diciembre 1979, pp. 61, 73, 75). Dos años después, las mismas "insatisfacciones" con "la dupla supra-infraestructura", así como con la invariablemente "huidiza" última instancia (especificada ya como "enigma") impulsan a Terán a sustituir explícitamente el constructivismo de la imagen de Braudel por el pragmatismo de una metáfora de Wittgenstein: tal como el lenguaje común para este filósofo, el marxismo es concebido ahora "como caja de herramientas", mera agregación de ideas no estorbada ya por "la voluntad del sistema". Todavía aquí, aun destotalizada y fragmentaria, la teoría de Marx sigue brindando, para el autor, una serie de "instrumentos" que "pueden servir para el ejercicio de las luchas y la comprensión de lo real" (cf. "Algún marxismo, ciertas morales, otras muertes", *Controversia*, II: 14, México D.F., agosto de 1981, p. 17). Es sólo en la actual nota de *Punto de vista* cuando la perspectiva de Terán se muestra liberada de tensiones contrastantes y su "adiós a la última instancia" lo es también al "porfiado" discurso que asediaba sus encuadres anteriores. Lo que no aparece justificado, sin embargo, es la promoción de tal desembolso a imperativo categórico de la izquierda argentina.

NUEVA SOCIEDAD
REVISTA LATINOAMERICANA BIMESTRAL



NUEVA SOCIEDAD

JULIO-AGOSTO 1980

pp. 67

ANÁLISIS DE COYUNTURA

Carlos Umberto B. Fari - La Política entre el Discurso y la Práctica: El caso Ecuador. Gustavo Rizo - La Estabilidad del Ojo de la Tormenta. Claudio Trócoli - Uruguay - La Gota que Puede Gotear el Vaso. Gerardo Silva Valero - CARICOM - Pluralismo con Fronteras.

CONTROVERSIA

Diego Bautista Urbaneja / Rafael Guerra Ramos: El Sistema del Vecino - Substancial en la Crítica o Crítico en la Substancia.

ENTREVISTA

Diálogo con el antropólogo Gary Risher: Del Trabajo al Hincapié en el Socialismo Trabajador "Móvil".

TEMA CENTRAL: DECADA EXTERNA: EMBARGO DEL FUTURO

-PARTES I-

Peter Káiser / Gary Mass / Thomas Stöckel / Rafael Testa: El FMI: Garantía de Crisis para el Tercer Mundo? Manuel Ulloa: Crisis Comunes - Situaciones Conjuntas: Respuestas Imaginativas para Realizar: Decada Externa: Embargo del Futuro - Crisis, Crisis, Repetición: Mauricio Tapachuti: Cochabamba Tempestad - La Decada Argentina: Rodolfo Silva: El Gran Escalón de la Reestructuración - La Crisis de Costa Rica: Héctor Silva Michelena: El Centro Político de la Impresión - La Decada Venezolana: Ezequiel Linares Basabe: Fragmentos de un Decenio - La Decada de Brasil.

POLÍTICA-ECONOMÍA-CULTURA

Esteban A. Cerdillo: Océano en Océano - Los Partidos Políticos Argentinos: En la Originalidad Radical su Superación - Los Partidos Políticos en Nicaragua y el Nuevo Luján, Oscar Vega López: La Integración de la Integración.

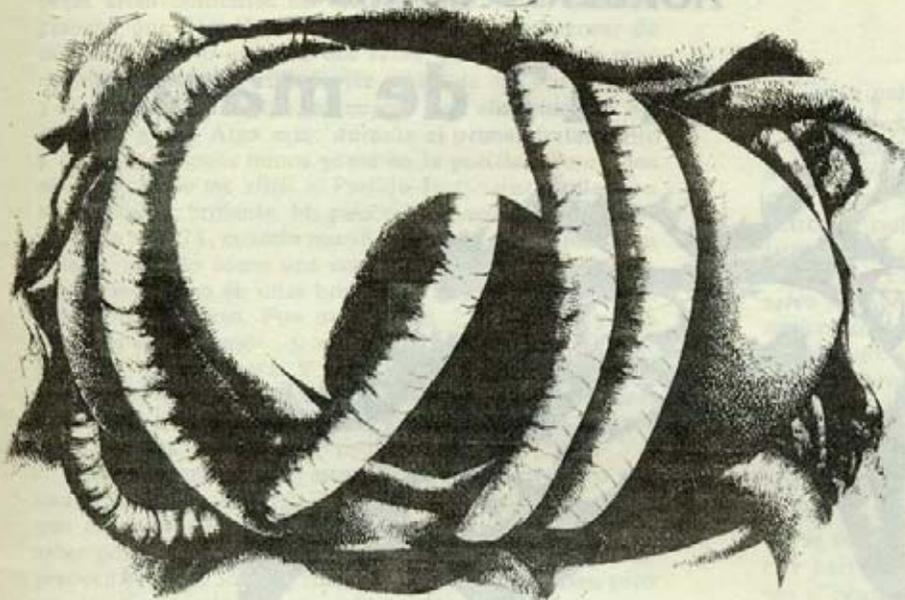
NOTICIAS-INFORMES-RECENSIONES

AHORA PUEDE OBTENERLA EN LA ARGENTINA

FOR SUBSCRICION (incluye envío aéreo)
Anual (6 números): US\$ 20 / Bimestral (12 números): US\$ 35
PAQOS: Cheques en dólares o nombre de NUEVA SOCIEDAD.
Apertura 61712 - Caracas - Correo 1000-A - VENEZUELA.
Rogamos no efectuar transferencias bancarias para cancelar suscripciones.

Y TAMBIÉN EN LIBRERÍAS

Distribuye: Castropo S.R.L.
Av. Independencia 1800 - Buenos Aires / Tel. 36-5708



CARLOS PICCIONI

Poemas

NUESTROS MUERTOS

Llaman
con un adiós
que aturde.

Es el mismo adiós
con que una vez
fueron hacia la muerte?

Pero ahora
quieren volver!

MODERNIDAD

Cuando
el
progreso
irreflexivo
y la neurosis
nos hayan secado la garganta

—sedientos
en jardines
de máquinas
y cifras—

por lo menos
podremos
orinar?

WILLIAMS CARLOS WILLIAMS

William Carlos Williams
tus
ciruelas

gracias.

yo soy
del
vino blanco,
helado

si gustas?

PAISAJE Y ARBOL

Y el horizonte
tostadense?
mi pueblo.
El amarillo-rojo
sol
calma
natural
del horizonte
allá
de pubis,
esta pasión norsteña
y argentina
sobre el campo,
allí
se está triste-feliz
e
inocente
del poder.
Más adelante
vienen
mis tíos y mis primos
(hijos y nietos
de
italianos)
universales
Y
latinos
y
a
la
entrada de la
casa,
ese eucalipto
ese eucalipto...

LAS HOJAS, SI

Las hojas
sí
que alientan
la pared
de
números danzantes
finos
musicales de lápices de fuegos,
de la memoria
griega
e inolvidable
de la intemperie,
de la pasión que elude
las fragancias
por culpa de los otros.

NORBERTO SOARES

El 17 de marzo



*Para Eduardo López
y Raúl Santana*

Te recuerdo Odette Awad. No sólo porque vuelvo a caminar por estas calles después de veinte años de ausencia ni porque acabo de chupetear una madre selva amarilla y dulce y de rozar con mi mano la flor de un malvón. Te recuerdo porque fuiste vos quien me arrancó del silencio. Algo que no pudo lograr el doctor Elías Zoff con su tratamiento de cinco meses en el neuropsiquiátrico de Flores, adonde volví hace nueve años, cuando el General me abandonó, dejándome solo, clavado como una estaca en el centro de una pieza, muerto por él, después de él.

No. No fue aquel tratamiento con Zoff (tan distinto al de ahora), el que me arrancó del silencio, sino la visión de Odette Awad sentada en el umbral de su casa aquella tarde de enero del '63, una imagen que se conserva intacta a lo largo de tantos años en algún lugar seguro de mi vacilante memoria. Pero todo comenzó un poco antes.

A los 18 años le comuniqué a mi madre que iba a casarme con Lida. Mi madre, sin pestañear, abrió el primer cajón de su cómoda, sacó una pistola calibre 22 y gatilló cuatro veces. De los tres disparos dirigidos a mí, uno solo dio en el blanco perforándome el antebrazo derecho. El cuarto disparo, el que ejecuté mordiendo el caño de la pistola, pegó justo.

Lida no pudo soportar que yo fuera el responsable de la muerte de mi madre. Me quería así, tal como era, pero no podía tolerar la idea de pasar el resto de su vida al lado de un culpable y se escapó una noche rumbo al Chaco con mi hermano mellizo. Me quedé en mi casa viviendo con mi única abuela. Una noche, mientras dormía, escuché entre sueños la voz de una adolescente que me acariciaba de arriba a abajo murmurando palabras excitantes. Me di vuelta lentamente con los ojos entrecerrados y empecé a acariciar un cuerpo inmóvil y una piel suave y arrugada. Temblan-

do, manoteé la perilla del velador. Una luz tenue iluminó el cuerpo desnudo de mi abuela y a mi abuela muerta. Entonces, perdí el habla.

No sé quién me llevó al neuropsiquiátrico de Flores ni cómo llegué a las manos de Zoff. Pero sí recuerdo que todas las mañanas Zoff se sentaba frente a mí durante una hora mirándome en silencio con sus ojos negros impasibles, acariciando su barba negra y sedosa. (Noté últimamente que la dureza de su mirada se suavizó un poco y que sin barba parece más joven.)

Al quinto mes de permanecer los dos una hora en silencio todos los días, Zoff me dió el alta. Yo no pude decirle que se equivocaba.

De vuelta en la casa, me dedicaba a pasear por las habitaciones vacías mudo y en estado de pánico permanente. Un día decidí irme de la casa y de este barrio. Fue hace veinte años. Recuerdo nitidamente el último instante del adiós. En la esquina hacia la que camino ahora me di vuelta y miré sin dolor la calle desierta en la tarde blanca y reseca del verano, la pared descascarada del almacén de Zuléma y en diagonal a mí a Odette Awad sentada en el umbral de su casa, vestida con una pollera colorada y una remera de hilo adherida a su piel oscura como una segunda piel, tensa, muy tensa, en la zona que cubría ese inolvidable par de tetas, enormes y macizas. Por esa visión recuperé el habla.

Hoy —17 de marzo del '83—, camino de nuevo hacia aquella esquina. Es mi primera salida del neuropsiquiátrico en nueve años. ¿Adónde va?, me preguntó Zoff. Atrás, le dije. ¿Al fondo? Sí, contesté. Cuidado con las latas, me dijo.

Estas calles no cambiaron nada. Tampoco mi nombre, René Santaló, viejo como siempre, algo mayor que yo. Hoy, Zoff me preguntó si había notado algunos cambios en mi vida entre el primer tratamiento y el de ahora. Sí. Me acuerdo que en la primera época pensaba que si las ví-

boras están contentas no muerden. Ahora no. También pensaba que después de Lida no me iba a enamorar de otra mujer. Pero me casé dos veces. La primera vez tuve mellizos, la segunda trillizos. Me separé de mis dos mujeres y durante algún tiempo las engañé con ellas mismas. No las volví a ver. Algo más: durante el primer tratamiento y un poco después nunca pensé en la política. Pero unos años más tarde me afilié al Partido Justicialista y llegué a ser un orador brillante. Mi pasión se apagó de golpe el 1º de julio del '74, cuando murió Perón. Al enterarme de su muerte, clavado como una estaca en el centro de una pieza, yo morí con él, unas horas más tarde. Esa noche improvisé un discurso. Fue un desastre. Las palabras ya no crean en mí —pensé—, y entonces lo llamé a usted Zoff para que me internara. Y aquí estoy, apartado de todos y de todo, rumiando en silencio las cenizas frías de aquella pasión. Quisiera recuperarla Zoff. A veces pienso que algún día va a volver.

Mientras camino por estas viejas calles, envuelto por una neblina que me aísla de las cosas, me doy cuenta de que mi indiferencia es total. Mi única preocupación es saber por qué volví a fumar de esta manera y por qué me preocupan tanto los muertos. Me separé de los vivos pero con los muertos tengo un problema. No sé qué hacer con ellos. Es una desventaja porque ellos sí saben qué hacer conmigo. Zoff me preguntó si no creía que eso era la libertad.

Estamos escribiendo a dúo el diario de mi tratamiento. Yo anoto lo que se me ocurre en el lado izquierdo de un block colocado sobre un atril. Zoff escribe en el lado derecho cosas de las que no me entero porque siempre arranca las hojas y se las lleva. Hoy escribí que en los instantes en que me siento mujer, mi sueño es proponerle que se case conmigo y que si vuelve a arrancar una hoja voy a tomarlo como una respuesta afirmativa.

Desde el lugar por el que paso ahora puedo ver parte de la pared descascarada del almacén de Zulema. Voy cantando bajito.

*Mi vida es como la noche,
dura lo que tiene que durar...*

Estoy parado en la esquina donde me di vuelta. Todo sigue igual. La tarde blanca y reseca, la pared descascarada y en diagonal a mí, Odette Awad sentada en el umbral de su casa, con la pollera colorada y la remera de hilo tensa, muy tensa, adherida a ese par de tetas grandes y firmes. Cruzo la calle. Odette me ve venir y sonríe. Cuando me paro frente a ella levanta la cabeza y sigue mirándome y sonriendo. Es un teclado. Todo mi cuerpo está insensible, salvo los dedos de mi mano derecha que tamborilean frenéticos sobre el costado de mi muslo. ¿Se nota? La miro en silencio y estiro mi mano hacia el pico de su remera. Cuando estoy a punto de rozar la línea gruesa que desborda el pico, una voz chillona, alterada por los ruidos de un altoparlante, hace trizas la escena de cristal. "El General Perón le habla hoy a su pueblo en el cine Olavarría", dice la voz. De golpe, la neblina que me envuelve se disipa junto con mi indiferencia. Mi mente se aclara, mis pensamientos se ordenan y todo vuelve a tener sentido. *No es que en este país la historia se repita —pienso—. Es que nos pusieron el pasado adelante.*

Me siento liviano, feliz y vigoroso. Palmeo un hombro de Odette, le pido con señas que se levante y llevándola de la mano empiezo a caminar con ella para el lado del cine Olavarría. A los pocos metros freno la marcha, giro apenas la cabeza y veo a otras figuras que caminan detrás nuestro hacia el mismo lado, distantes unas de otras, ensimismadas, palotes oscuros y móviles trazados sobre el aire ardiente del verano. Vuelvo a caminar apretando con fuerza la mano de Odette, sonriendo con disimulo, sintiendo que vuelve la antigua pasión y escuchando por primera vez en mi vida el rumor creciente de una verdad. Porque estoy seguro que tanto Odette como yo y los que vienen detrás, estamos pensando exactamente lo mismo. Lo de la muerte fue una táctica. El Viejo no nos podía fallar.

HISPAMERICA

Saúl Sosnowski
5 PUEBLO COURT
GAITHERSBURGH,
MD. 20878 - U. S. A.

TARIFAS DE SUSCRIPCIONES

Bibliotecas e instituciones: US\$ 21.00
Suscripciones individuales: US\$ 15.00
Patrocinadores: US\$ 30.00
(Excepción: Año I, nos. 1-2-3 US\$ 2500)

Libros de Ediciones Hispamérica

- María Luisa Bastos, **Borges ante la crítica argentina: 1923 - 1960**, 356 p., US\$ 8.00
Hernán Vidal, **Literatura hispanoamericana e ideología liberal: Surgimiento y crisis**, 120 p., US\$ 4.00
Saúl Sosnowski, **Borges y la Cábala: La búsqueda del Verbo**, 120 p., US\$ 3.50.
Oscar Hahn, **Arte de morir (poemas)**, 186 p., US\$ 5.00.
Rose S. Minc, editor, **Latin American Fiction Today: a Symposium**, 198 p., US\$ 9.95.
Beatriz Pastor, **Roberto Arlt y la rebelión alienada**, 120 p., US\$ 7.95.
Rose S. Minc, editor, **Literature and Popular Culture in the Hispanic World: A Symposium**, 112 p., US\$ 11.95.
Emilio Bejel y Marie Panico, **Huellas/Footprints**, 124 p., US\$ 6.50.
Elizabeth Garrels, **Mariátegui y la Argentina: un caso de lentes ajenos**.
Isabel Alvarez Borland, **Discontinuidad y ruptura en Guillermo Cabrera Infante**

Una versión del peronismo

LEANDRO GUTIERREZ

Juan José Sebrelí, *Los deseos imaginarios del peronismo*, Buenos Aires, Legasa, 1983.

La primera lectura del libro de Sebrelí parece convalidar la opinión expuesta por el comentarista Jorge Dorio G. en *Tiempo Argentino* del domingo 16 de octubre, cuando afirma que este libro "se inscribe en el mismo territorio de la literatura apasionada que signara sus anteriores loas y diatribas contra el cuerpo repetidamente resurrecto del peronismo". En efecto, la imagen de un autor dando golpes irracionales a una pasada adhesión irracional seguramente va a estremecer al lector, al margen de las simpatías por el golpeador o el golpeado. Sebrelí escribe este ensayo desde su errática historia de militancia política, verificada por lo menos en el campo de la literatura.

Estas circunstancias, escribir desde la historia personal y haber mudado de pertenencia política a lo largo el tiempo, nada tienen de ilegítimo. Más todavía, son seguramente comunes a un considerable número de los intelectuales de nuestro país. Lo que sí cuesta aceptar son las razones aducidas por el autor para justificar sus cambios, no demasiado racionales, unidas a reclamos a la sociedad o a sus parcialidades, a las que acusa precisamente de irracionales.

En el prefacio Sebrelí hace su confesión. En ella se perfila un sujeto que transita por opciones políticas a partir de conductas de oposición individual que no pertenecen al campo de la política. Llegó al peronismo porque significaba "la rebelión juvenil típicamente pequeño burguesa contra convenciones y tabúes de la familia y la sociedad, y el deseo bohemio de *épater le bourgeois*"; eligió quedarse en él durante un tiempo porque —afirma extendiéndose indebidamente en la generalización— "los jóvenes intelectuales pequeño-burgueses quieren hacer de la política un juego divertido: el peronismo no daba

tiempo al aburrimiento, la oposición política era tediosa".

Afirma finalmente que para él ("joven ávido de emociones") la era del peronismo fue una de las más excitantes. Es claro que con el tiempo estas virtudes fueron desapareciendo en el mundo de representaciones de Sebrelí. Con todo no es posible saber bien por qué ocurrieron las mutaciones: si porque el peronismo dejó de espantar a la burguesía, se tornó aburrido y poco excitante, o porque Sebrelí ya no quiere espantar a la familia, dejó de ser un joven ávido de emociones, o ha perdido su capacidad para divertirse con la política. De cualquier manera fue convenciéndose de que había adherido a un imaginario irreconocible en el peronismo real. A partir de ese reconocimiento pasó a arremeter contra aquel, su imaginario, ahora trasmutado en real. En este proceso puede encontrarse la clave de la construcción del libro y, consecuentemente, una guía para su lectura. El objeto que fue amado se ha transformado en odiado, y es atacado desde espacios semejantes a aquellos donde antes había construido el deseo ahora negado. Sin duda hasta puede considerarse un síntoma de valentía intelectual esta exposición descarnada de los avatares políticos personales efectuada por Sebrelí, pero no parece probable que sea eficaz para construir un texto capaz de profundizar el carácter profundamente complejo del fenómeno político analizado y del proceso social simultáneo que concurre a conformarlo.

Cuando se supera esa sensación de cruento enfrentamiento entre el autor y su pasado, el libro de Sebrelí puede ser leído como una interpretación del peronismo y, también, como un texto de batalla ofrendado a quienes estén interesados en confirmar convencimientos previos o a quienes, como Sebrelí, resuelven sus propias contradicciones, no analizando sus posibles equívocos o errores de interpretación sino demonizando al otro elegido.

Respecto de este último nivel es justo consignar que Sebrelí no sólo señala los rasgos más típicos autoritarios del peronismo sino que propone la necesidad de la restauración de la democracia en la sociedad argentina tan profundamente penetrada por el autoritarismo. Esta es, sin duda alguna, la propuesta más válida de las tantas que Sebrelí ofrece.

No obstante la misma pierde parte de su valor al desarrollar Sebrelí los mecanismos mediante los cuales él cree que se ha instalado el autoritarismo en la sociedad (en el supuesto de que efectivamente sea posible hablar de autoritarismo en la sociedad civil y no —en cambio— de una sociedad política autoritaria que permea este rasgo a ciertos sectores de la sociedad civil). La duda sobre el valor de su propuesta se acentúa, asimismo, cuando el autor intenta puntualizar alguna estrategia para desalojarlo.

Este conflictivo componente de la cultura local habría empezado a operar hacia 1930 sobre una masa absolutamente no impregnada de rasgos autoritarios. "La fascitización de la sociedad fue un proceso largo, complicado e inconcluso, llevó muchos años de propaganda sistemática a través de los medios de comunicación masiva, de represión política, y de control clerical de la educación, las actividades culturales y artísticas, así como de las costumbres y la vida privada de los ciudadanos" (p. 184). El éxito de esta operación de manipulación fue tal que aun la clase obrera que había pretendido brevemente mantener la democracia terminó siendo actor central de dramas autoritarios como lo fueron la desestabilización de gobiernos civiles y, más aún, la nueva elección de Perón. Si esta síntesis del texto de Sebrelí es correcta, expresa con claridad cuál es su concepción acerca de la formación de la cultura de los sectores populares, en la cual el autoritarismo constituiría un componente importante. Para Sebrelí habría sujetos informes y agentes modeladores. Los primeros carecerían tanto de respuestas como de capacidad de reordenar el fuego sostenido del aparato autoritario. Paradójicamente, serían además poseedores de una cultura exenta de elementos donde pudiesen afirmarse las propuestas autoritarias. Los agentes modeladores, en este caso el Estado, manejarían un aparato omnipotente, afinado, al punto de poder penetrar en cualquier ámbito de la sociedad, por privado que fuese, para imponer sus propósitos. Tan sólo así, con una masa en *total disponibilidad*, ajena a

cualquier posibilidad de elección, y con aparatos de penetración incontenibles habría sido posible una transformación ideológica semejante a la planteada por Sebreli.

¿Cómo modificar esta situación? ¿Cómo resolver el urgente problema de democratizar a las masas? son preguntas a las que Sebreli procura dar solución. En medio de un discurso farragoso, donde propone tanto desarrollar nuevas técnicas psicoanalíticas como reformas a la Constitución y el Código Penal, puede descubrirse que la clave se encontraría en la acción de un cierto elitismo orientador, un *autoritarismo bueno* que debe "...ayudarlas a las masas al desarrollo de sus posibilidades, a tomar conciencia de sí mismas y de sus propios intereses, contribuyendo a su transformación de masa informe en clases conscientes y personas libres, dueñas de su propio destino" (p. 190). En resumen los sectores populares son para Sebreli siempre manipulables; más aún, en el caso de tener que ayudarlos a restaurar sus caracteres patológicos, se debe hacerlo a costa de mutilar parte de su identidad. Por esta razón es que propone que "en la Argentina de hoy la tarea política es democratización de las masas, es decir la desperonización de la clase trabajadora..." (p. 194). De esta forma, en consecuencia, la propuesta restauración democrática se resume en el objetivo de desperonizar a los sectores populares construyendo un modelo en el que un peronismo despojado de sus rasgos más autoritarios carezca de espacio.

Como interpretación del peronismo, el libro no es novedoso. No constituye un conjunto de hipótesis que se desarrollan a lo largo del mismo. En realidad está construido con proposiciones mejor o peor probadas mediante evidencias cuidadosamente elegidas y nunca confrontadas. Frecuentemente frente a acontecimientos verificados que no se compadecen con sus planteos, clude penetrar en su comprensión mediante el enunciado de una presunción hipotética. Esto ocurre cuando afirma que "partiendo de la historia del movimiento obrero anterior a 1945 es presumible que de no haber existido el peronismo, y librado a sus propias fuerzas, hubiera evolucionado hacia una forma de tradeunionismo, o socialdemocracia a la manera europea..." (p. 116). Otra manera de enfrentar esa realidad, inaceptable para el autor, es la recurrencia a teorías de un alto nivel de generalidad. El empecinamiento con que la clase obrera votó al peronismo se explica, según Sebre-

li, porque "el obrero peronista tenía conciencia dividida, en tanto materialmente por medio de las huelgas luchaba contra el régimen que las reprimía, a la vez abandonada su alma al sueño del peronismo. Su fe en el peronismo es la fe de la mala fe, en el sentido sartreano, colaboraba con el engaño de que era víctima, a medias inocente y a medias culpable" (p. 117).

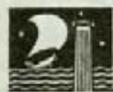
Estas son algunas observaciones formales, vinculadas con la relación entre sus afirmaciones y las evidencias que las sustentan. Pero en Sebreli existe algo más grave: un marcado reduccionismo en el análisis. El particular empeño puesto en demostrar el carácter fascista o bonapartista del peronismo lo conduce a dos riesgos serios: sectarizar la interpretación y perder la posibilidad de un examen pormenorizado del peronismo como fenómeno singular de una sociedad singular. Una singularidad, sin embargo, que no debe conducir a la presuntuosa creencia, y aquí Sebreli puntualiza correctamente, que el peronismo es un fenómeno absolutamente novedoso, incontaminado de ideologías totalitarias.

Lo más grave de esa tendencia reduccionista es que lo conduce a unificar complejidades. Un par de ejemplos pueden ilustrar mejor esta afirmación. Sebreli interpreta al imperialismo sólo como un fenómeno económico. Como en todos sus capítulos acierta en ciertas proposiciones. En este caso hace una buena denuncia del papel de las clases altas locales que colaboran con el capital extranjero. Pero de este acierto no puede concluirse que la clase obrera debe desinteresarse del predominio del capital extranjero sobre el nacional, porque tanto uno como otro son igualmente sus explotadores. La historia del movimiento obrero argentino a la que recurre para avalar su afirmación dio pruebas, a través de sus manifestaciones antimonopólicas a mediados de la década de 1930, que el tema realmente le preocupaba.

Algo semejante sucede cuando analiza el fascismo de izquierda. Nuevamente Se-

breli propone acertadamente críticas, inevitablemente compartibles, dirigidas a la expresión más clara de ese fascismo de izquierda: los Montoneros. Su autoritarismo, su militarización, la imposición de la guerra de aparatos son rasgos inaceptables para cualquiera que pretenda la democracia y repudie el autoritarismo. Pero aquí nuevamente el reduccionismo ocluye un análisis más rico. Seguramente el origen de los dirigentes (familias de clase alta o sectores de la oligarquía) no alcanza a explicar adhesiones más amplias provenientes de otros sectores. Como tampoco el amor a la muerte que atribuye a estos jóvenes nihilistas es argumento suficiente para comprender su estrategia. Cuando intenta penetrar en su programa liquida rápidamente el problema diciendo que "...el único programa concreto que se plantearon los Montoneros fue la defensa de los pequeños capitales contra el internacional, del capitalismo "bueno" contra el "malo", (p. 176) agregando que este planteo es una utopía reaccionaria, "un sano intento de volver atrás la rueda de la historia".

Por cierto el libro de Sebreli merecería una discusión mucho más extendida que el espacio asegurado a un comentario. Cada una de sus proposiciones, en tanto son provocativas, serviría para un diálogo en profundidad. El texto pretende ser un instrumento de defensa de un régimen democrático, un intento de contribuir a la restauración del mismo y es, en ese sentido, singularmente valioso. Sin embargo, mucho de este esfuerzo se pierde por la manifiesta parcialidad con que está construido, por su tendencia a pontificar, por la falta de interés en comprender los procesos que condujeron a la instauración del peronismo como un fenómeno ya ineludible en la historia argentina. Un libro como el comentado se asemeja más al testamento de alguien que opta por asumirse en un militante sin partido, como parece ser la decisión de Sebreli, que a un aporte a la constitución de una comunidad más tolerante.



ICARIA

REVISTA DE CRITICA Y CULTURA

Director: Emilio J. Corbière

Correspondencia: Revista Icaria, Fundación "Juan B. Justo", Av. Rivadavia 2009, piso 2º E, 1033, Buenos Aires, Argentina.

Buenos Aires: historia, economía, sociedad

WALDO ANSALDI

José Luis Romero y Luis Alberto Romero (directores), *Buenos Aires: historia de cuatro siglos*, Editorial Abril, Buenos Aires, 1983, 2 tomos.

En 1976, Siglo Veintiuno Editores publicó un excelente libro de José Luis Romero, pleno de sugerencias, hipótesis y de líneas de investigación: *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. El libro señala, entre otras cosas, la estabilidad del mundo rural contrastante con el de las ciudades, las que "fueron las que desencadenaron los cambios partiendo tanto de los impactos externos que recibieron como de las ideologías que elaboraron con elementos propios y extraños". El papel de las sociedades y las culturas urbanas es una de las claves para la comprensión del desarrollo histórico de América Latina. En la indagación sobre él, Romero propuso una periodización capaz de dar cuenta de los sucesivos cambios de "la posición real de cada ciudad en el vasto y diferenciado ámbito continental": el ciclo de las fundaciones, las ciudades hidalgas de Indias, las ciudades criollas, las ciudades patricias, las ciudades burguesas, las ciudades masificadas.

Adicionalmente, quienes conocen la obra de José Luis Romero recordarán que este trabajo fue precedido de un extenso estudio sobre la ciudad europea medieval.

El impresionante conjunto de conocimientos de Romero no se esterilizó en una exposición meramente erudita: como bien lo recuerda Luis Alberto en el prólogo de la obra que aquí comento, expresa en rigor una teoría "sobre lo que una historia urbana debe ser". Esta teoría, a su vez, es la guía de este primer intento serio de escribir una historia integral de la ciudad de Buenos Aires, tarea que encararon José Luis Romero y su hijo Luis Alberto y que, de hecho, éste dirigió y concretó, supliendo con mucha solvencia la ausencia de su padre. *Buenos Aires historia de cuatro siglos* es, por eso, simultáneamente

el resultado de los esfuerzos de uno y de otro Romero y un homenaje filial que combina el rigor intelectual y el afecto.

La obra está muy bien pensada, proponiendo "una visión total, coherente y sistemática del pasado y del presente, apoyada en un esquema claro y consistente. Sus bases se hallan en una de las últimas obras de José Luis Romero: *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, y también es un trabajo más breve 'Buenos Aires: una historia' [incluido en la *Historia Integral Argentina*, CEAL, Buenos Aires, 1972, tomo 7, pp 90-112], cuyas partes se incluyen aquí como introducción a cada una de las secciones de esta obra". Para ello se convocó a especialistas capaces de analizar los diferentes temas y de exponerlos sin necesidad de recurrir a "las fórmulas herméticas o la erudición superflua", ofreciendo así un texto que pueden leer igualmente otros especialistas y un público amplio que busca algo más que "un hermoso álbum de hermosas ilustraciones agradablemente comentadas" "y/o una sucesión de anécdotas pintorescas", porque su aspiración es la comprensión. Hay que comenzar diciendo que este objetivo está logrado con creces.

La historia de Buenos Aires está dividida en siete etapas: las fundaciones (1536-1580), la ciudad indiana (1580-1806), la jacobina (1806-20), la criolla (1820-52), la patricia (1852-80), la burguesa (1880-1930) y la ciudad de masas (desde 1930), esquema de periodización que ofrece una ligera variante respecto del original desarrollado en *Las ciudades y las ideas*: la introducción de la breve etapa correspondiente al momento revolucionario porteño, entre 1806 y 1820, aquí denominada la ciudad jacobina. Hay también, al concluir, una sección sobre la ciudad del futuro.

La obra se completa con una amplia cronología que abarca los cuatro siglos y destaca hechos decisivos en las vidas política, económico-social y cultural y en el

ámbito físico de la ciudad. Esta cronología, fue preparada por Oscar A. Troncoso. Una breve noticia sobre cuarenta y siete de los cuarenta y ocho estudiosos que participaron de la redacción de la obra, da a los lectores un panorama de la calidad académica de los mismos y del abanico disciplinario e ideológico (un verdadero ejercicio de pluralismo, en este sentido) incluido.

Finalmente, entre los medios auxiliares hay que señalar la inclusión de bibliografía al concluir cada capítulo, un índice de personas citadas y, sobre todo, una excelente selección de ilustraciones y cartografía que constituye "una suerte de historia gráfica de la ciudad".

La preparación de la obra demandó cinco años de trabajo, al cabo de los cuales pudieron quedar atrás las varias dificultades derivadas de su magnitud, entre las cuales seleccionar o, a veces, simplemente encontrar los autores adecuados para cada tema y luego obtener el cumplimiento del compromiso adquirido por cada uno de ellos, no fueron las menores. El lapso de tiempo de gestación del libro puede ser o parecer excesivo, pero no debe perderse de vista el contexto histórico —por demás difícil— en el que trabajó la mayoría de los involucrados en la empresa. En buena medida, esta historia de cuatro siglos es un excelente producto de la "cultura de catacumbas" que en estos duros últimos años permitió la sobrevivencia del pensamiento creador y crítico. En tal sentido, hay que celebrar esta edición como un triunfo de la sociedad civil, como una derrota de la intolerancia.

El prólogo con que Luis Alberto Romero abre y explica el libro da cuenta cierta de los objetivos planteados y de las dificultades enfrentadas, incluyendo un leal reconocimiento a los "huecos y superposiciones inevitables" y a los "enfoques excesivamente diversos de temas que debieron estar integrados. Pero confiamos en que si se leen con cuidado las introducciones a cada una de las partes, y se las confronta con los capítulos específicos respectivos, se descubrirá una suerte de motivo de hilo conductor, que enlaza todo el tramado". Creo que no se podría haber dicho de mejor manera cómo se debe leer el libro, para una mejor comprensión.

El plan de la obra comprende dos tomos: en el primero se analizan las cinco primeras etapas, abarcando los tres primeros siglos de la historia porteña; en el segundo, las dos últimas (las ciudades burguesas y de masas) y la rápida mirada en

perspectiva (urbanística y sociológica) de la eventual Buenos Aires futura. Naturalmente, el segundo tomo incluye también la cronología y el índice de personas citadas.

Cada una de las siete etapas es abordada desde campos diferentes de análisis: la vida política, la vida económica, la vida social, la vida cultural, la ciudad física y, desde la etapa de la ciudad criolla, el de la relación de la ciudad con el país, lamentablemente ausente en la ciudad de masas. Adicionalmente, este campo es analizado por Tulio Halperín Donghi en su capítulo "Consecuencias de la libertad comercial" dentro de la época jacobina. Como se ha dicho antes, el análisis detallado de las sucesivas etapas es precedido de una breve introducción general que "enlaza todo el tramado", textos estos que preparó José Luis Romero. Particularmente agudas, de excelente factura, me parecen las introducciones a la ciudad burguesa y a la de masas.

Por cierto, no hay aquí espacio suficiente para hacer un comentario puntual de cada uno de los sesenta y nueve artículos incluidos en los dos tomos. Pero no quiero dejar de destacar algunos elementos decisivos, muy bien señalados y analizados como el de una Buenos Aires fundada y consolidada para "abrir las puertas a la tierra", lo que ayuda a explicar el peso decisivo que desde el comienzo tiene, para la ciudad, el puerto. Andando el tiempo, ya se sabe, el puerto porteño, será también el símbolo por excelencia del centralismo. La cuestión aparece temprano en la historia real y en la reconstruida. En esta última, por ejemplo, John Lynch señala el papel asignado a Buenos Aires por la estrategia imperial española, dentro del cual el puerto — pese a que formalmente tenía vedado el comercio legal de ultramar — es decisivo. El tema es específicamente abordado, para el período de la ciudad indiana, por Luis Alberto Romero en el capítulo "La lucha por el puerto", que culmina, al concluir aquél, en el logro de la calidad de puerto internacional, triunfo ligado a la creación del virreinato rioplatense. Claro que antes, debió pasar la "larga siesta" de 1625 a 1750, período que vuelve a considerar José Luis Romero en el acápite "el puerto sin gloria, 1650-1750", dentro del capítulo "Españoles y criollos".

En la etapa de la ciudad criolla, el papel del puerto es analizado otra vez por Luis Alberto Romero en el excelente capítulo "Buenos Aires frente al país, 1580-1852"

y por John Lynch en "El crecimiento del comercio", también de destacable calidad. "Había pocas libertades en Buenos Aires en la época de Rosas, pero una de ellas era la libertad de comercio", escribe el historiador inglés, concluyendo un razonamiento sobre la actividad económica en la que el puerto era protagonista decisivo.

Dentro del mismo período criollo, el puerto es nuevamente objeto de análisis, esta vez en relación a la ciudad física. Ricardo Figueira se encarga, dentro del capítulo "La Gran Aldea", de las instalaciones portuarias, cuya fracasada realización está ligada al "desdichado empréstito" con Baring Brothers.

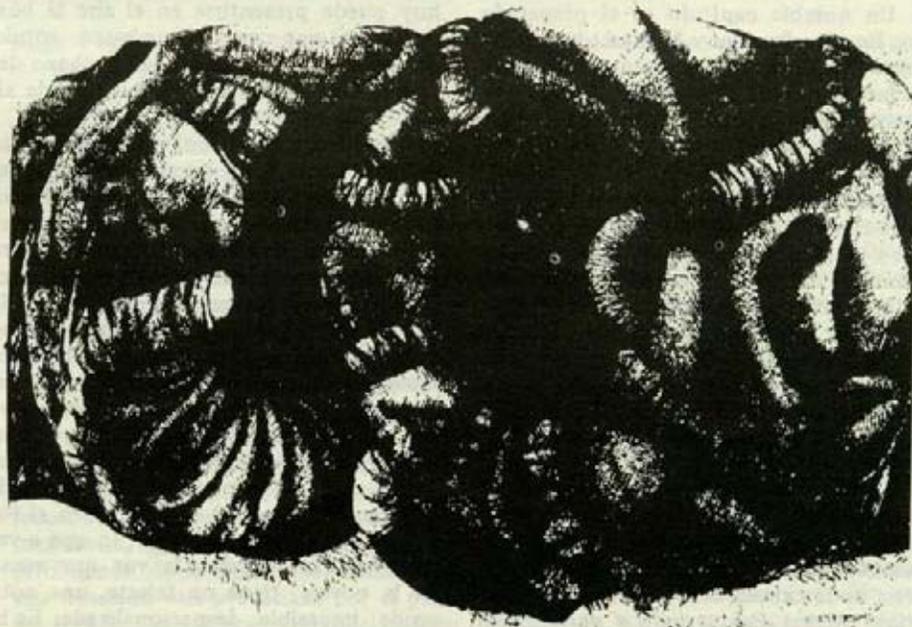
Haydée Gorostegui de Torres estudia "El puerto de la pampa húmeda" en la etapa de la ciudad patricia, mientras James Scobie y Aurora Ravina de Luzzi analizan el papel de "El puerto y los ferrocarriles" en la siguiente etapa, la burguesa. "Buenos Aires se transformó hacia fines del siglo XIX en la cabeza de Goliath argentina a causa, principalmente, de dos importantes líneas de desarrollo económico": la construcción del nuevo puerto y las conexiones ferroviarias con él. Este capítulo rescata, para una historia de posibilidades, la existencia de un proyecto nacional (Huergo) alternativo al de clara filiación probritánica (Madero), que es el que termina imponiéndose pese a sus insuficiencias prácticas. Scobie y Ravina mues-

tran muy bien la estrecha conexión porteña puerto-ferrocarriles y la impronta que ella marcó en la ciudad, muchos de cuyos efectos siguen presentes aún hoy, pese a que en algunos casos se previeron los negativos (así, por ejemplo, el requerimiento municipal de construir pasos sobre nivel o subterráneos en todos los cruces ferroviarios del distrito federal ;data de 1907!)

El puerto como hilo conductor de la historia que construyó la ciudad de Buenos Aires y su relación hegemónica sobre el conjunto del país aparece, así, claramente expuesto.

Sin duda, podrían mostrarse otras permanencias estructurales, de larga duración, en la historia de esta ciudad de tenderos, a cuya construcción también contribuyeron decididamente las milicias, los terratenientes y los ingleses y en un plano menos decisivo, los inmigrantes españoles e italianos del período burgués, y los inmigrantes del interior argentino en la etapa de la ciudad de masas.

Entre esas permanencias pueden señalarse el papel de la plaza de Mayo como escenario político-social. A propósito, hay un reciente aporte de Alberto Ciria — "Buenos Aires entre el Congreso y la Plaza de Mayo, 1945-1955", incluido en el volumen colectivo *De historia e historiadores. Homenaje a José Luis Romero*, Siglo XXI Editores, México, 1982 —, trabajo mucho más logrado que el "Política



tradicional y política de masas" que el mismo Ciria preparó para la *Historia de cuatro siglos*.

Como advierte Luis Alberto en el prólogo, hay algunos huecos importantes en la obra. Coincido con su apreciación de que ellos son consecuencia del retraso que experimentamos en el conocimiento de importantes aspectos de la realidad. Así, por ejemplo, creo que hubiese sido necesario incluir análisis de los mercados, de "la noche porteña", del humor ciudadano, de la "ciudad de los muertos" (un análisis de los cementerios nos dice mucho acerca de la estructura social, de los valores y símbolos de los vivos), de la enfermedad, de la circulación, de la violencia urbana, de los "nidos de la democracia" (que los integrantes del PEHESA comenzaron a buscar después de concluida esta obra) y de esas especiales instituciones políticas, tan ligadas a la historia del último siglo: los comités y los "punteros".

Otros temas, en cambio, han sido tratados con poca fortuna. Pienso, por ejemplo, en los intrascendentes capítulos escritos por Francis Korn, que desperdició dos aspectos interesantes: "la gente distinguida" y "la aventura del ascenso". Algunos están apenas esbozados, pero prometen sugerentes desarrollos futuros: tal el de "la mala vida", que plantea Leandro Gutiérrez, y el de "las formas del ocio", abordado por Oscar Troncoso. Mayor desarrollo tiene el tema "Del conventillo a la villa miseria", que Oscar Yujnovsky ensaya con solvencia.

Un notable capítulo es el preparado por Enrique Pezzoni y María Luisa Freyre sobre "El habla de los porteños", mientras el interesado en el papel de la industria encontrará más de una sugerente hipótesis en el excelente capítulo que Jorge Schwarzer dedica a "la implantación industrial".

Dentro de períodos políticos objeto de encontradas polémicas como son el rosismo y el peronismo, encontramos trabajos como el de Luis Alberto Romero sobre "Una convivencia acriollada", que me parece una verdadera joyita, y el de Juan Carlos Torre dedicado a "la ciudad y los obreros", también de excelente factura (y en el que no está ausente una referencia al papel del puerto en el privilegio de la ciudad).

En el balance, creo que debe señalarse que nos encontramos con un producto intelectual de primera magnitud, que aporta decisivamente al conocimiento de la historia de la cabeza de Goliat. Si, como escribió Albert Camus en *La peste*, "una

manera fácil de conocer una ciudad es indagar cómo se trabaja, cómo se ama y cómo se muere en ella", esta *Buenos Aires, historia de cuatro siglos* nos permite co-

nocer mucho y bien, sin dejar de ser un producto inacabado al cual habrá que continuar aportando nuevos elementos. El camino está abierto.

Construir la novela

NORA CATELLI

Luis Gusman, *En el corazón de junio*, Buenos Aires, Sudamericana, 1983.

¿Cuáles son las normas que propone esta novela para que sea posible leerla o, si se quiere formularlo de otra manera, contra qué hay que leerla? Pues no hay duda de que nuestros cánones novelísticos han sufrido una frenética fragmentación y que, por lo mismo, debemos tener a mano muchos y distintos modos de apropiarnos de eso que entrega una novela: la vida, su representación, o las mil maneras de no representarla. No basta con volverse contra el naturalismo en nombre del realismo crítico, contra el realismo crítico (y de cualquier otro tipo) en nombre de la prosa de la interioridad o contra la prosa de la interioridad en nombre del discurso sin sujeto. Amén de que hoy puede presentirse en el aire la búsqueda, tal vez con el viejo/nuevo rótulo de neorromanticismo, de un rechazo del "productor de textos" en nombre de alguna restauración decadentista.

Y no hay duda: *En el corazón de junio* es ante todo una imposición teórica. En el primer bloque ("El hombre de los gansos"), un hombre dona a otro su corazón. El recipiente del corazón reflexiona sobre las circunstancias del insólito regalo. Empeña una investigación, piensa, asocia títulos de obras literarias. Los nombres remiten unos a otros: viaja en el tiempo, reconstruye escenas de su infancia, surgen imágenes y a ellas, a algunas por lo menos, el recipiente se complace en inventarles un pasado, en darles una apariencia. Nada de esto es extraño: podría constituirse bien un esquema tradicional. Pero el tono, la inflexión del discurso, lo que a veces imaginamos como la voz que viene de la novela, tiene un falsete, una nota aguda, imparable, despersonalizada. Es la

huida hacia adelante, lo que solemos llamar estilización. La omnipresencia de este procedimiento, no sólo en la primera parte de la novela sino en su totalidad, ha de poseer una razón. Es posible que de la historia que narra no pueda derivarse, por sí sola, la inevitabilidad de este tono. Y sin embargo, es su necesidad, su permanencia, lo que convierte en novela este reguero de asociaciones libres que unen, zurcen e hilan ensoñaciones de costurera (muy próximas a las insertadas en *Pubis angelical* de Manuel Puig) y sordos al dabanazos en la puerta grande de la literatura. De la convivencia en *En el corazón de junio* de la grandeza más prestigiosa (porque es la prestigiosa, no cualquier grandeza la que está aquí), la de Flaubert, Joyce, Conrad, Tolstoi, y de lo más relamido de la imaginaria *kistch*, surge un curioso efecto de vértigo, de grotesco conseguido. ¿Y cómo están aquí los Flaubert y demás? Insertados en las asociaciones, aludidos en los títulos; sirven incluso para dar subtítulos a las secuencias del libro. Están ahí, entre el rumor de la voz en falsete que piensa en ellos, los recuerda con esfuerzo y convierte su esplendor en el mero eco del falsete. Es éste un efecto novedoso y conseguido: una especie de trituradora de clásicos que tritura a su vez a los hombres, como J. R. Wilcock es triturado por *Finnegans Wake* (o su traducción o la imposibilidad de su traducción).

Después de "El hombre de los gansos", se sucede "Darkness" y luego, en perfecta alternancia, varios bloques titulados "Evidencia". ¿De qué tratan? En realidad, son comentarios de textos, desarrollos de las asociaciones que un alma sencilla podría elaborar partiendo de los grandes títulos. Pienso en dos imágenes: esta novela como una gigantesca tela de araña

donde varias tejen a la vez y el lector-mosca suspendido entre diversas líneas de fuerza que conducen a diversos centros. Inmóvil, atraído por las arañas sin poder decidirse a ser devorado por alguna en particular. Como lector, esto es gratificante: se contemplan los irradiantes y poderosos centros nombrados por la voz en falsete: Tolstoi, Joyce, Conrad, Flaubert. Permite identificarlos. Permite al lector-mosca una suspensión inteligente, el reconocimiento de que va a ser devorado por especímenes magníficos. Deliciosa recompensa para el trabajo de estar apresado por la tela de araña.

La segunda imagen la proporciona la novela misma: es la de un santuario popular: estampitas y velas. Y en vez de santos, los santones del Gotha literario. La novela concebida como una oración, el narrador como una voz en falsete repitiendo sin detenerse la plegaria fascinada al santón de turno. Así vuelve en *El corazón de junio* la imposición teórica de que hablaba al principio: un texto ha de definirse dentro de sí mismo, sin dejar fuera este primer asunto narrativo la definición. Acaso sea la forma contemporánea de la educación intelectual, disfrazada en esta novela de comparsa inocente y cadavérica. Es como si se repitiera en su interior la evidencia de su circuito exterior: autor, título, lector. Los títulos de obras prestigiosas se convierten aquí en sucedáneo de las "situaciones" y generan pequeñas burbujas de sentido, mundos diminutos, anclados o a punto de desvanecerse en la memoria.

Ahora puede responderse entonces a la pregunta del principio, y tal vez, reformularla: ¿Cumple esta novela las normas que plantea? ¿Vale la pena tomar partido con ella? Es un partido árido, intangiblemente lejano, completamente intelectual, interesante. Quizá haya demasiados títulos, demasiados santos, demasiados trances. Se cuenta entre sus méritos la continuidad del tono, la elaboración atinada de esa nota imparable, de esa voz de autómatas invariable desde el principio hasta el final. Pero su mitología "personal", ésa de que habla la contratapa, es escueta en exceso: carece de profundidad, de entidad suficiente para convertirse en el recipiente trágico de tantas referencias literarias.

Los escritos anteriores de Gusman (*El frasquito*, *Brillos*, *Cuerpo velado*) cubren diez años de producción argentina, desde 1973. Son representativos de un modo de concebir la escritura como una totalidad

de la que es imposible separar ámbitos: "Guardianes de la división del trabajo separan de manera "operativa" lo que pertenece a la ficción y lo que pertenece a la teoría; la seguridad de estos agrimensores de la estupidez sin duda sorprende" (Luis Gusman, capítulo No. 130, pág. 66). Pero *En el corazón de junio* va más allá: es intento serio, a veces difícil, a veces tedioso, a veces brillante, de convertir en ficción el relato de sueño, la asociación, cualquier discurso, en suma. Tal vez ese intento se resuelva mejor en el fragmentarismo o la brevedad de sus libros anteriores. Es más fácil encontrar allí los polos de tensión, la trabazón que este tipo de trabajo necesita. Pero no es menos cierto que ese juego de linajes, que ese afán dinástico-literario tan borgiano, encuentra en esta novela una forma sorpren-

dente de resolución.

No es la única novela argentina que en los últimos tiempos "tematic" su relación con la literatura. *La reina de las nieves*, de Elvio Gandolfo, narra el encuentro de un personaje y Onetti a través de una lectura "inocente" de *Los adioses*. Ese es el drama en sordina del texto de Gandolfo, el de la lectura inocente.

En cambio, el drama de la novela de Gusman, es el del prestigio literario. Es como si se preguntara: ¿estamos a la altura de esas cumbres, podemos nombrar esos padres —Flaubert, Joyce, Conrad— sin ser ridículos? La respuesta está en su novela: allí bailan los gigantes, allí se dirimen todos los prestigios. Más allá de los logros y los fracasos parciales, no es un intento gratuito, sobre todo por su representatividad.

El espacio de la provincia y sus discursos

CARLOS D. MARTINEZ

Hugo Foguet, *Préterito perfecto*, Buenos Aires, Legasa, 1983.

En el espacio de la literatura argentina —más específicamente en el de la narrativa— es fácil reconocer algunas constantes: editar en Buenos Aires para un escritor del interior implica salir de los márgenes de lo provincial, alcanzar una proyección y difusión más amplia, establecer lazos y diferencias con esos pocos narradores de diferentes zonas del país que han conquistado su propio lugar. *Préterito perfecto* es la segunda novela de Foguet y su trayectoria como escritor tucumano no es precisamente la de alguien que recién se inicia¹.

La elección literaria (*elegir*, una manera de decir) es transparente apenas se han recorrido las primeras páginas: una escritura densa, rigurosa, seductora, el espacio privilegiado de la ciudad de Tucumán y una obsesión casi proustiana por el pasado. La complejidad compositiva es tam-

bién decisiva, la narración avanza en pliegues y despliegues, a través de rupturas temporales, de cambios de puntos de vista y del manejo de un diálogo fluido e intenso. La novela se abre con la supuesta carta de un narrador-personaje a una mujer que vive en Londres. En esta apertura (primera parte del libro) está implícitamente enunciada esa elección estética que señalábamos. ("Me cago en el color local, mi querida, en tus ojazos negros y provincianos, en tu aire tan dulce"... (...)) "Escribo en un idioma que reite de las asociaciones complicadas. Es un lenguaje onírico que también tiene su lógica." y la presentación de uno de los ejes ficcionales del texto: el del grupo de intelectuales provincianos amigos que se reúnen a beber y discutir hasta la madrugada. Discusiones que se sitúan en un presente de violencia y represión policial (episodios reconocibles como el *tucumanazo*, la ocupación estudiantil de la Quinta Agronómica sucedi-

dos al comienzo de la década del setenta) que parecen sucederse como un telón de fondo, como un *afuera* al que sólo se roza —salvo los personajes de Solanita o Celita— desde la contemplación o la teorización metafísica. A partir de la segunda parte (la más extensa, casi toda la novela) se inicia, coexistiendo y alternándose con los dos aspectos señalados, la evocación de un pasado *esplendoroso* de una burguesía local que uno de ese grupo de intelectuales, el escritor Furcade, va entresacando a Clara Matilde, una anciana próxima a los cien años, que pertenece a esa clase y vive aferrada a sus recuerdos en una inmensa casona del centro, tan antigua como ella y prácticamente en ruinas.

En la búsqueda de ese pasado el planteo novelístico se emparenta con una de las constantes de la narrativa latinoamericana contemporánea y tal vez puedan encontrarse afinidades con el Carlos Fuentes de las primeras novelas o el de los relatos de *Agua Quemada*. Pero aquí su modalidad se da a través de un narrador investigador, especie de psicoanalista que permanece casi en silencio con su cuaderno de notas a los pies de la cama donde la vieja centenaria entreteje sus recuerdos. Por otra parte, desde la literatura argentina y del interior, Foguet logra recrear el mundo, los hábitos, las pautas culturales de una burguesía provinciana que al margen de las contradicciones con Buenos Aires y el litoral ha logrado una forma de vida que tiene como modelo a la sociedad europea, prescindiendo de la mediación porteña. Situación excepcional que —como señala Adolfo Prieto— sólo ha podido mantenerse por un tiempo determinado². Los viajes a Europa, la celebración del centenario

de la independencia en la provincia tal cual como los viven los Navarro Paez Sorensen y sus parientes, la influencia francesa en la educación, tiende a delinear la visión de un Tucumán que se confunde con la visión de una clase, la de esos barones del azúcar, dueños de ingenios y tierras. La evocación de ese *pasado perfecto*, cuyas consecuencias —paradójicamente— han estallado en el olvido y sólo existe un presente donde impera la violencia.

Varios de los intelectuales que frecuentan la casa del profesor de literatura francesa Patricio Santillán —y él mismo— descienden de esa burguesía local, otros conforman personajes más arquetípicos (El Director Responsable, el crítico de Buenos Aires, Arturo el poeta). Los temas de sus discusiones son preferiblemente el tantrismo, la cultura y el arte griego, temas "universales", una especie de lugares comunes sobre una cultura cristalizada. Pareciera reproducir la imagen de un grupo de intelectuales y escritores ligados a una cultura hegemónica que se exhibe como cosmopolita y por encima de las contingencias sociales y políticas. Sus actitudes y sus ideas sobre arte y literatura tienden a la abstracción, a la introspección metafísica y no adoptan siquiera la marginalidad cultural o la postura vanguardista que puede observarse en los intelectuales santafesinos que Juan José Saer suele presentar en sus relatos. Sin embargo, en relación a este núcleo de escritores, poetas y críticos, Foguet despliega una sutil ironía sobre el regionalismo pintoresquista y sobre algunas paradojas de ese campo intelectual provinciano (Santillán conoce París como la palma de su mano pero nunca lo ha visitado), añadiendo sus propias ideas sobre

literatura. Un distanciamiento crítico se manifiesta en el desdoblamiento que va del Furcade-personaje al Furcade-narrador delineando su imaginario, construyendo sus criaturas de ficción y sus acciones. En este plano, la narración adquiere momentos brillantes, donde Foguet ostenta su erudición y desarrolla una ironía rayana con lo paródico.

Ambos aspectos —la evocación del pasado perfecto y el mundillo de esos intelectuales de provincia— deslumbra en los primeros capítulos, pero al dilatarse sin ganar intensidad, la narración se estanca, avanza lentamente, volviéndose reiterativa, redundante.

La dimensión que trata de dar cuenta de la violencia, de un presente convulsionado y autoritario se resume en pocos episodios. En tal sentido, la destrucción policial de una villa de emergencia —contada desde la perspectiva del periodista que acompaña al jefe del operativo represivo— o la presencia de personajes cliché como la Imelda Lazarte repiten ciertos lugares comunes de la novela latinoamericana.

Foguet pareciera ubicarse en la llamada literatura del interior con una búsqueda narrativa particular: rechaza el regionalismo costumbrista tradicional, no se emparenta con la problemática del marginamiento de escritores como Moyano y Tizón ni se acerca a los motivos y la asfixiante atmósfera provinciana de los relatos de Juan José Hernández. Comparte, en todo caso con ellos, la perspectiva de una estética literaria de superación de lo regional y una reconocible preocupación por los procedimientos y posibilidades expresivas del lenguaje narrativo. Su propuesta se acerca más a la exploración del mito de una ciudad provinciana, en la que puede reconocerse su pasado y su presente como si fuera una gran urbe. En este aspecto Foguet se siente fascinado por repetir (o seguir) las relaciones de algunos novelistas con sus ciudades de origen, algo así como Joyce con Dublín o Marechal con Buenos Aires.

La novela se cierra con una tercera parte muy breve donde retoma el inicial registro epistolar. A manera de epílogo, se insinúa el aislamiento y la sensación de orden cerrado que después de la violencia y la represión se han impuesto en la vida cotidiana. Alude muy directamente a los años de la dictadura militar que hoy agoniza, y esto cobra una inequívoca significación con las fechas que al final indican el período en que el libro fue escrito: 1975-1982.

ULTIMO REINO

REVISTA DE POESIA

PRESENTA SU NUMERO 11:

Poemas de LUIS ALBERTO DE CUENCA,
JORGE ZUNINO, MONICA GIRALDEZ,
MONICA TRACEY, MIRTHA DEFILPO,
FRANCIS PONGE y JORGE G. SABAL.

Jorge E. Ramponi, poeta cósmico, ensayo
de GRACIELA MATURO.

Separata: *PIEDRA INFINITA*,
de JORGE ENRIQUE RAMPONI.

Distribuye: CATALOGOS: Av. Independencia 1860,
Capital Federal. Tel. 38-5708.



Pretérito perfecto es un texto que tiene a exhibir todo: lo que se cuenta, las modalidades que adquiere su discurso, la erudición de su autor, la literatura en la que se reconoce o se aproxima, sus rechazos e impugnaciones. No hay esa especie de agujeros negros que abren la sugerencia, la ambigüedad deliberada o la exasperación polisémica de los signos literarios en relación a su referente. Hay sí una sólida construcción de historias, de temas y manejo de la tensión narrativa. Un juego preciso de vigilancias, ecos y afinidades, un orbe autónomo de corroboraciones, de presagios, como diría Borges. Y eso no es

un mérito tan frecuente en la narrativa argentina actual.

¹ Foguet ha publicado los libros de cuentos *Hay una isla para usted* (1962) y *Advenimiento de la bomba* (1965) en Tucumán y la novela *Frente al mar de Timor* (1976) en Buenos Aires. Recibió los premios provinciales Bienal Jaimes Freire por su obra poética y el Bienal Rojas Paz por su obra narrativa. Con el cuento titulado *Playas* resultó finalista en el Primer Concurso de Cuento Argentino organizado en 1982 por el Círculo de Lectores.

² Cfr. *Literatura y subdesarrollo*. Editorial Biblioteca, Rosario, 1968.

¿Una mirada ingenua?

JORGE WARLEY

Hebe Uhart, *La luz de un nuevo día*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, Capítulo n. 197, Las nuevas propuestas/29, 1983, 161 págs.

La lectura del último tomo de cuentos de Hebe Uhart plantea un primer problema, que es el de la ubicación de un texto que se presenta, aparentemente, a contrapelo de lo que podrían ser las líneas más significativas de la narrativa argentina de estos últimos años. Un primer elemento en este sentido está dado por la fuerte marca autobiográfica de sus cuentos; característica básica de la producción literaria de las décadas anteriores, pero que en la actualidad parece haber sido reemplazada por una nueva oleada de escritores que privilegian en primer lugar la reflexión sobre la historia, en un sentido cuasi-ensayístico, el desarrollo de un desinhibido mundo imaginario (donde el goce de la lectura pareciera ser la médula del efecto buscado), la problematización del material ideológico con que el texto opera, la pregunta sobre lo propiamente literario, en tanto tradición y producción posibles.

Frente a estas vertientes, *La luz de un nuevo día* aparece como un libro pobre. Pobre, incluso, si se lo mira desde una tradición que propone como entrada a sus textos un modo inocente, ingenuo, en la que por debajo de una forma "infantil" de percepción se produce la construcción

de un segundo universo de sentido donde lo prohibido, la sexualidad, la perversión, la infinita heterogeneidad del mundo que se ha recorrido con total naturaleza, articulan la entrega de una significación última. En esta tradición pienso, por ejemplo, los mejores cuentos de Silvina Ocampo, cierta zona de Felisberto Hernández.

¿Qué es lo que queda entonces después de ese verdadero vaciamiento? ¿Dónde se establece en estos textos el poderoso efecto de seducción que atrapa al lector detrás de la propuesta de una lectura lineal y simple?

Hebe Uhart nos ofrece una nueva lectura de la cotidianidad, construida sobre la base de un efecto de extrañamiento que tiene en su centro la forma de apropiación y armado de sus diferentes elementos a través de la mediación de determinados códigos retóricos. Retóricas que, por lo general, pertenecen a zonas de experiencia muy cercanas al propio lector; es en la eficacia de esa identificación donde se monta el placer de reconocimiento en la lectura. Retóricas que se reconocen y autoafirman una y otra vez en espacios, situaciones, personajes, cierto código del sentido común, ciertas formas lingüísticas, donde lo proverbial, la sabiduría popular, el refrán, o sus formas simétricas en el "mundillo" intelectual, la frase célebre, la definición, ocupan un lugar central.

A diferencia de sus anteriores libros

(*La gente de la casa rosa*, 1973; *El budín esponjoso*, 1976, los más importantes), en éste aparece a lo largo de todos los cuentos, con una sola excepción: "Las abejas son rendidoras", un narrador en tercera persona que reemplaza a la insistente primera persona de sus narraciones anteriores. Esta tercera persona que opera un virtual distanciamiento inicial frente a lo narrado; paulatinamente irá "cediendo" frente a los personajes, se dejará convencer por su punto de vista, acordará finalmente con los códigos de comportamiento que subyacen bajo cada definición dicha o acción realizada. Gran parte de la eficacia de los cuentos se basa en este simple recurso, la fingida distancia del narrador con respecto a los personajes que, en última instancia, se convierte en identificación.

Los cuentos de *La luz de un nuevo día* delinean una serie de ámbitos, con sus respectivas retóricas y códigos de comportamiento, sobre los que ya insistían sus relatos anteriores: la escuela, la familia, la iglesia, la vida parroquial. A través de la obsesiva recurrencia a estos espacios, Uhart señala irónicamente las situaciones absurdas que surgen del aplicamiento a rajatablas de las normas que regulan el funcionamiento de cada uno de ellos. Este carácter está subrayado por la utilización de ciertas frases y giros —"lógicamente", etc.—, que refuerzan la ironía de su tratamiento.

Se trata de una literatura austera, en tanto niega los detalles, lo minucioso (en descripción o acciones), para trazarlo todo a grandes rasgos, a la manera deliberadamente económica y sintética del dibujo infantil. Los personajes —en cuya caracterización se rehuye cualquier rasgo de psicología— aparecen abandonados a ciertas leyes de supervivencia, en la cual alternan la tristeza con un maligno pragmatismo. Una supervivencia en la que los códigos de vida impuestos se cumplen con una rutina inexorable.

El desnudamiento de estos códigos se cumple a través de la elección de cierto tipo de personajes que los "sufren" sin tener verdadera conciencia de ellos. Frente a estos personajes no se alza un horizonte de posibilidades que permitiría la elección, sino un modo de vivir único que se cumple, y en el que se vive, con un rigor de destino. La puesta en primer plano de estos códigos exige que el "tono inocente" que Uhart propone en sus relatos se cumpla también en el nivel de las acciones, determina entonces la configuración de cierto tipo de personajes —pobres, margi-

nados, niños, etc.— que carecen absolutamente de la capacidad de ser concientes y son quienes cumplen de una manera más mecánica y traslúcida ese modo de vida que se les ofrece en la forma del sentido común, del código de comportamiento.

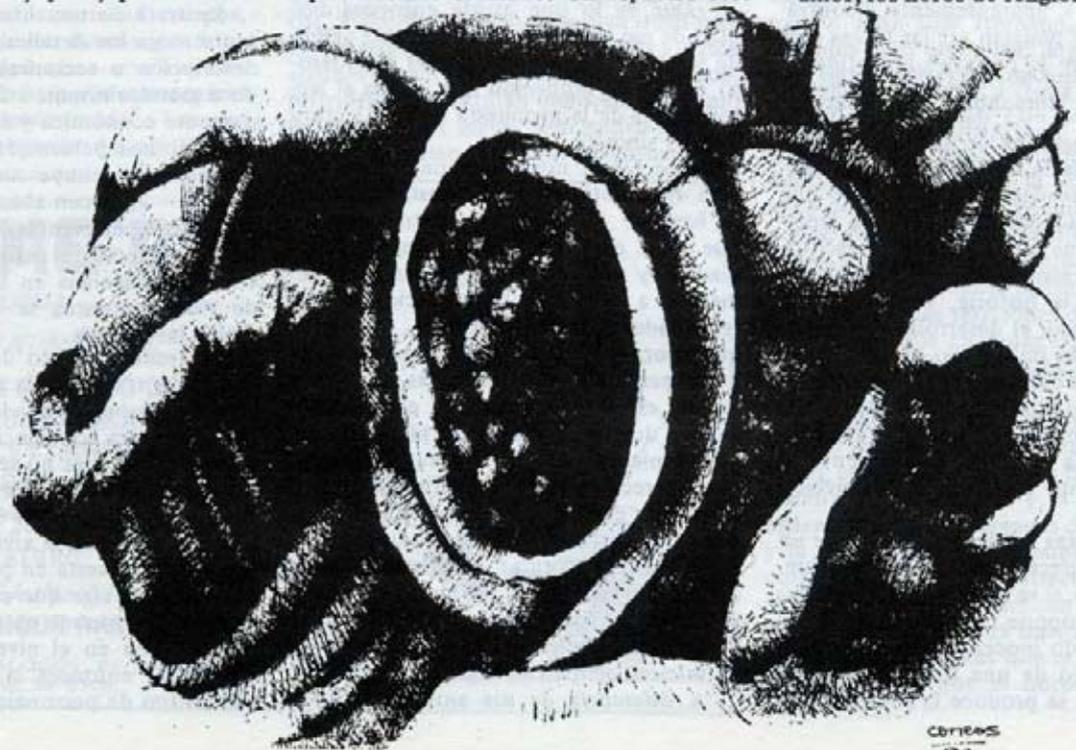
No hay posibilidad de juicio de valor, de algún tipo de eticidad. La contaminación que va de los personajes al narrador le impone a éste último un mismo nivel de inconciencia, de incapacidad de juzgar. Los códigos, las retóricas *deben* cumplirse son previos a los seres, configuran el espacio en que estos se mueven y normatizan su capacidad de acción; devienen de una tradición que no se conoce ni cuestiona de dónde ha surgido pero que tiene un poder omnipresente. Ciertos giros lingüísticos, estructuras refranescas recurrentes atestiguan esa tradición: “como es sabido”, etc. Desde esta misma perspectiva surge una especie de veneración por las palabras, por el aprendizaje de la lengua; éste se convierte en una especie de rito de iniciación donde aquel que logra acceder, aunque sea parcialmente, a conocer sus reglas de funcionamiento es admirado (como por ejemplo sucede al comienzo de “El ser humano es un ser radicalmente solo”). En esta situación de apropiamiento y aprendizaje (que obviamente tiene como lugar privilegiado el colegio, y al niño como actor), por momentos tan mágico como absurdo, se teme a todo aquello que suene extraño, ajeno, que moleste la

comprensión (como ocurre con el precario manejo del lenguaje de la mujer que siente miedo frente a los refunfuños de su marido polaco, en el cuento “Leonor”).

Si bien en gran parte de sus cuentos anteriores como en algunos de este libro, Uhart elige al niño como personaje, ya que a través de su figura se verosimiliza de manera automática el tono de los relatos, en *La luz de un día* aparecen, a diferencia de los libros anteriores, los ámbitos artísticos y culturales, aunque siempre vistos a través de una óptica de marginalidad. Así, se suceden ciertos mitos propios de estos ámbitos: mitos culturales (el regreso “triumfal” de Europa), ritos (“ser actor”), jergas. A lo largo del libro, y con respecto también a sus libros anteriores, la propuesta de Hebe Uhart parece ser la de una expansión que va desde mostrar los absurdos comportamientos de ciertos ámbitos más tradicionales (escuela, familia, iglesia, etc.) hacia otros ámbitos que, en el límite, coinciden en sus dimensiones con el mundo todo. Tampoco en este sentido hay posibilidad de escape. El proyecto no es (aunque tal vez sí podría haber sido pensado así desde sus primeros libros) el del escritor que denuncia lo absurdo de ciertos sectores e instituciones ajenos a él, sino el de aquel que termina develando que la propia figura del artista, y la del entorno que lo rodea, tiene su propia retórica y está inmersa en el tipo de comportamiento señalado. Un espectro retó-

rico que se despliega desde frases (títulos) como “La luz de un nuevo día” o “Las abejas son rendidoras” hasta “El ser humano es un ser radicalmente solo” o “¿Ablativo en ‘e’ o en ‘i’?”. Espectro en el que el abundante uso de comillas se utiliza para marcar las citas que por lo general responden a diferentes variantes del código del sentido común. Estas normas son relativas al ámbito concreto en que se desarrolla cada cuento: cuando el ámbito sea el colegio aparecerán marcadas las frases que los maestros repiten a sus alumnos (normas de conducta absurdas); en un ámbito artístico serán las frases degradadas que provienen de cierta jerga “filosofico-existencial”, etc. La existencia objetiva de estos códigos que se cumplen con la fatalidad del destino, imponen a los personajes dos tipos básicos de actitudes: la aceptación y la adaptación, y un tercer rasgo en aquellos personajes que determinan la supervivencia de los códigos (padres, maestros): la imposición.

En este panorama donde reina el determinismo, los locos serían los únicos capaces de “descircunstanciarse”, por lo tanto, los únicos capaces de libertad (como sucede en la sección “Algunos recuerdos”). El loco aparece relacionado a la prohibida tradición oral, a la forma del recuerdo. Frente a esto aparecen las lecturas infantiles que confirman la validez de los códigos: los textos escolares, las novelas de amor, los libros de religión.



Minima

Raymond Williams, *Cultura. Sociología de la comunicación y del arte*, Barcelona, Paidós, 1982.

Retomando algunas de las líneas expuestas ya en *Marxismo y literatura*, R. Williams desarrolla aquí una suerte de programa para una sociología moderna de la cultura. Este "culturalista" inglés que desde 1957 (*Culture and Society*), parece girar en torno al mismo círculo de cuestiones, aunque desde entonces no ha dejado de variar y reconstruir sus puntos de vista, vuelve a mostrar en el volumen editado por Paidós el mismo espíritu que ha distinguido toda su obra: la voluntad comprensiva, la disposición analítica y la desconfianza hacia toda generalización que no pueda ser empíricamente controlada. Antes que una teoría o un método, lo que ha permanecido como constante en Williams es la certidumbre acerca del carácter *constituyente* (es decir no reflejo o secundario respecto de alguna otra estructura social básica) de la cultura, y un estilo de investigación intelectual que acaso en nada se revele mejor que en la sintaxis de sus escritos, una sintaxis torturada por el afán de registrar las distinciones y los matices. Es ese estilo el que torna denso un libro aparentemente sencillo y hasta chato como *Cultura*, destinado a dar forma a un conjun-

to de hipótesis de trabajo, más que a exponer "un cuerpo de conclusiones demostradas y verificadas".

Para Williams la sociología de la cultura es, en su estado actual, un campo en el que convergen, aunque a menudo se ignoren o se rechacen mutuamente, orientaciones teóricas con intereses diferentes. En esta convergencia problemática sitúa su propio programa. A lo largo de ocho capítulos expone las áreas y los problemas de una interrogación sociológica de las prácticas y los sistemas de significación, y aun en los temas más convencionales y establecidos del análisis socio-cultural Williams tiene la virtud de renovar las perspectivas. Arma su "caja de herramientas" poniendo en contacto procedimientos y sugerencias derivados de matrices intelectuales diversas —desde la *mass communication research* a la estética semiológica de Mukarovsky— con categorías del análisis social marxista. Y si bien el marxismo es uno de los paradigmas fuertes del "materialismo cultural" de Williams, todas sus hipótesis se colocan fuera del esquema estructura-superestructura.

Esta recepción, que es a la vez desprejuiciada y crítica, de estímulos y métodos de diferente inspiración no se encamina a la construcción de alguna "gran síntesis" que pacifique los problemas de la so-

ciología de la cultura. Para Williams parece tratarse más de abrir posibilidades de análisis concurrentes dentro de un campo cuyos objetos y cuya frontera son siempre más huidizos e irregulares que los casilleros de cualquier escolástica, sociológica o formalista.

Carlos Altamirano

Enrique I. Groisman, *Poder y derecho en el "Proceso de Reorganización Nacional"*, Buenos Aires, Ensayos y Tesis CISEA, Centro de Investigaciones Sociales sobre el Estado y la Administración, 1983.

Demostrar que, durante los siete años del Proceso, se produjo un deterioro en la jerarquía administrativa, una subordinación de ésta a un poder militar cuyo vértice se escindía en tres polos soberanos; definir al período tan singular de junio-setiembre de 1982 como de "anarquía de derecho"; demostrar cómo se desgastó la propia institución presidencial, todo ello constituye el legítimo objeto de un trabajo académico, ceñido y riguroso. Lo es, también, el demostrar la falta de límites definidos en el ejercicio del poder, que caracterizó a este Proceso, el gusto por las normas vagas y omnicomprensivas, las atribuciones administrativas discrecionales, el ocultamiento de motivos y funda-

mentos; en suma, la configuración de una situación de inseguridad jurídica, propia de un régimen que entendía el poder como potestad omnimoda, la voluntad como fundamento suficiente de su ejercicio y la falta de responsabilidad por lo hecho como su corolario.

Todo esto podría bastar para un buen trabajo académico, pero Groisman nos propone algo más: advertir hasta qué punto todo esto condiciona el retorno a la democracia y señalar la necesaria revalorización de aquello cuya importancia se advierte después de su destrucción. Las nuevas autoridades recibirán un aparato administrativo desquiciado, del que será difícil borrar las huellas de siete años de Proceso. Un conjunto de instrumentos legales —absurdos, inicuos, aberrantes, en muchos casos— opera efectivamente sobre la sociedad y puede inclusive servir de precedente para una futura legalidad. En tanto no se restauren los sanos principios del derecho no habrá gobierno democrático posible. Así, Groisman pasa del análisis científico a la toma de posición ciudadana y a la propuesta de soluciones específicas; éstas se encuadran en una postura política en la cual la democracia formal deja de ser la antítesis de la democracia real para convertirse en su condición necesaria.

Luis Alberto Romero

Libros recibidos

ENSAYO

Hugo E. Biagini, *Educación y progreso. Primer Congreso Pedagógico Interamericano*, Buenos Aires, CINA, 1983.

Se trata de una investigación acerca del Congreso Pedagógico Americano de 1882, que describe antecedentes, características, vicisitudes y resonancias. Aborda también sucintamente las grandes cuestiones filosóficas y sociológicas que subyacían a los planteos, así como los principios y propuestas en materia educativa y esboza algunas interpretaciones sobre la significación histórica del evento. El libro contiene además un apéndice documental.

Mario Bunge, *Lingüística y filosofía*, Barcelona, Ariel, 1983.

Bunge afirma en este libro que la crisis de la lingüística es de naturaleza filosófica y metodológica. Critica, en Chomsky, la ausencia de datos sociales y psicobiológicos, la indemostrabilidad del innatismo lingüístico y el fuerte sesgo de su investigación sobre la lengua inglesa. Propone la integración en un sólo corpus teórico de las diversas ramas de esta nueva ciencia, tales como la psico y la sociolingüística, integración que, junto a un experimentalismo defendido frente a los embates de diversas lingüísticas filosóficas generales, logra liberar a la disciplina de su incertidumbre teórica y conceptual.

Santiago Dubcovsky, *La triple vida sexual de Freud y otras freudomanías*, Buenos Aires, Ediciones La Antorcha, 1983.

Libro donde lo mejor de la prosa de ensayo se cruza con una lectura sensible y aguda de la literatura: en esta trama, fragmentos de la biografía de Freud son leídos, naturalmente, desde el psicoanálisis pero también desde el sistema de la cultura. La ironía desacraliza al maestro, cuya figura se dibuja fuera de toda impositación escolástica.

Norberto Folino, *Barcelò, Ruggierito y el populismo oligárquico*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1983.

Crónica de algunos de los protagonistas del conservadurismo en la provincia de Buenos Aires: Barcelò, que conjuga los rasgos de un caudillo (Avellaneda era su territorio) con los del político fraudulento de los años treinta. Folino suma documentación periodística, recuerdos, fotografías y curiosidades en la reconstrucción del período y de su actor principal.

Rogelio García Lupo, *Diplomacia secreta y rendición incondicional*, Buenos Aires, Legasa, Col. Nueva Información, 1983.

Catherine Kerbrat-Orecchioni, *La connotación*, Buenos Aires, Hachette, Colección Hachette Universidad, Serie Lengua-Lingüística-Comunicación, 1983. Traduc-

ción de Sara Vasallo y Eduardo Villamil.

El análisis de la connotación constituye un desafío de la lingüística contemporánea, y abre perspectivas hacia los universos poético, social, psicológico e ideológico. El estudio de Kerbrat-Orecchioni demuestra de qué modo la connotación supone la pluralidad de estratos informacionales jerarquizados; sus análisis abarcan la ironía y la rima, la metáfora, el paragrama y el intertexto, incluyendo también casos del intercambio verbal cotidiano y del discurso del poder.

Enrique E. Marí, *La problemática del castigo*, Buenos Aires, Hachette, 1983.

El texto — que lleva como subtítulo: el discurso de Jeremy Bentham y Michel Foucault — analiza el tema jurídico del castigo resaltando las líneas de inteligibilidad que lo sostienen en su correlación con formas históricas de sociedad y prácticas de poder. La primera parte de este volumen está dedicada a las teorías de J. Bentham y explora la racionalidad que en su obra liga estrechamente su filosofía con sus propuestas político-tecnológicas. Luego aborda las diversas teorías sobre el castigo (con un eje divisorio mayor entre retribucionistas y utilitaristas) en el plano jurídico y filosófico. Finalmente, "la práctica del castigo" se ocupa del "panóptico" de Bentham y de las ideas de M. Foucault acerca de su significación para elucidar la lógica que sostiene la utopía de una sociedad disciplinaria.

Sergio Masini, *Las guerras de papel: el cómo y el porqué de los juegos de estrategia*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1983. Traducción de Antonio Bonanno.

Leonardo Senkman, *La identidad judía en la literatura argentina*, Buenos Aires, Editorial Pardo, 1983.

La historia de la literatura argentina es recorrida en este libro tomando como eje a los escritores judíos: desde Gerschunoff a Rozenmacher, los capítulos hacen el inventario de una progresiva construcción de la identidad ideológica y literaria, que pasó de la celebración hispano-criolla de los 'gauchos-judíos' a los conflictos de aculturación, del porteñismo de César Tiempo a la centralidad de la diáspora. Vasto repertorio bibliográfico, articulado temáticamente, el libro de Senkman proporciona una perspectiva de la historia cultural argentina balanceada entre el análisis de los obstáculos ideológicos y la tenacidad de la integración pluralista.

E. H. Gombrich, J. Hochberg y M. Black, *Arte, percepción y realidad*, Barcelona, Paidós, 1983.

¿Cómo representan las imágenes artísticas? ¿Qué es lo que hace que una fotografía o un cuadro puedan llegar a ser convincentes, sin ser objetivamente realistas? Las tres conferencias de 1970 reunidas en este volumen exploran estos interrogantes desde distintos enfoques y aún polemizando entre sí. La psicología de la percepción, la filosofía y la historia del arte aportan los elementos para hacer avanzar un conjunto de hipótesis que se apoyan inteligentemente en ejemplos concretos de representación visual.

Martín Hopenhayn, *¿Por qué Kafka? Poder, mala conciencia y literatura*, Buenos Aires, Paidós, 1983.

Hopenhayn intenta una comprensión no totalizante ni excluyente de la obra de Kafka que, abandonando la interpretación metafísica, pueda

develar (más allá del sentido heideggeriano) la tensión que hace de ella una forma de enfrentamiento con el poder. Nietzsche y Adorno, Barthes y Camus, Deleuze y Gabel, trazan las líneas que orientan esta lectura, partidaria de un perspectivismo al que se considera "inseparable de un estatuto democrático del pensamiento".

NARRATIVA

Marcos Aguinis, *Importancia por contacto*, Buenos Aires, Planeta, 1983.

Los epígrafes con citas bíblicas del libro de Jonás confieren una tenue unidad a estos siete cuentos, algunos de los cuales parecen desprendimientos de una proyectada novela sobre la inmigración judía. La narración registra con fluidez, y a veces con humor, los miedos y los delirios de los personajes, en los esce-

narios más variados: un cementerio judío en un pueblito perdido de provincias, la Buenos Aires del terror de la Triple A, la esplendorosa Península Esmeralda de los negociados y las vidas fastuosas.

Hugo Corra, *Contramarcha*, Buenos Aires, Corregidor, 1983.

Aunque abunda en situaciones narrativas arquetípicas (un viaje, vida en una isla, una historia amorosa), *Contramarcha* viola constantemente las convenciones de la novela tradicional, con un discurso cuyo rasgo predominante es la fragmentación de los distintos niveles del relato: del tiempo, del espacio, de la voz narrativa. Colocada en la línea reflexiva que reconoce a Macedonio Fernández como uno de sus iniciadores, la novela termina perdiéndose a sí misma (en la secuencia final las hojas del manuscrito son arrastradas por el viento) para recu-

perarse con este último enunciado, que desmiente el fin de la historia: "y la novela continúa..."

Juan Gil-Albert, *El retrato oval*, Barcelona, Seix Barral, 1983.

Después de la caída de la República, Gil-Albert vivió exilado en México y en la Argentina. En 1947 regresó a España, y durante los años del franquismo su producción (prosa y poesía) tuvo muy escasa difusión. En *El retrato oval* reconstruye con gran minucia y por tramos en un registro casi ensayístico, la vida de la corte rusa antes de la Revolución de 1917. La curiosidad que despierta en un niño un retrato de la emperatriz con sus hijas desencadena el relato, que se desarrolla en una perspectiva atraída por el exótico esplendor de la mezcla con la cultura de Oriente y el hallazgo de los signos pre-

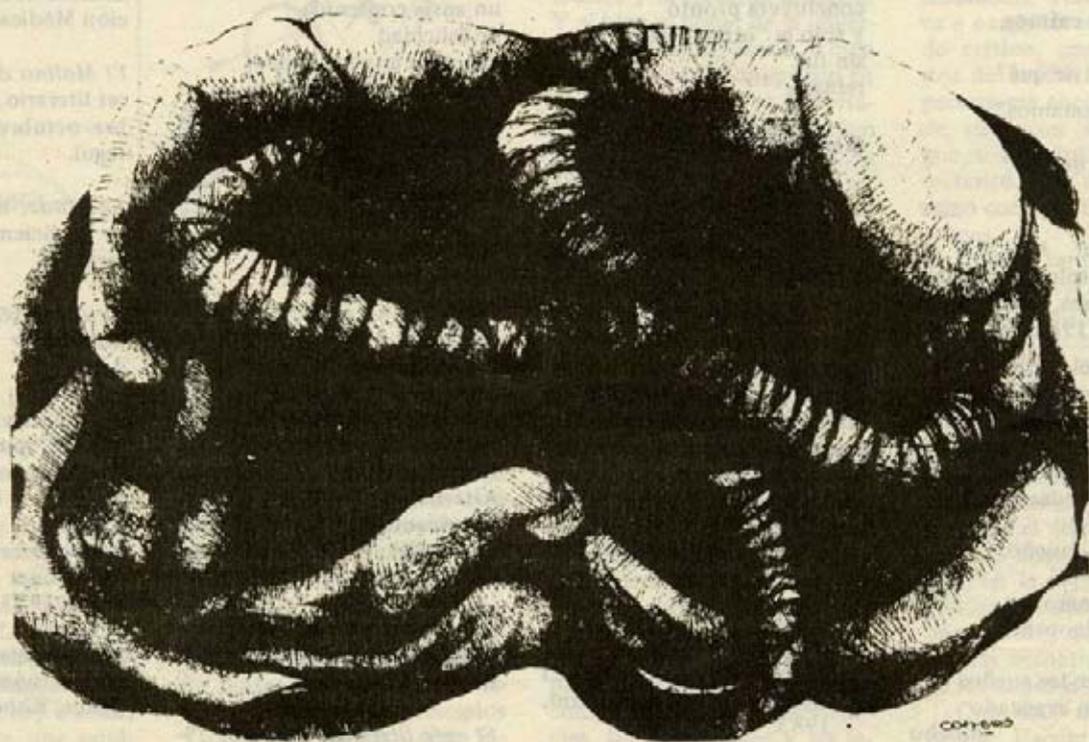
monitorios que confieren una dimensión trágica a la muerte de la familia imperial.

Susana Pereira, *¿Se acuerda, general?*, Buenos Aires, Galiana, 1983.

El discurso indirecto imprime su perspectiva formal a estos relatos breves, contruidos en torno a algunas preocupaciones centrales: la pobreza, la desocupación, la política vivida en los sectores populares, la historia de un caudillo derrotado. Desde el interior argentino llegan los personajes de estas narraciones, donde la escritura se esfuerza por representar el mundo ideológico y moral popular en sus tonos lingüísticos, sus experiencias y su cultura.

Susan Sontag, *Yo, etcétera*, Barcelona, Seix Barral, 1983.

Esta es la primera colección



de relatos de Sontag. Publicados en *New Yorker*, *Partisan* o *Playboy*, conservan la perspicacia ensayística junto con una facilidad de escritura que pareciera enfrentarse, casi constantemente, al esfuerzo de romper las líneas más tradicionales del cuento. Los mitos culturales norteamericanos proporcionan su materia a Sontag, que, sumergida en ellos, también los critica irónicamente.

POESIA

Rodolfo Alonso, *Alrededores*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, col. Las Nuevas Propuestas, 1983.

¿Bajo la luz de qué?
¿Bajo qué sol?
¿Bajo la voz de qué?

¿Bajo qué cielo vamos,
en qué tierra,
en el aire de qué?

¿Bajo qué pie caímos,
bajo cuál?
¿Bajo el árbol de qué?

¿Bajo qué resonamos?
¿Bajo quién?
¿A la sombra de qué?

Jorge Calvetti, *Memoria terrestre* (antología general), Buenos Aires, Torres Agüero Editor, 1983.

De regreso del norte, hablando de mi casa, dijeron: "Todo está muy bien, pero las plantas han avanzado mucho".

Es cierto. En todas partes las plantas han avanzado mucho. En mi alma nada queda como era, ofrecido a la inocencia y a la luz.

También sobre los sueños las plantas han avanzado

mucho y una enmarañada tristeza va cubriéndose lenta, serena, silenciosamente.

Mirtha Defilpo, *Después de Darwin*, Buenos Aires, Ediciones Ultimo Reino, 1983.

Momia

Ha podido eludir los centinelas de los setenta días encubierta purgado el vientre, vacía la cabeza párpados de balanza quieta bajo dos iguales partes de salmuera.

Mírase.

Enjalbega su parábola fingida piel de lino finísimo y mucilago.

Cavila.

Cenotafio aleve.

Jorge Isaías, *La memoria más antigua*, Ediciones El trovador, Rosario, 1982.

Albas hordas vienen en lá danza del aire. Solas. No ya inquietas si no inquietándose como sublevadas de sí, como si todo concluyera pronto y solo la "intemperie sin fin" reinara.

Mendes, Bandeira, Meirele y otros, *Jandira y otros poemas*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, Biblioteca Básica Universal, 1983.

Rodolfo Alonso ha seleccionado y traducido ocho poetas de las vanguardias brasileñas de la década de 1920. Se trata de una antología que incluye a los escritores centrales de ese movimiento, pero que también recoge textos posteriores, como los de Vinicius de Moraes y Joao Cabral de Melo Neto.

Juan Carlos Moisés, *Ese otro buen poema*, Ediciones El lagrimal trifurca, Rosario, 1983.

La vieja arqueada hasta el suelo llevándose



una gallina muerta de la basura la vieja lléndose con la gallina bajo el brazo la gallina tiesa los ojos de la viejita contentos.

Luis Carlos Romanello, *Tiento*, Buenos Aires, 1983; *La máquina oculta*, Buenos Aires, 1983.

He visto en los ojos de ciertos hombres un ansia contenida de felicidad. En otros una necesidad de amor y de esperanza, y aun en otros el deseo de matar esa esperanza, vivir el vacío sin obstáculos ambicionando la muerte.

REVISTAS

Altercom, número 31, septiembre de 1983; *Unidad de Documentación para Prensa Alternativa*, Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales, ILET, Santiago de Chile.

Caballo de lata (poesías), año 3, número 4, agosto de 1983, Buenos Aires.

El café literario, números 29-30 y 33, Bogotá (revista bimestral de literatura, crítica y arte).

Cine, en la cultura argentina y latinoamericana, números 1 y 2, agosto-septiembre de 1983, Buenos Aires.

Cine boletín, número 17, agosto de 1983, Buenos Aires.

Contexto, número 25, julio de 1983, Buenos Aires.

Cuadernos médico sociales, números 24 y 25, junio de 1983, Centro de Estudios sanitarios sociales de la Asociación Médica de Rosario.

El Molino de Pimienta, Cabaret literario, número 1, setiembre-octubre de 1983, Berazategui.

La Muda, número 0 y número 1, diciembre de 1982, Rosario.

El ornitorrinco, número 11, junio/julio de 1983, Buenos Aires.

Testimonio Latinoamericano, año IV, número 19-20, junio de 1983, Amsterdam.

Revista de crítica literaria latinoamericana, números 17 y 18, primer y segundo semestre de 1983, Lima.

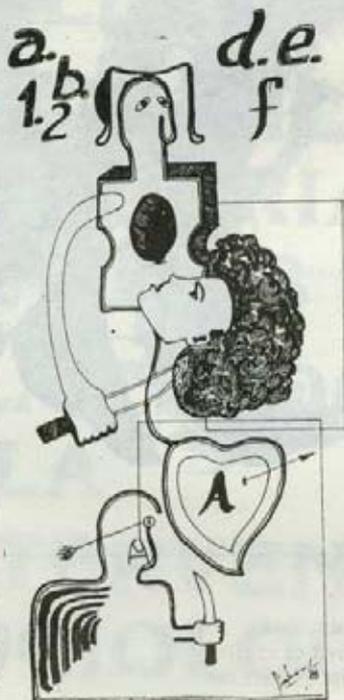
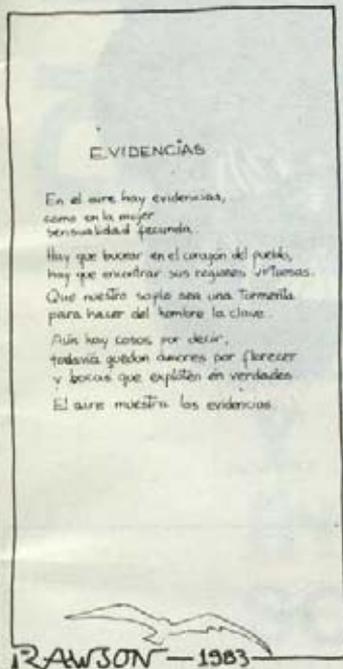
Inti, revista de literatura hispánica, número 13-14, Providence, Rhode Island.

Discurso Literario, revista de temas hispánicos, volumen 1, número 1, Oklahoma.

Correo de lectores

Familiares de un detenido por razones políticas nos hicieron llegar esta carta y la tarjeta que reproducimos aquí, dibujo-

jada por otro de los presos junto con el poema de un tercer compañero de cárcel.



Rawson, 22 de agosto
de 1983

Querida viejita:

imaginé nuestra alegría cuando vimos *Punto de vista*. Reducidas nuestras lecturas a *Radiolandia 2000* y *La semana*, limitadas a un par de diarios podados a tijeretazos por la censura (hasta que recién en abril de este año nos autorizaron *Clarín* y *La Prensa*) el encuentro con *Punto de vista* constituyó una verdadera fiesta cultural. No te voy a decir, desmesuradamente que saltábamos de alegría, pero es cierto, en cambio, que nos peleábamos por tenerla.

Sin embargo, sería injusto decir que se limitó a cubrir un espacio vacío, o que contribuyó —como otras revistas similares que ahora nos autorizan— a desbaratar el aislamiento a que estamos sometidos desde hace tantos años. Eso es sólo una parte del asunto y de esa tarea, en último caso, también podían ocuparse esas revistas que, como algunas políticas, florecen al calor de las dictaduras. Porque —después de tantas tonterías que se dijeron en nombre de principios y objetivos válidos— sería incongruente negar que la producción cultural tiene cierto grado de autonomía y que no

necesariamente se degrada por el compromiso de sus autores con políticas e ideologías cuestionables. Además de la contribución puramente informativa o actualizadora, *Punto de vista* nos llenó de estímulos y entusiasmos, multiplicó nuestras perspectivas y nos permitió reconocernos en coincidencias creadoras.

La información acerca de los esfuerzos y la tenacidad de los trabajadores de la cultura para resistir la peor ofensiva contra todo lo que hubiera de valioso en la cultura argentina fue —en mi situación— siempre fragmentaria e incompleta. En la cárcel, uno se entera más de la actividad represiva que de las respuestas creadoras y de la resistencia. Sin embargo, a pesar de esas limitaciones, las noticias eran suficientes como para saber que ahí afuera se seguía ejerciendo la disidencia intelectual tanto como la producción teórica y la creación artística. Y si bien el poder de la oligarquía se ha multiplicado, si bien el predominio monopólico en nuestra economía se ha fortalecido, si bien es innegable, en general, que esa ofensiva ha logrado éxitos particulares, no es menos cierto que la doble respuesta de la resistencia y la creación la transforma en retirada y fracaso.

De manera que aquí nadie ignora que esa ofensiva se valió de medios y métodos como las listas negras, las amenazas, las desapariciones. Muchos no tuvieron otra alternativa que el exilio, otros estuvieron presos con nosotros, otros se quedaron. Fue por esa comunidad de quienes consecuente y solidariamente resistieron, que nuestra cultura sobrevive vigorosa, dinámica y creativa; todavía reprimida, quizás un poco deprimida aún, pero comprometida con las vivencias, las necesidades y las luchas de nuestro pueblo por asegurar una vida plenamente democrática.

Pero, como ya sabemos, el nombre de la democracia ha sido invocado para casi cualquier cosa. Por eso es lícito y necesario subrayar que no basta con una formalidad administrativa o con un régimen que disimule otra solución autoritaria y ahogue las aspiraciones que seguramente reclamará la sociedad. Será necesario, como señalan, que se empeñe en producir nuevas condiciones económicas, sociales y culturales, que conviertan al ejercicio de la democracia en una posibilidad efectiva, en revertir desigualdades, reparar injusticias y asegurar la participación popular.

El esfuerzo de los trabajadores de la cultura fue importantísimo en el trayecto hacia esta nueva etapa. Y ésta, a su vez, será quizás tan ardua como la anterior; reclamará, seguramente, tanta o más tenacidad y solidaridad como la resistencia. Pero también nos va a exigir ideas nuevas, sentido crítico, amplitud y criterios de unidad. En esta perspectiva me encontré en *Punto de vista* con unos enfoques que, si nos obstinamos en concretarlos, nos aseguran el camino correcto hacia metas comunes.

Cuando en una revista inequívocamente comprometida con el campo nacional y popular, se precisa —analizando la experiencia de *Sur*— que no se trata de alimentar mitos sino de recuperar matices y mediaciones, eso sólo puedo interpretarlo (con entusiasmo coincidente y estimulado) como que el terrorismo ideológico no tiene causas buenas y que, en la convivencia democrática, tendremos la gran oportunidad de superar viejos errores cometidos en nombre de los mejores valores.

Con ésta te adjunto una tarjeta. Hacéle llegar mis mejores saludos a Carlos, María Teresa, Hilda, Beatriz y Hugo. Un gran abrazo.



Correas
82

SUMARIO

Editorial	2	<i>Waldo Ansaldi</i> , sobre "Buenos Aires: historia de cuatro siglos"	44
Situación actual del psicoanálisis, <i>por Hugo Vezzetti</i>	4	Construir la novela, <i>por Nora Catelli</i> , sobre "En el corazón de Junio" de L. Gusman	46
Literatura y política, <i>por Beatriz Sarlo</i>	8	El espacio de la provincia y sus discursos, <i>por Carlos D. Martínez</i> , sobre "Pretérito Perfecto" de Hugo Foguet	47
Algunos libros de crítica literaria: una reflexión que no cesa, <i>por María Teresa Gramuglio</i>	12	¿Una mirada ingenua?, <i>por Jorge Warley</i> , sobre "La luz de un nuevo día" de H. Uhart	49
Directivismo y espontaneísmo en los orígenes del sistema educativo argentino, <i>por Juan Carlos Tedesco</i>	17	Mínima	51
La intervención sociológica, <i>por Alain Touraine</i>	27	Libros recibidos	52
Derecho de réplica: Una invitación al postmarxismo, <i>por José Szabón</i>	36	Correo de lectores	55
Textos: Poemas, <i>por Carlos Piccioni</i>	39		
El 17 de marzo, <i>por Norberto Soares</i>	40		
Libros			
Una versión del peronismo, <i>por Leandro Gutiérrez</i> , sobre "Los deseos imaginarios del peronismo" de J. J. Sebrelí	42		
Buenos Aires: historia, economía y sociedad, <i>por</i>			

Las ilustraciones de este número son de Nora Correas.